



NOVELA

# SIRIUS

EL PERRO QUE (CASI)  
CAMBIÓ LA HISTORIA

JONATHAN CROWN

Grijalbo **narrativa**

## (Narrativa)

El perro que (casi) cambió la Historia ¿Cómo puede un perrito encantador alterar el rumbo de la Historia mundial? Una hilarante y atrevida novela sobre el nazismo y un homenaje a la época dorada del cine a través del original testimonio de su peludo protagonista. Berlín, 1938. Sirius, un astuto fox-terrier, disfruta de una tranquila vida perruna junto a los Liliencron, una familia judía; hasta que una noche el cachorro es testigo de uno de los capítulos más sombríos de la historia alemana: la Noche de los Cristales Rotos. La familia decide entonces refugiarse en Estados Unidos, donde Sirius se convierte en toda una estrella de la época dorada del cine y se codea con las más respetables celebridades de Hollywood: desde Rita Hayworth, Billy Wilder y John Wayne hasta Marlene Dietrich y Cary Grant. Sin embargo, el mundo de la farándula es una montaña rusa y Sirius acaba de gira con el esperpéntico y popular Circo Barnum. Entre forzudos, fieras e ilusionistas, la carrera de este artista canino es un cohete, pero un día un truco de magia sale mal, y aparece de vuelta en Berlín, esta vez en el seno de una familia nazi. Será entonces cuando se convierta en el confidente del Führer# ¿o tal vez de la resistencia? Reseñas: «Pocas veces un libro es tan ingenioso, divertido y adorable al mismo tiempo.» Kultur Spiegel «Conmovedora y encantadora, para los amantes de la historia y los animales por igual.» Publishers Weekly «Una novela estupenda. No lo había pensado antes, pero Sirius es un observador tan astuto que ahora estoy convencido de que los protagonistas de cuatro patas son los mejores testigos de la historia.» The Independent

# **SIRIUS. EL PERRO QUE (CASI) CAMBIÓ LA HISTORIA**

Jonathan Crown

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@Ebooks



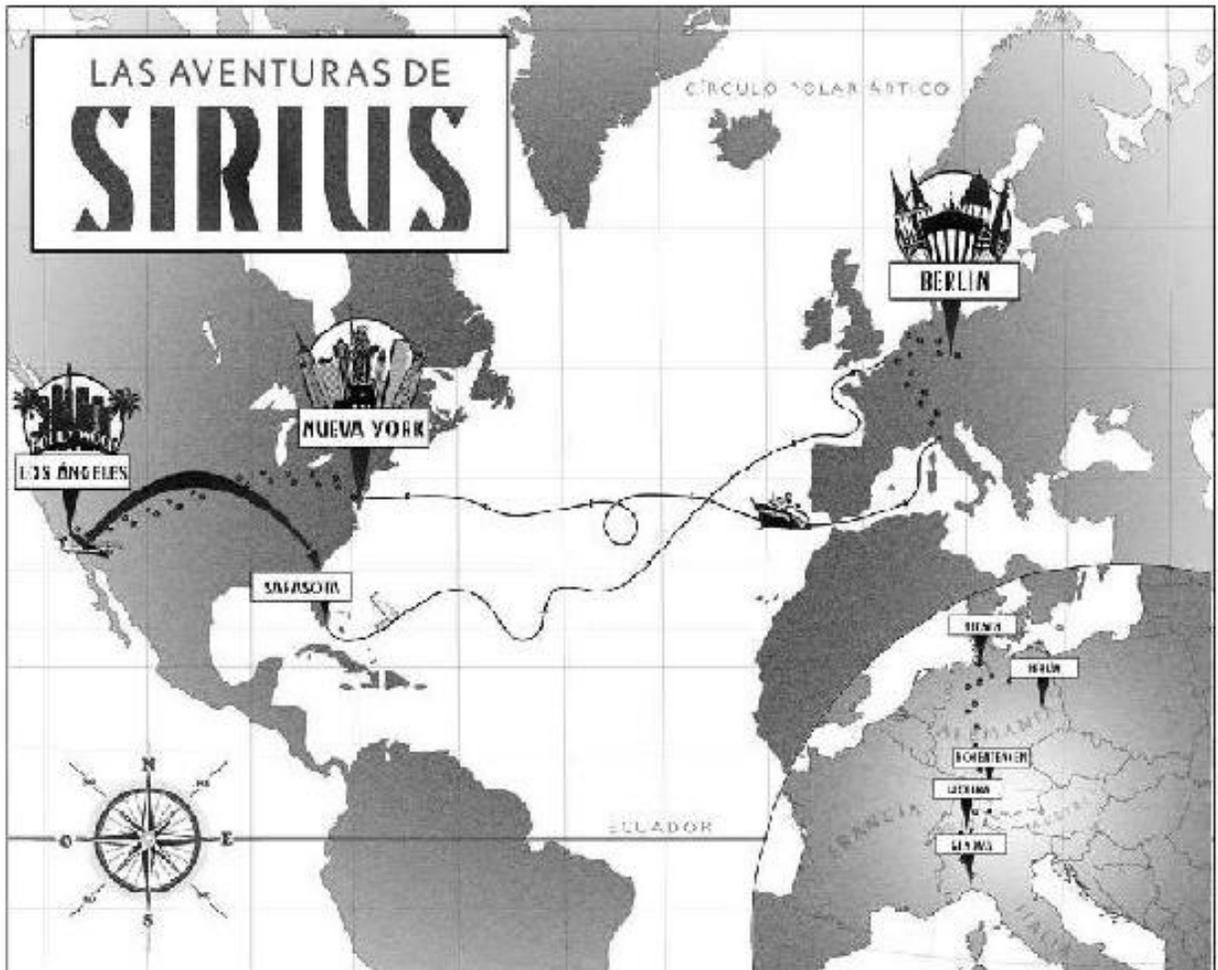
@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |





*Para mi familia, que vivía en aquel tiempo en Berlín*

1

Todas las mañanas, a las diez en punto, el profesor Liliencron sale de su casa, y entonces siempre ocurre lo mismo: inspira hondo, como si

estuviera en la cumbre de una montaña en los Alpes y respirara ese clima tan sano. También su ropa revela ganas de caminar. Gorra de visera, chaqueta loden, pantalones hasta la rodilla. Junto a él espera ya su fox terrier. Mueve la cola lleno de expectativas y piensa: ¡Ya salimos!

Luego los dos bajan por la Klamtstrasse, una callecita lateral a la Kurfürstendamm. Se detienen al llegar al primer árbol. El perro olfatea. El señor Liliencron saca un libro del bolsillo del abrigo y se pone a leer. No pierde la calma por nada. Los vecinos le saludan. El señor Liliencron devuelve amablemente el saludo y se sumerge de nuevo en el libro. Entretanto el perro da vueltas al árbol, lo más rápido que puede, con el morro siempre pegado al tronco, donde crecen unas briznas de hierba. A veces ladra al árbol y le gruñe desafiante, como si quisiera jugar con él. Luego levanta la pata.

Pueden estar así media hora larga. En algún momento el señor Liliencron cierra el libro, se lo guarda en el bolsillo del abrigo y se dispone a emprender el camino de vuelta a casa. El perro no piensa hacer tal cosa. Quiere jugar más, mucho más, con el árbol. Entonces el señor Liliencron lo llama por su nombre, en voz baja pero severa:

—¡Levi!

Levi sabe que se dirige a él. En consecuencia, siempre intenta poner una cara que —cree él— debe tener un efecto desgarrador. Al mismo tiempo aúlla lastimoso, mete el rabo entre las piernas y se pega al árbol, signo de su profunda incapacidad de separarse de él.

El señor Liliencron procede. Saca, en apariencia como de pasada, un trozo de chocolate. El crujido del papel hace vacilar a Levi. El árbol seguirá aquí mañana, se dice. Volveremos a vernos. Todo lo que es perecedero debe gozar de prioridad.

El profesor y su perro. Siempre a la misma hora, siempre en el mismo árbol. En el corazón de Berlín.

La familia Liliencron vive en un palacete urbano que la Academia Leopoldina de las Ciencias Naturales pone a disposición de su miembro honorario.

El profesor Carl Liliencron disfruta de ese honor desde que se le concedió la medalla Cothenius de oro. Poco después se mudó a la espléndida casa con su esposa Rahel y sus dos hijos, Georg y Else.

—Esta casa necesita un perro —declaró solemnemente.

Así llegó Levi a la vida de la familia.

Ahora es primavera. Del año 1938.

Liliencron es el dignatario más joven en la larga historia de la Leopoldina. Cuarenta y dos años. Aun así, ya tiene el cabello blanco, que se le encrespa a los lados del cráneo pelado, como corresponde a un agraciado con la medalla Cothenius. A veces la naturaleza de un ser humano ya sabe de antemano lo que la cultura va a hacer con él.

La especialidad de Liliencron es la microscopía. En su instituto investiga las relaciones entre el plancton ártico y el antártico.

—Todo lo que mide más de cuatro micras no me interesa —le gusta decir.

Así fundamenta también su desinterés por Adolf Hitler. O por la política. O por el futuro.

—Todo eso es demasiado grande —opina al respecto.

Precisamente ese hombre que afirma que todo lo visible solo con el ojo carece de importancia tiene una esposa cuya belleza salta a la vista desde el primer momento. ¿No es curioso?

La belleza de Rahel siempre ha sido tema de conversación en Berlín. Tenía admiradores famosos; Wilhelm Furtwängler, por ejemplo, o Peter Lorre. Pero eligió al hombre del microscopio.

—Él ve lo invisible, y eso es divertido, ¿no?

Rahel Liliencron se toma la vida con alegre optimismo. Desde la mañana, mientras se viste y se peina, en el gramófono suena música ligera, los discos que se bailan en ese momento en Berlín.

—Ven, Carl —llama a su marido—, ¡baila conmigo!

Él niega con la cabeza. Demasiado joven para la medalla Cothenius, demasiado viejo para el presente, piensa. Es extraño.

Aun así, a veces baila con ella.

A Rahel le gusta ir a la moda. Su hermana, que vive en París, le envía las revistas ilustradas del momento, y Rahel hace que le confeccionen los vestidos a partir de esos modelos. ¡Deprisa! Quiere ser la primera que cause sensación en Berlín con los últimos modelos de la temporada.

Hasta la fecha, Rahel sigue sin saber exactamente qué es el plancton.

—Lo importante es que tú lo sepas —le dice a Carl.

Le enseña el vestido rosa que la modista acaba de confeccionarle. Un diseño de Coco Chanel.

—Tu plancton no es capaz de esto.

—Te equivocas, querida —responde Carl—. Las algas verdes cambian de color cada temporada. Según la longitud de onda de la luz que absorben sus membranas. —Sonríe, cariñoso—. Te remito a mi obra de referencia *Fitoplancton y fotosíntesis*. Puedes leerlo ahí.

Rahel conoce el libro. Es uno de los gruesos tomos que saca de la biblioteca cuando Carl está en el instituto durante el día. Apila los libros en el suelo.

—¡Levi! —grita—. ¡Salta!

Levi es un perro listo. Después de tres o cuatro intentos ya sabe lo que le piden. A veces salta por encima del obstáculo, otras se sube encima y levanta las patitas.

O, al oír la orden «¡Levi, lee!», hace como si hojeara el libro con las patas. Luego se desploma teatralmente, cierra los ojos y ronca.

Le encantan esas pequeñas representaciones.

Entrada la tarde, Carl suele llegar a casa de la Academia con un par de colegas, se retiran a la biblioteca, beben coñac y hablan de sus asuntos. Entre ellos están el profesor Hertz, el Premio Nobel de Física, y Rafael Honigstein, el famoso paleontólogo. En los últimos tiempos las conversaciones cada vez se desplazan más a menudo de las ciencias naturales a la política. A las leyes raciales. A la quema de libros. A las humillaciones a eruditos y estudiantes judíos. Tiempos sombríos. ¿Qué se puede hacer?

Levi escucha con atención.

Enseguida vuelve a llegar el momento en que Liliencron va a la estantería, coge con gesto furioso el libro *Mi lucha* y luego lo enseña en alto.

Levi se levanta, ladra varias veces y alza la pata derecha en el saludo romano. Otra gracia que le ha enseñado Rahel.

El círculo académico aplaude. Saben que esa es la señal de marcharse.

—Tienes que enseñarle a hacerse sus cosas encima del libro —dice Carl a su esposa, que acompaña a los huéspedes a la puerta.

En la casa Liliencron las noches están dedicadas a la vida familiar. Putti, la criada suiza, sirve la cena en el mirador que da al jardín. Luego Else ofrece un pequeño concierto al piano.

—Tiene talento —había dicho el director Fritz Mahler, también amigo de la familia, que a veces tocaba con Else a cuatro manos—. Pero dudo mucho que nuestro Führer tenga oído para esto.

Hace dos años que Mahler emigró y quería llevarse a Else a Nueva York. Pero a sus padres les pareció que era demasiado joven para algo así. Por aquel entonces tenía trece años.

El negro piano Bechstein está en el salón. Else toca el segundo movimiento de la *Sonata en si bemol mayor* de Schubert. Un nostálgico andante que se vuelve cada vez más delicado, cada vez más suave, hasta que en las teclas no queda más que el soplo de un contacto. El enorme piano susurra de pronto sonidos ya casi inaudibles.

Else parece ahogarse en la música. Sus rojos cabellos caen como olas sobre las teclas, su pálida piel se refleja en el piano como si este fuera un mar oscuro y profundo. Los últimos acordes: *La muerte y la doncella*.

Else siente en ese momento la impaciencia de su corazón. La nostalgia del primer gran amor. ¿Cuándo llegará por fin el momento?

Georg es su hermano mayor. Está a punto de terminar el bachillerato en el instituto Fichte. Es el último alumno «no ario» del último curso. Quiere ser médico. Pero la universidad está vedada a los estudiantes judíos.

Su padre se mantiene inamovible:

—Ya sabes que Sauerbruch ha prometido interceder por ti.

Georg ya disecaba gatos a la edad de seis años, y los cráneos de los animalitos siguen en su escritorio, conservados en formol.

Siempre va al instituto con traje y corbata. A menudo, cuando vuelve a casa, lleva la ropa fuera de sitio.

—Defensa propia —comenta encogiéndose de hombros. Se ríe con malicia al pensar en las nuevas magulladuras de sus agresores.

Georg es miembro de la Agrupación Deportiva de Berlín Este. Su entrenador es Werner Seelenbinder, el campeón alemán de lucha libre de peso medio que en los Juegos Olímpicos de 1936 se negó a hacer el saludo hitleriano en el podio de los campeones.

¿Negativa? ¿Resistencia? ¿Resignación? ¿Huida?

Los pensamientos de Georg giran en círculo, pero los círculos son cada vez más pequeños, y sabe que ya no queda mucho tiempo. El futuro, ese monstruo imprevisible, marcha hacia los Liliencron con la bandera levantada... Y luego ¿qué?

—¡Mirad qué cielo! —exclama Rahel, y sale a la terraza—. Totalmente despejado.

La familia Liliencron se congrega bajo el firmamento. Hay luna nueva.

—Ahí está Sirio, Sirius en su nombre en latín —se alegra papá Liliencron—. ¿Lo veis?

Su dedo señala la oscuridad, allá donde al final del universo sigue habiendo luz.

—Esa constelación se llama Can Mayor.

Levi alza la cabeza. Su mirada sigue el dedo hacia la negra noche. Can Mayor. De pronto se siente triste, porque se acuerda de cuando era pequeño. Muy pequeño.

Por aquel entonces, cuando los Liliencron estaban buscando el perro adecuado, el teckel Kuno von Schwertberg, abreviado Kurwenal, protagonizaba titulares.

Pertenecía a Mathilde Freiin von Freytag-Loringhoven, una representante de la «nueva psicología animal» de Weimar.

Kurwenal sabía leer y hablar. Se expresaba ladrando, con toda precisión, tantas veces como correspondían a la cifra del alfabeto numerado que manejaba.

El famoso psicólogo animal William McKenzie vino expresamente de Génova y le puso al perro su tarjeta de visita delante de las narices. Kurwenal leyó y ladró: «Magnzi» y «Gnova». Seguía la ortografía fonética al hacerlo.

McKenzie se marchó fascinado.

Dos investigadoras británicas visitaron a Kurwenal y lo sorprendieron con la pregunta de qué llevaban en la cabeza. Kurwenal respondió enseguida: «Bonitos sombreros».

No pasó mucho tiempo antes de que una delegación de la Liga Nacional-socialista de Protección Animal se interesara por el genial teckel, aunque con siniestras intenciones. Si hay animales que hablan y piensan, entonces también había personas —judíos, gitanos, polacos— que podían ser animales parlantes y pensantes, es decir, infrahumanos.

Todo eso sacó a la palestra a Isidor Reich.

Isidor Reich era un joven zoólogo con aspiraciones que no quería

seguir contemplando cómo la nueva psicología animal amenazaba con caer en manos de los nacionalsocialistas. Tenía en mente un «Kurwenal judío». Así que empezó a criar fox terriers en Berlín-Grunewald.

El árbol genealógico de sus perros no presentaba títulos de nobleza alemanes de tan altos vuelos como Kuno von Schwertberg, sino nombres judíos, en orden alfabético, a los que se sumaban el número de camada y el nombre de cría «Reich».

El primer Reich estaba formado por cinco cachorros, llamados Ariel, Benjamin, Chajm, David y Esther. Reich eligió al perro con más ansias por aprender, que era Benjamin, y lo sometió a un adiestramiento obsesivo.

De la mañana a la noche, el perro se sentaba ante la máquina de escribir y tecleaba fielmente con las patas las letras que Reich le gritaba. Al cabo de un año, Benjamin estaba en condiciones de transcribir sin problemas una conferencia al dictado.

Entretanto había llegado el segundo Reich. Gidon, Hadassah, Irit y Jakob. Esta vez, Jakob era el más dotado. Era hijo de Benjamin, así que no sorprendió —o, naturalmente, sí que lo hizo, a pesar de lo anterior— que llevara la escritura en la sangre. A la edad de seis meses compuso su primer poema:

*cad a baf  
bdd af dff  
art ad  
abd ad arrli  
bed a ccat*

Los versos se publicaron en la revista *Tierseele* («Alma animal»), órgano de la nueva psicología animal. Un triunfo.

Luego vino al mundo el tercer Reich: Levi, Mirjam, Natan, Oz y Ruth.

Pero ese también fue el final. Una mañana la Gestapo echó la puerta abajo, e Isidor Reich fue detenido y deportado. Mataron a todos los perros a tiros.

Menos a uno. El pequeño Levi.

Se había puesto a salvo a tiempo. Una vecina encontró un ovillo tembloroso en el rincón más recóndito de la cocina, donde sin duda lo había tomado por un cojín o algo parecido.

El último superviviente del tercer Reich. Entonces Levi aún no sospechaba que aquello a lo que había escapado no era más que la antesala del infierno.

El profesor Liliencron nunca lee periódicos. Normalmente. Su curiosidad se dirige a los seres vivos con más de tres mil quinientos millones de años de antigüedad. Estos raras veces salen en los periódicos, y por eso, en su opinión, no merece la pena leerlos.

Hoy sí lee el periódico.

Se sienta a la mesa del desayuno. Todavía en bata. Ha renunciado al paseo que sale a dar con Levi a las diez en punto. Putti ha sacado al perro en su lugar y ha traído panecillos recién hechos.

Rahel tiembla al servir el café. Sabe que su marido solo lee el periódico cuando los malos presagios le obligan a hacerlo.

—¡Novedades! —dice papá Liliencron—. Interesantes novedades. Me temo que nos atañen.

—¿Qué sucede? —pregunta Else.

Él lee en voz alta:

—«Segundo decreto de ejecución de la Ley de Modificación de Nombres y Apellidos de 17 de agosto de 1938».

Su voz imita el tono oficial de una lectura ante un tribunal.

—«Parágrafo 1. Los judíos solo podrán tener los nombres que recogen las directrices sobre estos del Ministerio del Interior del Reich.»

Da un atronador puñetazo en la mesa.

—«Quien infrinja esta norma será castigado con una pena de prisión de hasta seis meses.»

El ruido despierta a Levi. Hasta ese momento ha estado sesteando complacido sobre su manta de perro, debajo de la mesa. Suele despertarse de sus sueños con suavidad, por ejemplo, al notar el delicioso aroma de la loncha de queso que le tienden para que se sienta miembro de pleno derecho del desayuno familiar. Pero hoy no es un día normal.

¿Ha hecho algo mal? ¿El ruido es por él? Articula su incertidumbre en forma de leve gemido.

—¿La ley también se aplica a los perros? —pregunta Else—. ¿Hay que cambiarle el nombre a Levi?

—¡No me sorprendería! —responde papá Liliencron con amargura, y se pone las gafas doradas de lectura—. Leamos la letra pequeña.

La familia le mira en estado de tensión.

—Espantoso —murmura él—. A partir de ahora habrá que tener cuidado.

—¿Ahora, de pronto? —pregunta sarcástico Georg—. Yo voy con ojo desde hace mucho, créeme.

—Lo sé —asiente Liliencron—, lo sé. Por desgracia, no podemos escoger en qué tiempos vivimos.

—Tú sí lo has hecho —replica Georg—. Vives en el pasado.

Rahel le interrumpe:

—Deja a tu padre en paz, Georg.

Levi hace notar su presencia con un carraspeo.

Liliencron se agacha ante él.

—No entiendes nada de esto. ¿O sí?

Levi se yergue y mece melancólico la cabeza al ritmo de la mano que le acaricia.

—Es peligroso ir por la calle con un nombre judío —explica Liliencron a su perro.

Deja a un lado el periódico y se levanta.

—Por eso dejarás de llamarte Levi —afirma.

El perro frunce el ceño.

—Vamos a escogerte un precioso nombre nuevo —dice Liliencron—. Para que puedas embaucar a los arios.

Cierra los ojos y piensa. Can Mayor. Le viene a la mente la constelación. La noche en la terraza. Mientras tanto, su perro ya se ha hecho mayor, ¿no?

—¡Sirius! —exclama de pronto.

Mira los rostros asombrados de su familia.

—¡Sirius! —repite solemnemente—. De ahora en adelante te llamarás Sirius.

Levi se siente halagado. Can Mayor. En cualquier caso, siente también la responsabilidad que pesa sobre la estrella y sobre él mismo.... Ser un punto de luz en la oscuridad. Los perros que se llaman Golfi lo tienen más fácil.

—¡Sirius, ven!

Liliencron coge la correa y, juntos, salen de la casa.

Los transeúntes no dan crédito a sus ojos. El señor profesor, todavía en bata y mucho más tarde que de costumbre, se dirige calle abajo perdido en sus pensamientos. Llama a su perro «Sirius».

—¡Vamos, Sirius!

La señora Zinke, la esposa del portero Zinke, de la casa de al lado, que a veces charla con el profesor durante su paseo, pregunta:

—¿No es este Levi?

Liliencron responde:

—No, este es nuestro Sirius.

Sirius trota con las orejas gachas. Cuando llega al árbol, a su árbol, no ladra, sino que se recuesta pensativo contra él.

—¿Es otro perro? —pregunta la señora Zinke.

—Sí y no —contesta Liliencron.

La señora Zinke mueve la cabeza, sorprendida.

El palacete en el que viven los Liliencron es un edificio impresionante.

La entrada está enmarcada por dos columnas, y encima del portal hay un friso que reproduce la famosa escena del techo de la capilla Sixtina, *La creación de Adán*, de Miguel Ángel.

Circula la historia de que la casa la construyó un descendiente de Miguel Ángel, un tal Manfred Buonarroti que a mediados del siglo XIX abrió un despacho de arquitectura en Berlín. Liliencron ha investigado esa historia, pero no ha podido completar de manera concluyente la línea genealógica que va de Miguel Ángel a Manfred. Tan solo topó con un escultor llamado Manfred Hosemann, de Leipzig, que en el año 1821 pasó un mes en Florencia.

En el porche de la casa es imposible pasar por alto otra cita de Miguel Ángel: una hornacina en la pared en la que hay una reproducción en miniatura del *David*. Debajo está grabado ECCE HOMO.

El profesor Liliencron lleva tiempo dándole vueltas a la idea de sustituir el *David* por un busto de su perro. El plan le pone de buen humor. Naturalmente, mantendría la inscripción ECCE HOMO, piensa.

Sirius —entretanto han pasado unas cuantas semanas— ha aceptado

su nueva identidad. Ya casi ha olvidado que se llamaba Levi. Así de deprisa van las cosas.

—Probablemente también hace mucho que Hitler ha olvidado que antes se llamaba Schicklgruber —dice Liliencron.

Desde luego, la señora Zinke lo ha olvidado. Grita «¡Hola, Sirius!» cuando ve al perro. Y dice «*Heil Hitler!*» cuando ve al señor Liliencron.

No obstante, la vida sigue; todas las mañanas, a las diez en punto, el profesor Liliencron sale de su casa, seguido de Sirius, y bajan juntos por la Klamtstrasse.

Al llegar a la esquina, el perro empieza a jugar con el árbol y Liliencron se pone a leer su libro.

El chocolate, que en el pasado fue un truco para atraer al perro hacia casa, ya no es necesario. Ahora Sirius conoce el camino. Conoce todo el barrio.

A veces incluso sale él solo.

Ha descubierto un agujero en la valla del jardín y se ha colado por él. Su primera parada es el café Hoffmann de la Clausewitzstrasse. Expectante, toma asiento delante de la puerta, ladra y menea la cola.

—Bueno, enséñanos los nuevos trucos que has aprendido —dice el señor Hoffmann.

Sirius levanta la patita.

—¿Cómo? ¿Eso es todo? —dice decepcionado el señor Hoffmann—. ¿Nada más?

Sirius salta, da una voltereta y aterriza sobre las patas delanteras.

—¡Síiii, mucho mejor! —ensalza el señor Hoffmann, y le da un trozo de pastel.

Ahora le toca a Sirius expresar su decepción. Teatralmente, agacha las orejas y hace como si fuera a marcharse, deprimido.

—Está bien —dice el señor Hoffmann—. Dos trozos.

Sirius ladra feliz, atrapa la recompensa y sigue su camino. Baja con curiosidad por la Kantstrasse. Todavía no se atreve a salir a la Kurfürstendamm.

—¡Buenos días, Sirius! —saluda el librero Friedrich, y se quita el sombrero.

En la Savignyplatz, Sirius se tiende al sol en un banco del parque y sestea. Más tarde trota en dirección a Fasanenstrasse, en el mismo

momento en que dos basureros empujan unos traqueteantes contenedores por el asfalto.

—¡A ese lo conocemos! —grita uno de ellos al ver a Sirius—. ¡El perro del judío va a ir a la basura!

Disfrutan metiéndole miedo con sus rostros furiosos y sus gestos amenazadores y lo convierten en cosa de broma.

Sirius es un perro intrépido. Su hirsuto pellejo, manchado de blanco, marrón y negro, le da incluso un aspecto rebelde y peleón.

Parece una alfombra llena de polvo que hubiera servido de muestra para la bandera tricolor de un país desconocido.

Quizá fuera la de Tierra de Nadie.

Berlín, la ciudad gris, se lanza al verano como un preso al que permiten salir por fin de su triste celda y, gracias a Dios, vuelve a ver el cielo azul. Hambriento de sol. Ansioso por salir. Deseoso de aire fresco. Sediento de cerveza.

Unos señores de cierta edad salen alborotados en coche al campo el día del Padre, con los elementos para preparar una barbacoa y anzuelos en el equipaje. ¡Por fin es verano!

Los locales sacan sus mesas al aire libre. La gente lleva poca ropa. Las aceras se convierten en escenario del gran teatro veraniego al aire libre. El fin de semana, las masas se lanzan hacia las playas del Wannsee.

Esa es la atmósfera de Berlín. Incluso en el verano de 1938.

La familia Liliencron ha perdido la costumbre de salir, por causa de fuerza mayor. La vida pública está en gran medida prohibida a los judíos. Hay que conformarse con la felicidad que proporciona el jardín propio. A veces Liliencron saca del garaje el coche, su querido Mercedes 170 V Cabriolet, y los invita a dar una vuelta por Grunewald. Pero las miradas de reprobación echan a perder el goce de la salida.

Georg aprueba la reválida con buena nota. Después del momento solemne en el instituto, toda la familia se congrega junto a la gran mesa de mármol en la terraza del jardín.

Putti está de lo más elegante cuando, en las ocasiones especiales, cambia el blanco delantal de la cocina por un vestido de fiesta, que por

otra parte muestra un generoso escote. Sus pequeñas mejillas suizas hierven ya con la primera copa de champán.

Al círculo más íntimo de la familia pertenece también Benno Fritsche, el padrino de Georg. Es una personalidad famosa en Berlín. Actor en el Deutsches Theater, estrella de la película *Grindelhof*, que proyectan en ese momento en los cines. En ella interpreta, una vez más, a un rompecorazones de aspecto deslumbrante a cuyos pies caen rendidas las mujeres.

A Fritsche le gustan las grandes entradas en escena. Imita el sonido de una trompeta de circo y salta por encima de la pequeña valla del jardín. Vive en el chalet de al lado y es vecino de los Liliencron desde que estos se mudaron a su palacete.

—¡La enorme longitud del trayecto no me ha impedido venir! —dice a modo de saludo.

Rahel compone su sonrisa más encantadora. Las mejillas de Putti recuerdan el brillo de los Alpes de su patria. También Else parece hechizada.

Benno Fritsche es un asunto delicado.

La cosa empieza ya por sus cabellos. Cuando Benno se aparta con complacencia de la frente la rubia melena con ambas manos, cosa que hace constantemente, el calvo Liliencron siente cierto malestar.

Tampoco mejora la situación que, en presencia de Benno, Rahel parezca transfigurada. Coquetea como una chiquilla. Benno no tiene más que soltar una gracia y Rahel se derrite.

Pero el elemento decisivo es que Fritsche ha ingresado en el partido.

De forma involuntaria, recalca. Las cosas están así en la industria del cine: si no eres miembro del partido, no hay papeles. Pero hace poco ha publicado en el *Völkischer Beobachter*, el órgano del partido, un artículo que lleva por título «El arte dramático ario». ¿Era necesario?

Carl había manifestado grandes reparos acerca de si había que invitar a Fritsche.

—¡Es el padrino de Georg! —dijo Rahel con severidad—. ¡Carl, no seas tan celoso!

—¡Es un nazi! —replicó este.

Rahel:

—No es un nazi. Es un actor. Se hace el nazi para poder seguir siendo actor. Cada uno de nosotros lleva una máscara hoy en día. Incluso Sirius.

Liliencron acaba achantándose.

Así que el tío Benno se sienta a la mesa.

Papá Liliencron alza su copa.

—Querido Georg Israel... —inicia su alocución.

Empezamos bien, se sobresalta Rahel. Pero es cierto, hace poco que su hijo se llama oficialmente así, según las directrices del Ministerio del Interior del Reich. A los hombres judíos debe añadirseles el nombre de Israel, a las judías el de Sara. Pero ¿a cuento de qué viene eso aquí y ahora?

El tío Benno ni pestaña.

Sigue un inteligente discurso que pasa revista a la vida de Georg, resalta los momentos importantes y los adorna con anécdotas, trazando un gran arco que termina en el plancton, naturalmente.

Carl se vuelve hacia Rahel y narra de nuevo su maravillosa historia de amor. Da vivas a Else. Recuerda cómo llegó a su vida la buena de Putti, como un añadido a sus vacaciones de invierno en Arosa, donde les había dejado una honda impresión como camarera en el hotel Kulm.

Hay en los rostros lágrimas de emoción, lo que llega a estimular al orador a aludir bondadosamente a Benno y recordar su amistad juvenil.

Benno se aparta el flequillo con las dos manos. Entonces el discurso llega a su fin.

—¡Y ahora tú, pequeño Sirius!

El perro está sentado en el regazo de Else. Ha estado escuchando atentamente todo el rato.

—¿Sirius? —susurra Benno, y mira inquisitivo a Else. El cambio de nombre le había pasado inadvertido.

—Sí, Sirius —dice Liliencron—. Ese es ahora su nombre. Todos tenemos nuevos nombres, así que el perro también. Cada uno lleva su máscara en estos tiempos macabros.

Rahel sonríe con aire significativo.

En realidad, Liliencron tenía la intención de terminar con una observación que le permitiera pronunciarse de manera enfática a favor de los principios del humanismo. Quería decir, mirando a Sirius: «No somos animales a los que se divide en razas, sino personas. ¿Qué os da derecho a los que os llamáis arios a privarnos a los judíos de la existencia? Somos alemanes. Como vosotros».

De pronto le faltan las palabras. Tan solo mira a Sirius y dice:

—Eres un gran can.

Else está enamorada. Su amado se llama Andreas Cohn. Estudia — como ella— en la Escuela Privada de Música Judía Hollaender. Ella toca el piano; él, el violín.

Los dos iban ya a la misma clase en el conservatorio Stern, cuyo nombre cambiaron hace tres años por el de «conservatorio de Berlín, capital del Reich», y que fue arianizado. Todos los profesores judíos tuvieron que abandonarlo. Poco después, Kurt Hollaender fundó su academia privada de música en la Sybelstrasse.

Else y Andreas se acercaron mucho mientras estudiaban juntos el *Concierto para violín y piano opus 64* de Felix Mendelssohn Bartholdy.

Erich Oppenheimer, el profesor de piano, había dicho:

—Señorita Else, debe usted tocar el primer movimiento como si tuviera el corazón inflamado. En el segundo movimiento el corazón duda y se pregunta: ¿corresponde él a mis sentimientos? Por fin, el tercer movimiento es la culminación del gran amor.

Visto así, Else está justo en medio del segundo movimiento de su primera pasión.

Andreas es el primer chico en el que piensa en serio. Los rizos negros y los ojos hundidos le dan un aspecto obstinado. Toca el violín con un fervor ardiente, que tiene rasgos casi aterradores. Apoya su violín, un Steiner, en el hombro como una ballesta, como si fuera un tirador que se prepara para el disparo decisivo. Un luchador. Un tipo endemoniado.

Else, en cambio, parece su ángel de la guarda. Podría haber salido de un cuadro de Rafael. Encantadora, amable, delicada.

Se esperan el uno al otro al final de la clase. Siguen el mismo camino hacia sus casas hasta la esquina de la Mommsenstrasse, y allí se sientan a veces en un banco durante horas porque, sencillamente, no pueden separarse.

—¿Qué ves cuando cierras los ojos? —pregunta Else.

Andreas los cierra.

—Veo el Rin. Imagínate lo pequeño que es cuando sale de allá arriba, en las montañas, del lago de Toma. Un arroyo diminuto. En retorromano, la fuente del Rin se llama *Lai da Tuma*. *Tuma* significa «tumba».

Else se bebe sus palabras.

Él vuelve a abrir los ojos.

—Cuando el Rin pasa por delante de nuestra casa, ya es una ancha y poderosa corriente.

Andreas Cohn es oriundo de Basilea. Su abuelo, Arthur Cohn, fue el primer rabino de la comunidad israelita en esa ciudad suiza, donde Theodor Herzl comunicaría posteriormente al mundo el sueño de un Estado propio para los judíos en Palestina.

—Llévame contigo a Lai da Tuma —susurra Else.

Andreas sonrío. Y entonces se besan por primera vez.

Los viernes hay *soirée* en la casa de los Liliencron. Esta noche están invitados el actor Erwin Kaltenberg; el profesor Weidenfels, matemático; el escritor Hans Fallada; la pintora Käthe Kollwitz, y los vecinos, Arthur y Betty Fraenkel. Else ha pedido que inviten a Andreas.

—Sé amable con él, ¿eh, papá? — ruega.

—Conversaremos animadamente —dice Liliencron—. Suponiendo que le interese el plancton.

Los invitados van llegando.

Weidenfels sufre un traspie al empezar a hablar de muñecas con Käthe Kollwitz. La ha confundido con Käthe Kruse, la diseñadora. Putti sirve copas de ponche.

Sirius ladra a Kaltenberg.

—Esta bestia es más mordaz que Alfred Kerr —dice.

Rahel está sencillamente encantadora. Lleva un vestido de cóctel de seda azul medianoche.

Andreas Cohn se mantiene con discreción al margen de los invitados.

—Me ha dicho mi hija que le gusta a usted el violín —comenta papá Liliencron.

—Sí —responde él.

—Violín —dice Liliencron, y hace el gesto con la mano como si tocara—. ¿Eso sigue teniendo futuro?

—Sí —contesta Cohn.

—Interesante —murmura Liliencron—. Yo pensaba que la trompeta de jazz era el instrumento del mañana.

—El mañana —dice Cohn—. Quién sabe si llegaremos a verlo.

—¿Lo duda usted?

Cohn está a punto de emitir una respuesta que trasluce su imagen pesimista del mundo cuando Else se acerca con una copa de ponche en la mano. Ya va un poco achispada.

—¿De qué habláis? Espero que no sea de cosas serias.

—No, no —la apacigua Liliencron—. Tan solo charlamos acerca del futuro.

Else coge de la mano a Andreas y lo lleva hasta donde está Putti.

—¡Putti! —exclama—. Aquí hay un compatriota tuyo.

Esta dice, educadamente:

—Buenas tardes.

Los dos suizos intercambian unas cuantas palabras en su dialecto, que suena como si ambos fueran unos ventrílocuos acatarrados.

Georg intenta conversar con Andreas.

—Else dice que estás preocupado por nosotros.

Andreas asiente.

—Sí. Veo las cosas muy negras para los judíos alemanes, si todo sigue igual. Y va a continuar así.

El profesor Weidenfels se acerca.

—Oigo —le dice a Andreas— que lleva usted un apellido famoso.

—Antes tengo que hacerle justicia —responde Andreas, poniendo en práctica la modestia.

Weidenfels se vuelve hacia Georg.

—Su padre, Marcus Cohn, es el último rescatador en esta desgracia. Conozco a muchos emigrantes judíos que le deben la vida.

Liliencron interviene.

—Otra vez esa palabra. «Emigración.» ¿También es usted uno de esos sionistas, señor Cohn?

Andreas responde:

—Mi abuelo inventó el sionismo junto con Theodor Herzl.

Liliencron replica:

—No vamos a dejar que nos envíen al desierto. Eso podría gustarle a Hitler. Somos alemanes. Pertenece a Alemania.

Se retira con aire dramático.

—¿Ves, Andreas? A eso me refiero —dice Georg—. Para padre, Alemania sigue siendo el país que le concedió la medalla Cothenius. La patria de Goethe. Las sinfonías de Beethoven.

Liliencron golpea su copa con la cucharilla de cóctel.

—¡Queridos invitados! —exclama—. Ahora, para nuestro solaz, nuestro amigo Hans Fallada va a leer un capítulo de su nueva novela *Gustavo el férreo*.

Ha llegado el otoño. Sobre la ciudad reposa una densa capa de nubes que pronto arrojará las primeras nieves.

El ambiente en la casa Liliencron es agobiante. Como si presagiara que se avecinan unos acontecimientos que van a sellar el destino de la familia.

Sirius lo olfatea ya.

Sigue paseando por los mismos lugares, pero los rostros familiares han desaparecido. El zapatero Horowitz, que siempre charlaba amablemente con él, ya no está. El tostadero de café Finkelstein, que desprendía un aroma exquisito, ha cerrado.

Otros viejos conocidos parecen perturbados por los nervios. El señor Hoffmann, por ejemplo, para quien una buena representación equivalía a un trozo de tarta. O a dos.

Sirius se sienta delante del café y menea la cola, expectante.

El señor Hoffmann se limita a levantar un momento la cabeza.

—¿Otra vez aquí? ¿Qué quieres?

Sirius da un salto en el aire.

—Sí, sí —murmura ausente Hoffmann—. Muy bien.

No hay tarta.

Sirius también tiene en su repertorio el número en el que camina sobre dos patas y extiende la pata para hacer el saludo hitleriano. Eso funciona bien con la gente de uniforme pardo, lo sabe por experiencia. Responden al saludo de buen humor y hacen bromas como: «Nuestro partido lleva una vida de perros».

Pero incluso eso ha cambiado. Un policía se planta ante Sirius y le ruge:

—¿Te burlas del Führer, chucho asqueroso?

Patada.

Todo es muy extraño. ¿Qué está pasando aquí?

Sin duda Georg tiene razón cuando dice: «Este ya no es nuestro país».

El perro, pensativo, se encamina de vuelta a casa. Se desvía rápidamente para cerciorarse de si su árbol aún sigue ahí.

El árbol aún sigue ahí.

El cartero no puede sospechar que hoy lleva una carta que va a cambiar para siempre el destino de los Liliencron. Putti tiene el día libre, así que el profesor recibe en persona el sobre.

Es una carta de la Academia Leopoldina de las Ciencias Naturales, según pone en el sobre con unas letras soberbias.

Es muy inusual recibir correo de la Leopoldina. Liliencron abre la carta en el acto.

Le comunicamos la exclusión inmediata de esta academia de los científicos no arios. Su labor docente queda suspendida. De igual modo se extinguen los derechos a salario y pensión.

Respetuosamente,

Profesor doctor EMIL ABDERHALDEN  
Presidente de la Academia Alemana  
de las Ciencias Naturales

Liliencron se guarda la carta en el bolsillo interior de la chaqueta y se pone el abrigo. Coge la bufanda y la correa del guardarropa, por lo que Sirius acude corriendo, complacido. Juntos se ponen en camino hacia el Lago Nuevo de Tiergarten. Se sientan en un banco a la orilla.

Lovis Corinth había inmortalizado treinta años atrás en uno de sus cuadros más hermosos ese lago en un día turbio como aquel. A Liliencron le gusta sentarse allí cuando necesita descansar para reflexionar.

—Ya no sé qué hacer, Sirius —dice.

El perro se pega mucho a él.

—Mi existencia, ¿entiendes? Esa era mi existencia.

Sirius siente que su amigo está desesperado. Los perros notan estas cosas. Saben lo que es la desesperación, aunque la mayoría de las veces se deba a nimiedades.

Liliencron se hace reproches. ¿Estaba ciego?

En la plaza de la Ópera, una horda ha quemado los libros de Heinrich Heine mientras cantaba el himno de Horst-Wessel.

—¡Entreguemos al fuego todo lo que no es alemán! —rugían.

Han despedido al profesor Heisig, también al profesor Bernstein. Fritz Mahler ha emigrado. Georg y las constantes palizas. Alemania se ha convertido en un país de bárbaros.

—¡Todo eso ha ocurrido, ya lo sé! ¿Por qué no he querido darme cuenta? He sido demasiado orgulloso. Me he imaginado que yo, el titular de la medalla Cothenius de oro, no tenía nada que temer de esos bárbaros.

»Ahora tengo miedo —confiesa en voz baja—. ¿Qué va a ser de nosotros?

Liliencron se cubre el rostro con las manos.

Sirius siente gotas de lluvia en la piel. Levanta la mirada y ve que son lágrimas.

Un hombre que llora es la imagen más triste del mundo.

Liliencron lucha por contenerse.

—Georg quiere ser médico —dice—. Pero Sauerbruch ya no contesta. Solloza.

—Y Else. Tiene talento. Podría ser una pianista grandiosa, ¿verdad?

Sirius asiente.

—¿Qué va a pasar ahora?

En momentos como este, Sirius lamenta no ser un verdadero interlocutor. Le faltan las palabras.

—Los humanos existimos desde hace ciento sesenta mil años —murmura Liliencron—. Y Hitler solo ha necesitado cinco para destruir a la humanidad.

Un pato nada tranquilo en el lago. Está impertérrito. Hay patos desde hace alrededor de treinta millones de años.

—Me detesto—dice Liliencron—. Me avergüenzo de mí mismo.

Sigue la noche. Sirius se ve repentinamente arrancado del sueño. Oye voces, ve fuego. ¿Sigue soñando?

Sirius salta al alféizar de la ventana. ¡Fuego! Fantasmagóricas nubes de humo recorren los tejados de las casas, las llamas crepitan y el humo negro como el carbón escupe chispas ardientes... La sinagoga de la Fasanenstrasse es presa de las llamas.

Acuden vehículos, desfilan hombres. Llevan botas, gorras y brazaletes

rojos. Sirius espera que sean los bomberos. Pero los hombres festejan lo que está pasando. Uno enciende complacido un cigarrillo.

Un señor con sombrero, que en realidad tiene aspecto de ser muy decente, incita a la multitud:

—¡Abajo los judíos!

El grito surge de todas las gargantas, cada vez más fuerte, cada vez más incontenible. A una orden de mando se abre la portezuela abatible de una camioneta y unas barras de hierro ruedan con estrépito por la calle. Los hombres las empuñan y se lanzan contra todo. Destrozan los escaparates de las tiendas judías, uno tras otro. Los cristales estallan, las esquirlas vuelan por el aire y cubren el suelo una tras otra. El ruido es ensordecedor.

Por fin llega la policía. Pero no interviene. Al contrario. Un policía saca la pistola y dispara a una ventana del primer piso en la que hay luz. Eso excita aún más a la horda. Los hombres rompen las puertas y entran en las casas.

—¡Abajo los judíos!

Familias en pijama son arrastradas a la calle. Sirius reconoce a Albert Salomon. Es el médico de los Liliencron.

Temblando, coge de las manos a su mujer y sus hijos. Se deja caer de rodillas ante un muchacho con un brazalete, que ya blande la barra, y ruega por su vida. El muchacho le escupe en la cabeza.

A Sirius le gustaría saltarle al cuello a ese tipo. Gruñe y enseña los dientes. Pero no puede hacer nada contra esa chusma de ahí fuera. Tiene que avisar a su familia.

Los Liliencron duermen en las habitaciones que dan a la tranquila parte trasera de la casa. Sirius salta contra las puertas y ladra.

Georg es el primero en dejarse ver.

—¿Qué te pasa a estas horas de la noche?

Somnoliento, sigue al perro, que lo lleva hasta la ventana. Mira la calle y se queda petrificado.

Entretanto, la horda ha crecido hasta estar formada por varios centenares de hombres. A los tipos de los brazaletes se les han sumado transeúntes y curiosos. Han roto los escaparates de las tiendas y han sacado las cosas a la acera. Allí espera ya un grupo que rocía el botín con gasolina y le prende fuego. Otros se meten en las viviendas para

saquearlas. La calle parece de cristal, hasta tal punto se acumulan las esquirlas.

— ¡Abajo los judíos! — ruge la multitud.

Solo entonces Georg se da cuenta de que las densas nubes de humo no provienen de los fuegos de la calle. En ese momento ve la enorme pared de llamas allá donde estaba la sinagoga.

Se le suma Else. Se frota los ojos.

— ¿Ha ocurrido algo?

Georg responde:

— Sí, ya ha ocurrido.

Los bomberos ponen todo su cuidado en que el chorro de las mangueras no apague las llamas de la sinagoga, sino que tan solo impida que el incendio se extienda a los edificios no judíos.

Else grita:

— ¡No!

Piensa en Andreas. ¿Estarán sacándolo de casa con barras de hierro en ese mismo instante?

Cuando sus padres se acercan a la ventana, Else se desmaya.

Lo primero que ve Liliencron es la unidad más pequeña del tumulto.

— Ese es Zinke. El portero Zinke.

Lo observa repartir los bidones de gasolina.

Luego su mirada se ensancha y registra el infierno completo. Fragmento a fragmento. Inmóvil. Sin palabras.

Abraza a Georg. Luego se da la vuelta y se ocupa de Else.

Rahel se cubre el rostro con las manos.

— ¿Dónde está la policía? ¿Es que nadie va a llamar a la policía?

— La policía está ahí — dice Georg —. Protegiendo a los criminales.

Vacían una casa tras otra. En cada escalera, atruenan las botas de los agitadores.

— ¿Aquí viven judíos?

— Sí, ahí arriba — denuncian los vecinos.

Rahel ve a las familias salir de las casas. La policía las separa y detiene a los padres. «Prisión preventiva», lo llaman.

Las madres llevan en brazos a sus hijos pequeños y de la mano a los mayores. Algunos han podido coger mantas a toda prisa. La mayoría tiembla por el frío. Es noviembre.

Y de pronto el horror se acerca. Unos puños golpean la puerta de la

casa de los Liliencron.

—Por el amor del cielo —se sobresalta Rahel.

—¡No se os ocurra salir! —grita Georg.

Unas palanquetas destrozan la cerradura. Un hacha se clava en la madera.

—¡Abajo los judíos!

—¿Adónde vamos? —susurra Liliencron.

—¡A casa del tío Benno! —susurra Georg.

Ya oyen voces en el pasillo cuando salen al exterior por la habitación del jardín, saltan el seto y buscan refugio en la casa de al lado.

Por primera vez en su vida, Benno Fritsche, el gran actor, se enfrenta a una situación dramática sin estar adecuadamente vestido e iluminado.

Viene directo de la cama. Está en calzoncillos y camiseta, delante de los Liliencron, y su pelo parece una coliflor.

—¿Qué os ha pasado? —pregunta, atónito.

Liliencron se esfuerza por hacer un esquema comprimido de los acontecimientos. Rahel solloza.

Georg y Else miran hacia la nada.

—En resumen —dice Benno—, necesitamos un coñac.

Nadie dice que no. Benno sirve las copas.

—¡Hijos de puta! —exclama.

—La culpa es mía —dice Liliencron—. No debía haber escondido la cabeza como un avestruz durante tanto tiempo.

Rahel le acaricia la mano.

—Mejor esconder la cabeza bajo tierra que tener allí todo el cuerpo —dice Benno.

—¡La sinagoga está en llamas! —exclama Georg.

—Espantoso, absolutamente espantoso —responde Benno—. Pero ahora hay que mirar hacia delante. Ahora se trata de vuestra vida.

Se retira, se arregla y reaparece vestido de frac.

—¿Dónde está Levi?

—¡Sirius! —grita Else.

—Claro —dice Benno—, me refería a él.

Liliencron se pone en pie de un salto.

—¿Dónde está Sirius?

Rahel:

— ¿Es que no está aquí?

— ¡Sirius! — grita Georg.

Según parece, Sirius se ha quedado a vigilar la casa.

— Nos hemos olvidado de él — dice Else, y rompe a llorar.

En ese momento llaman al timbre. Se oyen voces fuera. Un puño golpea la puerta.

Benno se pone en pie, se alisa la camisa del frac, se ajusta en su sitio la pajarita y va hacia la entrada. Abre la puerta.

— ¡Policía Secreta del Estado! — dice una voz.

Benno Fritsche hace una reverencia.

— ¿Viven aquí judíos? — pregunta con aspereza el agente.

— ¿Judíos? — dice Fritsche en tono de sorpresa—. ¿Cómo se le ocurre tal cosa?

— En la casa de al lado viven judíos — responde el agente.

— Aquí no — dice Fritsche.

El agente le mira fijamente.

— ¿Está seguro?

Fritsche, mirándolo de arriba abajo:

— ¡Está claro que no sabe quién soy!

— ¿Quién es usted? — pregunta el agente.

Fritsche se coloca en posición de firmes.

— Benno Fritsche. Actor. Estrella de cine. Miembro del partido.

El agente, sumiso:

— Le pido disculpas.

La puerta se cierra.

Benno regresa, radiante, al salón.

— ¿Qué tal? ¿Cómo he estado?

Los Liliencron siguen sentados, con un aspecto cadavérico, y tiemblan.

Solo falta uno: Georg.

— ¿Dónde está Georg? — pregunta Benno.

— Georg ha vuelto a casa — dice Liliencron—. A buscar a Sirius.

Sirius está sentado junto a la ventana. Ve a través de ella el infierno en la tierra y piensa: ¿Son personas?

Alza la mirada al firmamento nocturno. La luz en la oscuridad, su compañera, no se ve. ¿La estrella ha perdido la esperanza? ¿O solo se trata de las nubes de humo, que limitan el universo por encima de los tejados?

Sirius oye las botas, las voces, los disparos.

Se acuerda de cuando era un perro pequeño. En aquel entonces se escondía en el rincón más recóndito, se enroscaba inmóvil y fingía que era un cojín viejo.

Ahora es un gran can.

Los hombres abren de golpe la puerta del salón y miran a su alrededor.

— ¿Dónde está esa chusma judía? — ruge uno.

— ¡Chusma judía! — ruge el otro, con el hacha en la mano.

Entonces su mirada se posa en Sirius.

Este avanza sin miedo hacia ambos, se sienta muy cerca de ellos, se yergue y levanta la pata derecha para hacer el saludo hitleriano.

Los hombres están perplejos.

— ¡Esta sí que es buena! — dice el uno.

El otro se ha quedado sin palabras. Deja caer el hacha de puro susto.

Han venido para echar a los judíos y, en vez de eso, un perro les saluda con un «*Heil Hitler!*».

De pronto, su furia ciega se ha esfumado. Incluso sienten un ligero cansancio. El agotamiento de la barbarie.

— ¿Habrás algo para beber? — pregunta uno de ellos.

Buscan la cocina, abren la nevera y vuelven con dos cervezas.

— ¡Salud!

Suspiran y se dejan caer en el sofá. Casi se les cierran los ojos.

— Ha estado bien, pero es agotador — dice uno.

Al cabo de un rato vuelven a levantarse, se desperezan y recorren la casa. Al llegar a la biblioteca, escogen una serie de libros al azar.

— *Plancton* — dice despreciativo uno.

— Mira — replica el otro —. ¡*Mi lucha!*

Sostiene el libro en alto, perplejo.

Sirius viene corriendo, se yergue ante ellos y levanta la pata derecha. Los hombres sonríen.

— Bueno, está claro — dice uno —. Aquí no viven judíos.

El otro asiente y recoge el hacha del suelo.

Están a punto de abandonar la casa cuando oyen un grito.

—¡Sirius!

El perro levanta las orejas, se da la vuelta y sale corriendo.

Los hombres lo siguen enseguida hasta el jardín. En la oscuridad distinguen una silueta.

—¡Alto! ¡Deténgase! —grita uno.

—¡Arriba las manos! —amenaza el otro, y blande la pistola.

La silueta se acerca con las manos levantadas.

—¿Quién es usted? —pregunta uno.

—¡Nombre y dirección! —ruge el otro.

—Georg Liliencron —responde la silueta—. Vivo aquí.

Los hombres lo arrastran hasta el salón.

—Liliencron —dice uno—. Bonito nombre.

—Bonito nombre —repite el otro, y le da un puñetazo en la cara a Georg.

—Bonita casa —dice uno.

—Bonita casa judía —afirma el otro—. Ese chucho nos ha tomado el pelo.

Coge el hacha y destroza el sofá en el que hace un momento estaban sentados. Han recuperado la energía.

—Te vienes con nosotros —dice uno.

—Prisión preventiva —completa el otro—. Procuraremos que no te pase nada.

Georg deja que se lo lleven sin replicar nada. Tiembla de ira. Y de miedo.

Esa misma noche, Georg va a parar al centro de detención de la Levetzowstrasse. Es uno de los miles a quienes mañana empujarán, descalzos, hacia el Putlitzbrücke. En la estación de Moabit, los trenes de mercancías ya están listos para el transporte. Destino final: campo de concentración de Sachsenhausen.

Prisión preventiva.

El sol sale esa mañana a las 7.42. Liliencron lo sabe, porque mira el reloj sin parar.

Como muy pronto, hasta las ocho de la mañana no podrá llamar por teléfono a Emil Abderhalden, el presidente de la Leopoldina. Como

descubridor del «fermento reactivo de Abderhalden» y promotor de la «higiene racial», tiene buenos contactos en el Gobierno.

El tío Benno ha servido café recién hecho. Para Rahel y Else. Él y Liliencron siguen con el coñac. Sirius dormita. Aún tiene la noche pasada metida en los huesos.

—Mi casa es la vuestra —dice tío Benno—. Por el momento, aquí estáis seguros.

El bueno de Fritsche. Está arriesgando su vida. Ese café podría costarle su carrera. Hoy los soplones y los traidores hacen horas extras.

Por fin las ocho.

—Abderhalden —resuena en el auricular.

Liliencron le da los buenos días.

—Mi querido Liliencron —dice Abderhalden—. Siento infinitamente la notificación de despido, pero por desgracia era inevitable.

Liliencron le interrumpe. Le cuenta los acontecimientos de la noche pasada. Le dice que Georg ha desaparecido sin dejar rastro y termina con las palabras:

—Usted me ha arrebatado mi honor y tengo que vivir con eso, pero le ruego con fervor que no me arrebaté también a mi hijo. No puedo vivir con eso.

Abderhalden está muy conmovido.

—Le entiendo, amigo mío, pero no tengo nada que ver con ese asunto.

—Interceda por mi hijo —implora Liliencron—. Usted conoce a las personas clave.

—Sí, claro —responde Abderhalden—. Pero no voy a llamar a Rosenberg o a Goebbels por, perdone, un asunto de familia.

Cuelga.

Liliencron está desesperado.

—¿Es que nadie nos puede ayudar?

Pasa revista mentalmente a su círculo de conocidos. Ahora los judíos necesitan ayudarse los unos a los otros. Los no judíos no van a hacer nada por ellos.

Además, ¿qué judío puede llamar a Goebbels?

—¡Lorre! —exclama Rahel.

—¿Lorre? —pregunta desanimado Liliencron.

Un nombre de tiempos olvidados hace mucho, cuando Rahel estaba

con un joven actor llamado László Loewenstein, que más tarde sería conocido como Peter Lorre. Hace unos años que emigró a Hollywood.

— ¡Goebbels en persona le aconsejó que se fuera! — afirma Rahel.

Liliencron mueve la cabeza.

— ¿Por qué iba a ayudarnos Peter Lorre?

— Nos quisimos — dice Rahel —. Nos quisimos mucho.

¿A qué esposo le gusta oír una cosa así? Si hay algo que Liliencron no necesita es otra puñalada en el corazón.

Es absurdo, los Liliencron están pasando el peor momento de su vida en Berlín... ¡y la esperanza es Hollywood!

¡Lorre!

Y bien, ¿quién tiene su número de teléfono?

Benno Fritsche, todavía de frac pero con la camisa abierta y mucho coñac en el cuerpo, camina hacia el escritorio y coge orgulloso su agenda.

— Aquí está el número de teléfono.

Está radiante.

— Rodamos juntos *M., el vampiro de Düsseldorf*. Yo aún era apenas conocido. Mi primer papel hablado.

— Una ciudad y un vampiro — murmura Liliencron—. Ahora habría que decir: una ciudad se transforma en vampiro.

¿Dónde estará Georg? Ninguno puede olvidar la ventana junto a la que estaba. Else ve a los hombres con barras de hierro. Liliencron, al policía que fuma indiferente un cigarrillo. Sirius no puede olvidar al tipo ante el que Albert Salomon cayó de rodillas.

¿Está Georg en manos de esos monstruos? Una idea espantosa, insoportable.

¡Lorre!

— Voy a llamarle — dice Rahel.

Indica a la señorita de la centralita una serie de números.

— Larga distancia — dice, con aires de importancia.

La línea susurra, crepita, repiquetea... Pero de pronto al otro lado se oye un tono extraño y melodioso, con una claridad cristalina.

— *Hello?* — dice una voz.

— ¿Peter? — pregunta dubitativa Rahel. Es él. Han pasado diez años desde la última vez que hablaron, muy brevemente, en la entrada de un estreno de cine. Él siempre la llamaba «Salchichita».

— ¡Salchichita! — exclama también ahora.

Rahel pasa enseguida a exponer la gravedad de la situación. El infierno en Berlín. Georg.

Else imagina cada palabra corriendo por un cable increíblemente largo, pegado al fondo del mar, vigilado con recelo por gigantescos peces, que emerge ante la costa de América y se extiende por todo el continente para terminar exactamente en ese auricular.

Un milagro.

¿El cable podrá también obrar milagros? Si la respuesta es afirmativa, este es el momento decisivo. Es la última esperanza.

Lorre escucha. Solo dice «terrible», lo repite una y otra vez.

—¡Ayúdanos! —implora Rahel—. ¿Puedes hacerlo?

—Lo intentaré —dice Lorre—. Os lo prometo. —Luego añade—: Daos prisa en ir de ahí. ¡Salid de Berlín! ¡Venid a Hollywood!

¡Hollywood!

Rahel cierra los ojos.

—¿Qué te pasa? —pregunta una voz. Es Clark Gable.

—Nada —responde Rahel en sueños—. Solo estoy un poquito cansada.

—Me gustaría presentarte a mi amigo Humphrey Bogart —dice Gable.

—¡Solo si puedo bailar con él! —replica Rahel.

—Es un placer. —Bogart sonríe. Bailan un mambo. Tan salvajemente como Rahel no ha bailado nunca.

Peter Lorre le guiña un ojo.

—¿Qué te pasa? —pregunta Liliencron—. Creía que te habías desmayado.

—No, tan solo estaba soñando —responde Rahel.

Sirius ladra.

Alguien sacude la puerta del jardín.

Benno Fritsche sale a la terraza. Ve a un joven en el jardín vecino y le increpa:

—¿Qué quiere?

—Estoy buscando a la familia Liliencron —responde el hombre.

Al ver que Sirius mueve la cola, también Fritsche mira con buenos ojos al desconocido.

—¡Andreas! —exclama Else, y se lanza al cuello de su amado—. ¡Estás loco! ¿Quién se atreve hoy a salir a la calle? ¡Es peligrosísimo!

—Tengo noticias importantes para vosotros —dice Andreas—. Para todos nosotros. Andreas Cohn —se presenta a Fritsche.

—Benno Fritsche —dice Fritsche.

—Le conozco por el cine, por supuesto —responde Andreas. Y con esa frase se gana la simpatía de Fritsche—. ¡Coged vuestras cosas! —exclama—. Nos vamos.

Liliencron le mira perplejo.

—¿Adónde?

Andreas:

—¡A América! —Y añade—: Mi padre ha preparado ya todos los papeles. Esta noche nos vamos a Basilea. Luego os acompañaré a Génova, y seguiréis el viaje en barco hasta América.

—Me temo que eso no va a ser posible —dice Liliencron—. Primero tenemos que rescatar a Georg.

—¿Georg? —pregunta horrorizado Andreas—. ¿Dónde está Georg?

—No lo sabemos —dice Liliencron con voz cansada—. Tan solo esperamos que siga vivo.

La panadería Kaminski, en la Erasmusstrasse, hace buenos panecillos... Pero tampoco son tan buenos.

Willy Kaminski, el panadero, se sorprende al ver la multitud que hay delante de su tienda. La acera está llena. ¿Qué está pasando aquí?

La gente quiere ver pasar a los judíos.

La marcha a pie de los «presos preventivos» empieza en el centro de detención de la Levetzowstrasse y va hasta el Putlitzbrücke, donde espera el tren de mercancías que los llevará al campo de concentración de Sachsenhausen.

Cuando la procesión pasa por delante de la panadería, Willy Kaminski se interpone en el camino del escuadrón de la muerte.

—¡Avergonzaos! —grita—. ¡Vergüenza sobre Hitler!

Encuentran su cadáver poco tiempo después. Ejecutado en medio de los mirones que flanquean la calle y tiran piedras a los judíos.

Estación de mercancías de Moabit. El muelle está emplazado en el andén número 69.

La policía divide las columnas en grupos de cien personas y asigna un vagón a cada uno. Un jefe de escuadrón de las SS dirige los movimientos.

Georg aún camina erguido, pero también a él le van abandonando las fuerzas. Otros se mueven, agotados, a cuatro patas, y tienen que obligarlos a empujones a subir al muelle. Sobre todo a los ancianos.

Montan a culatazos en uno de los vagones a un rabino que anda apoyado en un bastón.

—¡Vamos, vamos! —gritan los hombres de las SS. Tienen que actuar a toda prisa, quieren volver a tiempo para cenar en casa con la familia.

Hacia el mediodía, el tren se pone en movimiento.

El vagón en el que va encerrado Georg suele utilizarse para el transporte de ganado. Tiene rejas. Georg observa el norte de la ciudad cuando pasan por delante. Reinickendorf. Frohnau. Waidmannslust.

Un día completamente normal en Berlín.

El rabino canta en voz baja una canción en yiddish. «Arde. Nuestro poblado arde.»

*No os levantéis, hermanos, mirad tan solo  
a vuestro alrededor  
y no mováis las manos,  
no os levantéis, hermanos, apagad el fuego  
cuando nuestro poblado arda.*

Georg piensa en el portero Zinke, que repartía los bidones de gasolina con que prendieron fuego a la ciudad.

De pronto, el tren se detiene en seco.

Estación de Birkenwerder.

Una sólida limusina negra espera en la estación. El chófer está de pie a su lado, con la mano alzada en el saludo hitleriano.

Un hombre de las SS salta del tren. Los dos hablan un momento y luego el de las SS regresa.

Pasan unos minutos.

El hombre de las SS vuelve a saltar al andén. Lleva un megáfono en la mano.

—¡Atención, aviso! —brama a través del altavoz—. ¡Preso Georg Liliencron! ¡Identifíquese de inmediato!

Georg no da crédito a sus oídos.

Golpea los barrotes.

—¡Aquí! ¡Aquí!

La puerta corredera del vagón se abre. El hombre de las SS ordena:

—¡Sígame!

El chófer saluda a Georg cuando se acerca y luego este se acomoda en el asiento trasero de la limusina.

—Automóvil personal del ministro doctor Joseph Goebbels —se presenta el chófer—. ¿Adónde le llevo?

—A casa —dice Georg.

Falta poco para medianoche. Los Liliencron entran en su casa por primera vez desde el infierno, por última antes del viaje a lo desconocido.

Las dos botellas de cerveza vacías siguen sobre la mesa de cristal. Resultan más monstruosas que el sofá destrozado.

Liliencron se detiene ante la biblioteca. Quiere llevarse un libro de recuerdo, pero ¿cuál? Elige *Pedro Melenas*. Aprendió a leer con ese libro.

Perdido en sus pensamientos, se sienta en el sillón, junto a las dos botellas de cerveza vacías, y hojea el *Pedro Melenas*.

—¡Carl! —exclama Rahel—. ¿Te has vuelto loco?

—No, no —murmura Liliencron—. Siento nostalgia. Pero quizá eso sea una locura.

Devuelve el libro a la estantería y, en vez de este, elige con pragmatismo su propia obra, *Fitoplancton y fotosíntesis*. Nunca se sabe si algún día le será útil poder demostrar que es conocedor del plancton.

Deja la medalla Cothenius de oro colgada en la pared.

Rahel está delante de su armario ropero y querría llevárselo todo. El vestido rosa sería perfecto para un cóctel. Y el vestido de noche azul es un sueño.

Qué demonios, se dice; un nuevo comienzo es un nuevo comienzo. Coge las joyas y unas cuantas fotos enmarcadas.

Else no mete más que una partitura en la maleta. El *Concierto para violín y piano opus 64* de Felix Mendelssohn Bartholdy. Su historia de amor.

Georg no se lleva nada. Nada en absoluto. Eso es lo que más pesa.

Finalmente, hay una maleta en la puerta. Una pequeña. Hay que

limitar el pasado cuando se quiere viajar al futuro.

Sirius siente que esto es una despedida del ayer. Quizá para siempre. Se escurre fuera de la casa y corre al árbol, su árbol.

¿Cómo se despide un perro de un árbol? No lo sabe.

Sirius cree observar que el árbol se inclina ligeramente. Pero lo más seguro es que haya sido el viento.

Liliencron saca el coche del garaje.

El Mercedes verde engulle a Carl, Rahel, Georg, Else, Andreas y Sirius. Igual que la maleta ha engullido su pasado.

El punto de encuentro es un granero en Hohentengen, un pueblo junto al Rin, no lejos de la frontera suiza. A las tres de la tarde en punto.

—Un hombre llamado Ernest Prodolliet os estará esperando.

Andreas tiene delante lo que anotó durante la llamada telefónica que hizo el día anterior a su padre.

Y, de hecho, en el minuto exacto se abre la puerta del granero y sale un Bentley plateado. De él desciende un caballero vestido con traje y corbata.

Ernest Prodolliet es canciller del consulado suizo en Bregenz. Pide sus papeles a los Liliencron. Sin hacer un solo comentario, estampa un sello en cada uno de los documentos.

—Por desgracia, tienen que dejar aquí el coche —dice—. Métenlo en el granero, por favor.

Luego, vuelve a cerrar la puerta y les ruega que suban a su vehículo.

Nadie supera al señor Prodolliet cuando se trata de irradiar calma y autoridad. Conduce hacia la frontera.

Los funcionarios aduaneros alemanes saludan.

El señor Prodolliet enseña su pasaporte diplomático y dice:

—Estos señores tienen los papeles en regla.

Un oficial controla, asiente y levanta la barrera.

—¿Es este el Rin del que me hablabas? —pregunta Else cuando cruzan el puente.

—Sí, este es el Rin —responde Andreas—. ¡Bienvenida a la libertad!

En el coche no quedan ojos secos, salvo, naturalmente, los del señor Prodolliet.

Cena en Lucerna.

La camarera sugiere un entrecot con patatas asadas.

—Mejor que no —responde Liliencron—. Suena demasiado marcial. Preferiría algo más pacífico. Sopa, por ejemplo.

El señor Prodolliet se encarga de la cuenta. Sabe que los judíos no pueden llevar encima más de diez marcos al salir del país. Todo su patrimonio va a parar al Estado. También ha sellado ese documento.

De alguna manera, allí huele distinto que en Berlín, piensa Sirius. No puede precisarlo, pero tiene que ser por el abono recién echado en las praderas.

El viaje continúa, a través de los Alpes, hacia Italia. Al amanecer llegan a Génova.

En la dársena del puerto está ya el *Conte di Savoia*. El barco tiene un aspecto impresionante. Mide trescientos metros de largo, puede albergar hasta a dos mil doscientos pasajeros y es uno de los mayores gigantes transoceánicos del mundo. Sus dos poderosas chimeneas ya emiten vapor para el largo viaje a Nueva York.

La terminal bulle de gente. Pasajeros, chóferes, estibadores, marineros, fotógrafos, policías, músicos, tunantes, vendedores de helados, comerciantes de recuerdos. Y, naturalmente, todos los mirones que quieren ser testigos del momento en que el coloso se lance al mar.

—¡Cuídate! —susurra Else—. ¡Prométeme que volveremos a vernos!

Andreas le da un beso que significa: «Sí, te lo prometo».

Los Liliencron cruzan ahora el último puente hacia el vientre del *Conte di Savoia*, donde los recibe una majestuosa columnata de mármol. Casualmente reconocen entre la multitud a Ludwig Mies van der Rohe, que también ha dejado Berlín. Un ordenanza acompaña a los pasajeros hasta sus camarotes.

El capitán hace sonar tres veces la sirena del barco y pone los motores en marcha. Se van.

La familia Liliencron corre a la barandilla. Un enorme abismo de espuma se abre a popa.

La multitud jalea y saluda. Uno de ellos es Andreas, su salvador. Y el señor Prodolliet, naturalmente.

Sirius piensa. Lo que más le ha gustado del viaje ha sido el olor de Lucerna.

Si todo sigue así, estará bien.

Mientras Berlín sigue sumido en la nieve, en Hollywood florecen ya las magnolias y huele a jazmín. El Pacífico añade una pizca de sal al aire, pero esto solo lo percibe quien vive bien alto en las colinas de Beverly Hills, como, por ejemplo, John Clark.

Dicen de John Clark que es «el próximo Gary Cooper». Tiene el aspecto que cualquier hombre desearía, y las mujeres ya estaban locas por él cuando era el encargado de la piscina en el hotel The Garden of Allah.

Lo descubrió Jack Warner en persona.

—¿Tiene que dedicarse por fuerza a algo relacionado con el agua? — le había preguntado Warner al borde de la piscina—. ¿O puede usted imaginarse a sí mismo con un empleo en tierra?

Hay que meterse muy dentro en la mente de un encargado de piscina para entender que en ese momento no tenía ni idea de lo que el mundo podría ofrecerle fuera de ella.

Miró fijamente la tarjeta de visita que aquel señor entrado en años le había puesto en la mano: JACK WARNER, WARNER BROTHERS FILM STUDIOS, HOLLYWOOD.

Al día siguiente empezó la carrera de John Clark.

Desde aquella escena han pasado unos años y se puede decir tranquilamente que el empleo en tierra le ha salido bien a John Clark. Ha conquistado Hollywood, es una estrella, pero sobre todo da mucho que hablar en la vida nocturna.

«¿Cuándo duerme John Clark?», titulaba hace poco *The Hollywood Reporter*.

Hedda Hopper, la famosa columnista de cotilleos de la revista, se ha pegado a sus talones. Le sigue hasta el Formosa, donde tumba al camarero junto con Humphrey Bogart y unos cuantos amigos, con muchos martinis corriendo por sus gaxnates. Luego va al Trocadero,

donde un volcán llamado John Clark entra en erupción en la pista de baile. Al amanecer abren expresamente para él el Polo Lounge porque le apetece tomar caviar. La rubia con la que luego desaparece en su suite tiene sobre todo sed de vodka, lo que lleva a los huéspedes de la habitación de al lado a quejarse del «ruido producido por la destrucción del mobiliario». Pese a todo lo anterior, poco después John Clark aparece puntual en el estudio, alegre y vivaracho... El rodaje puede empezar. Está en una forma óptima. Y así noche tras noche, día tras día.

Y eso que John Clark está casado. Tiene esposa e hijos. Y no se trata de cualquier mujer, sino de Gloria Hayson. Ella misma era una estrella de Hollywood que sacrificó su carrera por la vida familiar y ahora languidece a ojos vistas en su palacio.

Hedda Hopper difunde rumores de alcoholismo y pensamientos suicidas. Se anuncia un escándalo.

Jack Warner llama a su oficina a John Clark.

—Yo te hice de la nada —dice, nostálgico.

Sus palabras suenan como si Dios hablase a una de sus criaturas, conmovido por el recuerdo del día en que esta aprendió a andar erguida y se convirtió en una persona.

Y así es, de hecho. Jack Warner es dios en Hollywood.

—Te saqué del agua —prosigue—. Y puedo devolverte a ella en cualquier momento. No lo olvides.

John Clark asiente respetuoso. Durante un rato permanecen sentados, mudos uno enfrente del otro, el magnate cinematográfico de cabello blanco y el hombre a quien pescó.

—Pescadito —murmura el magnate—. ¿Me recuerdas tu nombre?

—Giovanni Clarizzo —responde el pescadito.

Había emigrado desde Sicilia pocos meses antes de convertirse en el encargado de la piscina del hotel The Garden of Allah.

—Te di el nombre de John Clark —dice el magnate—. Haz honor a ese nombre.

Nuevo y largo silencio.

La secretaria entra en la sala y señala el reloj. La siguiente cita espera.

Jack Warner está ya de camino hacia la puerta cuando dice, en apariencia de pasada:

—Vuelve con tu familia, John.

Este está a punto de responder algo, pero no encuentra las palabras.

—Ahora necesitas tranquilidad. —Warner sonríe—. Simplemente tranquilidad. De eso se encargará el señor Liliencron.

John se detiene.

—¿El señor Liliencron?

—Un amigo de unos amigos —responde Warner—. Le he ayudado a entrar en el país. Ahora necesita un empleo. Tú vas a serlo. Es tu nuevo chófer, tu ángel de la guarda.

Extiende los brazos.

—¡Dale la bienvenida a Hollywood! Es de Berlín. No habla una palabra de inglés, así que es silencioso. No conoce a nadie, así que es discreto. Ni siquiera se daría cuenta de que la joven con la que jugueteas en el asiento trasero es Rita Hayworth.

Warner se lleva el dedo a los labios, en señal de silencio.

Carl Liliencron se sienta por vez primera en el impecable Chevrolet nuevo de color plateado que los estudios ponen a disposición del ángel de la guarda. Esa hermosa mañana desciende por Sunset Boulevard. Las altas palmeras que bordean la calle se yerguen hacia el sol. Ahora por fin está claro dónde está el sol cuando en Berlín se le echa de menos... En Hollywood. Allí no solo está en el cielo, sino que se queda por contrato, como un faro fiable que siempre procura la misma luz de cuento.

No resulta sorprendente que Jack Warner escogiera ese rincón del mundo para instalar su fábrica de sueños.

Liliencron gira hacia Rexford Drive. Aún necesita un plano para orientarse. La Laurel Way tiene que dividirse en alguna parte.

Las espléndidas mansiones se ocultan detrás de unos setos gigantescos de los que cuelgan hordas de jardineros que intentan podar con tijeras la hojarasca y darle la forma más cuadrada posible. Así tiene que ser.

John Clark vive en un palacio. Deja pequeños a los edificios similares que se levantaron en el Renacimiento a orillas del Loira.

El portal de la calle se abre como por ensalmo y Liliencron emprende sorprendido la subida en su Chevrolet. Un criado vestido con un frac blanco ya le está esperando.

Y eso no es más que la obertura. La verdadera ópera comienza cuando ha cruzado la sala, sale a la terraza y la mirada vaga por un

paisaje parecido al de los altos pantanos de Escocia, un paisaje en el que se mecen barquitos, con ponis galopando, pabellones y surtidores, incluso con un carrusel de circo para los niños.

Liliencron no da crédito a sus ojos. ¿Ha dejado, sin darse cuenta, su envoltura terrestre y ha llegado al paraíso? ¿Se encuentra exactamente en la curvatura entre espacio y tiempo de la que siempre hablaba Einstein?

Busca rastros de vida humana. En ese momento John Clark acude a su encuentro. No sospecha que alguien acaba de relacionarlo con la teoría de la relatividad.

—*Welcome to Hollywood!* —dice John Clark, y le estrecha la mano.

—*Thank you!* —dice Carl Liliencron.

John Clark explica de buen humor a su visitante que hace poco ha comprado la finca vecina a James Stewart solo para derruir su casa y poner en su lugar una jaula para chimpancés.

—*My name is Carl Liliencron* —responde este.

Clark se queda inmóvil. Entonces recuerda que Jack Warner le ha dicho que ese hombre viene de Berlín, que no habla una palabra de inglés y que ni siquiera conoce a Rita Hayworth.

—¿Rita Hayworth? —pregunta Clark para cerciorarse.

Liliencron niega con la cabeza, sin comprender.

Así que Warner, por una vez, no ha exagerado.

El tipo de Berlín tiene pinta de funcionario, piensa Clark. Si él hubiera tenido el poder suficiente, su ángel de la guarda tendría un aspecto diferente.

—*Okay, let's go!* —decide John Clark.

Saluda a su mujer y a sus hijos, que alimentan a los flamencos a lo lejos.

—*Family.* —Suspira y se deja caer en el asiento trasero del coche.

—*Yes* —responde Liliencron.

—*You have family?* —pregunta Clark.

—*Yes* —contesta Liliencron.

El resto del viaje transcurre en silencio.

Encima del portal de entrada de los estudios hay un letrero que dice en grandes letras WARNER BROTHERS PICTURES. Gigantescos carteles de los éxitos del momento cubren la fachada. *Robin de los bosques*, con Errol Flynn; *Amarga victoria*, con Bette Davis; *Ángeles con caras sucias*, con James Cagney y Humphrey Bogart.

El portero mira escéptico el nuevo Chevrolet plateado. Solo cuando reconoce a John Clark saluda y levanta la barrera.

Le indica al chófer que ponga enseguida la plaquita oficial de los estudios en el parabrisas.

—*My name is Carl Liliencron* —responde Liliencron.

Ocurre de pronto. El Chevrolet se incendia, arde en llamaradas. Unos hombres con unas barras de hierro saltan sobre el capó y destrozan el parabrisas. Cristales, cristales por todas partes. El portero Zinke reparte los bidones de gasolina. Ruge:

—¡Abajo los judíos!

Liliencron da un volantazo y acelera hacia la Klamtstrasse. ¡A casa! ¡Tiene que salvar a Sirius!

El Chevrolet vuela por el estudio y se detiene a punto de chocar contra el edificio principal.

—*Hey, man!* —grita Clark—. *What a drive!* —Se seca el sudor del rostro—. *That's Hitler style!*

Liliencron se ríe históricamente. Luego se desmaya.

En cierto modo, a John Clark le gusta su nuevo chófer.

Los viernes son días de pago. Eso es lo habitual en Hollywood. Incluso las estrellas reciben su sueldo de manera semanal.

El sueldo de un chófer equivale más o menos a la suma que la familia Clark invierte en comida para los flamencos.

El día de pago, cuando Carl deja los pocos billetes recibidos encima de la mesa, siempre dice, sarcástico:

—Más presencia que esencia.

La nueva vida en el Nuevo Mundo le lleva con frecuencia a hacerse preguntas filosóficas existenciales. Ya no es lo que era. ¿Quién es en realidad? Esas preguntas le atormentan y se le acumulan, sobre todo por las mañanas cuando se pone la gorra de chófer. Pero también cuando vuelve a casa por la tarde. Su existencia se ha reducido al mínimo espacio: un bungalow en el que hay una maleta. Una de esas cabañas de madera que se construyen todos los días en las lindes de Hollywood para que los pequeños empleados también puedan tener un techo sobre sus cabezas.

Carl mira el vacío. Las paredes desnudas. Las habitaciones

despobladas. Los días silenciosos. Las noches huecas, que no son más que agujeros negros.

Tan solo la maleta está llena de recuerdos. Cuando despiertan, persiguen a Liliencron. Está agotado.

— ¿Por qué sobrevivir, cuando no se vive?

— Oh, Carl — dice Rahel —. Sí que vivimos.

— *My name is Carl Liliencron*. Es todo lo que sé decir.

Rahel abraza a su marido y le consuela.

— También sabes decir *yes*. Di *yes* más a menudo.

Sirius lo tiene comparativamente más fácil. Puede hacerse entender sin problemas en su nueva patria. A él le gusta Hollywood.

Hace poco ha conocido un perro que trabaja en la industria del cine. Como figurante. Un encuentro muy interesante. El perro sueña con trabajar en Disney como doblador de Goofy. Pero también piensa que para eso no basta con el talento... Todo es cuestión de contactos.

Hollywood es un territorio duro. Sirius lo nota porque, después de dar largos paseos, le duelen las patas. Apenas hay caminos en los que crezca hierba. Todo es asfalto.

Se acuerda de Berlín. ¿Seguirá allí su árbol? ¿Y la pelota amarilla estará aún en el jardín? Con las prisas olvidó llevársela. A veces eso le irrita.

Rahel está enseñándole una habilidad nueva. A aullar *chansons*.

— Los franceses lo hacen — dice.

Pone un disco y Sirius intenta imitar la melodía con aullidos. Ya lo ha conseguido con Maurice Chevalier. La canción «Y'a d'la joie» habla de cómo se aburre la torre Eiffel.

Si la torre Eiffel se aburre, ¿qué va a decir Rahel? Sigue buscando una forma de pasar el tiempo. Los niños se han ido de casa.

Georg ha conseguido una beca. Su sueño va a cumplirse: estudiará Medicina. Y vive en el campus de la universidad, en Westwood.

Else tiene un empleo de niñera en casa de Erich Wolfgang Korngold. El compositor se marchó de Viena hace ya cinco años, siguiendo a Max Reinhardt a Hollywood. Ahora tiene un contrato con la Warner Brothers y en febrero va a recibir su primer Oscar por la banda sonora de *Robin de los bosques*. Else está rodeada día tras día por el sonido de su piano.

El bueno de Jack Warner. Ayuda a innumerables judíos a escapar de Alemania, mueve sus hilos en la Casa Blanca, acoge bajo sus alas a los recién llegados y dirige su vía dolorosa hacia la felicidad, el llamado destino. Él mismo es una fábrica de sueños.

El pobre Carl Liliencron. Aún tiene pesadillas. En su corazón, sigue siendo el portador de la medalla Cothenius de oro. Sus ojos tienen que acostumbrarse para pasar del plancton, que mide menos de cuatro micras, al Sunset Boulevard, con sus treinta y cinco kilómetros de longitud. Hollywood alza la mano hacia las estrellas. Liliencron todavía no sabe volar.

Pero eso va a cambiar. Al fin y al cabo, ahora es un ángel de la guarda.

Peter Lorre celebra su fiesta de cumpleaños. Los Liliencron aparecen a las ocho en punto.

Son los primeros en llegar. Y de momento los únicos. En Hollywood se llega tarde para demostrar la importancia. Cuanto más tarde, más importante. La regla también vale para los que no lo son. El que no es importante viene más tarde que quien aún es menos importante.

Un hombre bajito con el sombrero echado hacia atrás aparece relativamente pronto. Parece conocer bien la casa y el jardín, porque va derecho a la barbacoa y pincha una salchicha. Luego saca una cerveza de la cubitera.

—Billy Wilder —se presenta.

Dice que es amigo íntimo de Peter Lorre. No hace mucho que ambos compartían habitación.

—¡Una habitación! —recalca Wilder—. Estaba claro que uno de los dos iba a hacer carrera. Peter fue el primero, se convirtió en Mister Moto. Yo escribí el guion de *Ninotschka* para Ernst Lubitsch, lo que tampoco está mal. En aquella habitación ahora vive una limpiadora mexicana.

Liliencron ríe. Por primera vez desde que ha pisado suelo estadounidense, Rahel ve a su marido reír a carcajadas.

—¡Se está riendo! —exclama.

—Esa es mi profesión —responde Wilder—. Espero que su marido no sea el único.

—Es bonito volver a hablar en alemán —dice Liliencron.

—¿Este perro es suyo? —pregunta Wilder, y señala a Sirius, que en ese momento está olfateando la barbacoa y moviendo el rabo—. ¿En qué idioma habla su perro?

Liliencron está perplejo. ¿En qué idioma habla Sirius?

—Lo ve —dice Wilder—. Quiere un trozo de salchicha. Mueve el rabo. Quiere estar *happy*. «Salchicha», en cualquier idioma. Hay un idioma universal de la felicidad.

El jardín se llena. Erich von Stroheim, Vicki Baum, Otto Preminger, Marlene Dietrich, Robert Siodmak, Fritz Lang: están todos. Todos los que han tenido que abandonar su patria. De pronto, Hollywood es un barrio de Berlín.

Redoble de tambores. Peter Lorre sale a la terraza. Saluda a sus invitados y una pequeña orquesta interpreta «Lili Marleen». Todos bailan y corren las lágrimas.

—¡Yo tengo la culpa! —exclama Lorre cuando va hacia los Liliencron.

Enmarca la palabra «culpa» formando unas comillas con los dedos, que deben hacer visible su ironía.

—¡Alto! —grita Marlene Dietrich—. Eso es un invento mío.

—¿Cómo? —tercia Fritz Lang—. El único gesto alemán que tiene derecho a copyright es el saludo hitleriano.

—Queridos Liliencron —dice Peter Lorre, y alza su copa—. ¡Salid de Berlín! ¡Venid a Hollywood! Eso fue lo que os aconsejé aquel día por teléfono. Y ahora estáis aquí.

Aplauso. Redoble de la orquesta. Los presentes abrazan a los Liliencron y les desean mucha suerte.

Carl Liliencron tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Dios mío —dice Rahel—. También llora.

—Es la vida —responde Robert Siodmak—. No hay felicidad sin lágrimas. No hay desdicha sin sonrisa.

La orquesta toca «Why Have You Forgotten Waikiki».

Billy Wilder es una fiera en la pista de baile. En Berlín tuvo que abrirse paso en ocasiones como bailarín de sociedad para viudas.

—¿Cuál es su sueño? —pregunta de pronto.

Liliencron se encoge de hombros. No entiende nada de la pregunta.

Wilder chasquea los dedos.

—¿Cantar? Entonces hazte cantante. ¿Robar? Entonces hazte ladrón.

Reinvéntate. Has de tener un sueño para levantarte por las mañanas.

Y vuelve al baile.

A las dos de la mañana aparece Humphrey Bogart; lleva de la correa a su perro, Zero. Está borracho.

—¿Quién quiere jugar al Skat? —balbucea. Lorre le ha enseñado ese juego de naipes y desde entonces es un adicto.

Sirius y Zero se olfatean. Podría ser el comienzo de una hermosa amistad.

La orquesta interpreta «Over the Rainbow».

Carl y Rahel Liliencron han llegado esa noche a Hollywood. Bailan muy pegados y siguen así incluso cuando hace mucho que la orquesta ha dejado de tocar. De pronto hablan el idioma universal de la felicidad.

—Estamos vivos —susurra Rahel.

—Yes —responde Carl.

Una mañana, Liliencron se despierta y decide que ya no va a llamarse así. En cierto modo, el nombre es un obstáculo en su camino. Aunque aún no está claro en qué camino y hacia dónde. Pero el nombre le pesa demasiado. Como si tuviera que ir arrastrando la maleta con la que ha venido.

—*My name is Carl Liliencron.*

No quiere volver a pronunciar esa frase. No quiere seguir siendo un tipo raro. Quiere llamarse con el nombre que uno tiene cuando forma parte de aquello.

¿Por qué no Carl Crown?

Corto. Rápido. Claro. Chic. Alegre. Espléndido. Resuelto. Rico.

Eso es lo que es.

John Clark es el primero que se ha enfrentado al nuevo nombre y le gusta mucho.

—*Yeah* —dice—, buena idea. Lo hace todo más fácil.

Mira de arriba abajo a Carl Crown, recién salido del horno, y propone:

—Nombre nuevo, ropa nueva.

Los dos miden más o menos lo mismo, así que las prendas que la estrella de Hollywood saca de su guardarropa le sientan bien.

Unos pantalones de franela blancos con pinzas... Vale.

Un polo azul celeste, una camisa de seda ocre... Vale.

Una chaqueta verde de cachemira con doble botonadura... Vale.

Un pañuelo de bolsillo: rosa con un dibujo de rombos amarillos.

Zapatos: Oxford Derby.

John Clark aplaude, entusiasmado.

—¡Ahora me gusta el aspecto de mi ángel de la guarda!

Carl Crown se siente un poquito inseguro. Ahora da la impresión de que su sueño era convertirse en trompetista de una banda de jazz.

Pero quizá ese sea su sueño. Solo que aún no lo sabe.

—*Let's go and have a drink!* —dice John Clark.

Dice esta frase a menudo. En realidad, siempre que hay algo que celebrar, aunque no sea más que una minucia, por ejemplo, que la puerta se abre al accionar el picaporte. Otra razón para celebrar algo. John Clark está siempre de un humor espléndido, eso hay que reconocérselo.

Van al Formosa, se sientan a la barra y piden un gin fizz.

—¿De verdad Hitler es un tipo tan espantoso? —pregunta Clark.

—Sí —responde Crown.

—¿Juegas al golf? —dice Clark.

—No —contesta Crown.

De qué se va a hablar en un bar. Es la primera vez que hablan de verdad el uno con el otro.

—¿Te gustan las rubias? —pregunta Clark.

—Sí —responde Crown.

—¿Y tu amiga?

—No amiga —dice Crown.

—¿Tu mujer es rubia?

—No.

—¿Y no tienes amigas? —John Clark se ríe echando la cabeza hacia atrás—. Bueno, eso va a cambiar con el aspecto que tienes ahora.

Otra ronda de gin fizz. Y una más.

Cuando Carl Crown regresa a casa por la noche, su mujer se encuentra con un borracho vestido con un polo azul celeste y una camisa de seda color ocre.

Rahel está llorando amargamente.

En las primeras horas del amanecer de ese día, el ejército alemán ha entrado en Polonia. Adolf Hitler ha hecho estallar la Segunda Guerra Mundial.

El año cinematográfico de 1939 va a entrar en la Historia, eso lo sabe todo el mundo en Hollywood.

*El mago de Oz* va a llegar a los cines en agosto; *La diligencia*, en septiembre; *Caballero sin espada*, en octubre; *Ninotchka*, en noviembre, y, por fin, en diciembre, *Lo que el viento se llevó*.

Se están rodando *El gran dictador*, *Rebeca* e *Historias de Filadelfia*.

Un día se llamará a esa época «la edad de oro», o algo parecido.

No es un mal momento para vivir en Hollywood. Carl Crown pasa cada minuto que tiene libre en el cine. Aprende el idioma universal de la felicidad.

Tiene tiempo de sobra para hacerlo. Su trabajo como ángel de la guarda consiste principalmente en esperar.

A las seis en punto de la mañana recoge a John Clark y lo lleva al estudio. Allí está rodando *El halcón de los mares*, con Errol Flynn.

Crown se toma un café en el Brown Derby y, a la vuelta de la esquina, el Palacio del Cine El Capitán abre para la matiné.

A mediodía, John Clark suele hacer «un poquito de deporte». Con eso se refiere a realizar actividad física con alguna *starlet*. Sin duda en los estudios tiene un bungalow propio, pero por allí anda demasiada gente de la prensa.

Por eso, su ángel de la guarda lleva a la pareja a un acogedor claro en un bosque en Laurel Canyon y se aleja discretamente de allí. La botella de champán en el asiento trasero tiene que estar refrigerada a una temperatura concreta. La experiencia le dice que puede regresar diez minutos más tarde.

Crown disfruta luego de la sesión de tarde en diversos cines de Hollywood Boulevard.

A las seis de la tarde empieza la parte más dura de su trabajo. A partir de ese momento John Clark está de un humor festivo.

Clark le pide que lo lleve directamente a Don the Beachcomber, donde ya lo esperan para empezar un maratón de martinis.

Cuanto más avanzada es la hora, más difícil lo tiene el ángel de la guarda. En el Trocadero tiene que mirar de forma ostentosa su reloj cuando una bailarina reposa la cabeza en el regazo de John Clark y

Charlie Dotter vierte un cubo de hielo sobre su amigo para que se refresque.

—*Time to go* —dice Crown.

—*Come on* —responde Clark con un mohín—, solo un ratito en el Banana House.

El Banana House no es un lugar en el que se pueda terminar tranquilamente la velada. Allí baila hasta el último. De ahí viene la frase «donde baila el oso».

De hecho, hay un oso grizzly tambaleándose en la pista de baile al ritmo de la orquesta, chimpancés e impalas circulando en libertad, pelícanos volando, los camareros montan dromedarios y las chicas se cuelgan de lianas. Hombres y animales bailan el hula.

A Carl Crown le gusta ese local. Por más vueltas que pueda darle, allí nada le recuerda la Klamtstrasse.

Naturalmente, John Clark no tiene el mal gusto de dar a la noche un repentino giro hacia la quietud. Pero una copa más y el ángel de la guarda le indica que tienen que irse.

De todos modos, John Clark se lleva algo de la jungla. Una mamba de grandes pechos que se acomoda, lasciva, en el asiento trasero.

Carl Crown reconoce a la mamba. La vio hace unos días en la película *Solo los ángeles tienen alas*. Se llama Rita Hayworth.

Al parecer, John Clark es un amante de los animales, piensa Crown. Y unos días después se lleva a Sirius consigo.

—¿Qué es esto? —pregunta sorprendido Clark—. El ángel de la guarda ha traído refuerzos.

—Este es Sirius —le presenta Crown—. Espero que esté bien.

—No hay problema —responde Clark—. Lo principal es que no pierda las agujas. ¿O cómo se llama eso en los perros?

—¿Agujas? —Crown no entiende a qué se refiere.

—Bueno, como los abetos. Aún tenemos agujas en casa desde Navidad. Y hace ya diez meses. No hay quien limpie todo eso.

—No, no, Sirius no pierde agujas —afirma Crown.

Sirius mantiene por precaución un poco de distancia y por eso se instala en el asiento delantero. De pronto, el viaje ya no parece tan

formal. Más bien es como si fuera una excursión privada de amo y perro, que casualmente llevan a una estrella de Hollywood en el asiento trasero.

—Vamos al cementerio de perros —propone Clark—. No está lejos de aquí. El perro de Valentino está enterrado allí. Y el último de Bogey. Podría interesarte, Sirius.

Sirius no está muy seguro. Pero aprecia la buena intención con un reconocimiento cortés. En realidad, no quiere pensar en la muerte. Pero si no hay más remedio, adelante con ello.

La vida es demasiado corta si se es un perro. Sirius empieza a cavilar. El bogavante alcanza los sesenta años. El esturión, los ciento cincuenta. La ballena llega hasta los doscientos años. Está claro que en el agua se vive más. Pero ¿qué cosas grandiosas ocurren allí debajo?

¿Qué esturión va en Chevrolet por Hollywood?

—Tu perro es un poquito melancólico, ¿no? —pregunta Clark, como si pudiera leer el pensamiento.

—A veces —responde Crown—. Lo ha heredado de mí.

A ese le conozco, piensa Sirius cuando llegan a Warner Brothers y Humphrey Bogart le mira sombrío desde el cartel de la pared. ¿Estará también su perro?

El portero se inclina con gesto de entendimiento y abre la barrera.

John Clark no rueda hoy, tiene una reunión con un joven director llamado John Huston, que va a filmar la novela de Dashiell Hammett *El halcón maltés*.

—Va a ser un *film noir* —dice alegre Huston.

—Espero que no sea demasiado *noir* —dice Clark—. De lo contrario no se me verá.

—Ya no te veo en el papel —termina escuetamente la conversación Huston.

—Sí que ha sido rápido —se sorprende Crown.

—¡Absurdo! —maldice Clark—. Un principiante. Quiere hacer una película de cine negro. Ese hombre nunca llegará a nada. Jamás.

Por primera vez puede verse una sombra de malhumor en John Clark.

—*Let's go and have a drink* —propone. Está claro que también dice esa frase cuando no hay nada que celebrar.

Van hacia la cantina.

Entretanto, Sirius explora el territorio de los estudios. No carece de peligros, advierte. Por todas partes vienen hacia él trolleys motorizados en todas direcciones, cargados de extras con atrezzo, cámaras con trípodes, iluminadores con focos y toda clase de cosas.

Hacen sonar la bocina cuando giran hacia los estrechos callejones entre las naves para no atropellar a un rey, un gánster, un fantasma o a cualquiera que interprete un papel en una película.

¿Qué es esa luz roja que parpadea a la entrada del estudio más grande? Sirius siente curiosidad. Vamos a ver qué ocurre.

Un plató, tan gigantesco como la Alexanderplatz, representa la cubierta de un navío español de tres mástiles que en ese momento libra una espectacular batalla naval con la marina británica.

—*Action!* —grita el director.

Cientos de extras ataviados con ropajes de época agitan sus espadas. Una máquina de viento sopla una tormenta contra las velas.

Sirius está muy impresionado.

—*Cut!* —ruge el director—. ¿Qué hace aquí ese chucho?

Sirius encoge la cabeza.

—¡En medio de la batalla decisiva en alta mar se cuele en pantalla un chucho callejero! —brama el director.

Un oficial de la marina pone a Sirius de patitas en la calle.

Qué memorable entrada en escena.

Sirius se ha puesto por primera vez ante una cámara en Hollywood. No será la última.

La familia se vuelve a sentar reunida a una mesa por primera vez desde hace mucho tiempo. En Capri, una pizzería de la Melrose Avenue. Carl y Rahel viven a la vuelta de la esquina. Pero su salón es demasiado pequeño para acogerlos a todos.

Alemania en guerra. Francia e Inglaterra se han puesto al lado de Polonia. Rusia decreta la movilización.

—¡Imaginaos! —dice Carl.

Ha escrito Benno Fritsche. Ahora, en la casa de al lado vive Karl-Heinrich Bodenschatz, comandante general del Ministerio del Aire.

«No es que sea un vecino con el que apetezca saltar el seto», observa Benno.

—Nuestra casa —suspira Rahel.

—¿Os acordáis de cómo engañó Benno a aquel oficial? —pregunta Else.

Georg recuerda el tren de mercancías que se detuvo en Birkenwerder. «Automóvil personal del ministro doctor Joseph Goebbels —se presenta el chófer—. ¿Adónde lo llevo?»

—¡A Hollywood, por favor! —exclama Carl.

Rahel les cuenta la fiesta en casa de Peter Lorre.

—¡Humphrey Bogart es impresionante!

Las cosas que se dicen cuando se ha sobrevivido.

¿Cuáles fueron las palabras de Robert Siodmak aquella noche? «Es la vida. No hay felicidad sin lágrimas. No hay desdicha sin sonrisa.»

Else cuenta su vida en casa de los Korngold.

—¡Erich es sencillamente maravilloso! —dice, soñadora—. Se pasa el día entero sentado al piano. Está componiendo ahora mismo la banda sonora de *El halcón de los mares*. Una película sobre una batalla naval: España contra Inglaterra. Muy espectacular.

Sirius levanta las orejas. Esa parece ser la película en la que ha salido.

—A mediodía siempre me da clase de piano —sigue contando Else—. ¡Es un genio! Tenía once años cuando compuso su primer concierto, para piano y ballet.

»Erich Korngold y su esposa, Luzi, tienen dos hijos, Ernst y Georg. En casa también viven sus padres, Julius y Josefine, que huyeron de Europa en noviembre.

—Como nosotros —dice Carl.

—Así me gustaría vivir a mí un día —sueña Else—. Con mis hijos, mi marido, con vosotros, todos bajo el mismo techo.

Andreas Cohn le escribe unas intensas cartas de amor. Quiere ir allí tan pronto como sea posible.

—¿Sigues queriéndole? —pregunta Rahel.

—Sí —dice Else—. Mucho.

El camarero trae un plato que todos en la mesa reciben como algo sensacional: unas planchas de hojaldre redondas, recién salidas del horno, con queso, tomate y jamón. Un invento italiano.

Georg habla, entusiasmado, de las clases del filósofo Bertrand Russell, que hace poco que enseña en la universidad.

—Creía que estudiabas Medicina —dice sorprendido el padre.

—Y lo hago —responde Georg—. Pero el saber no ocupa lugar, ¿verdad?

Resulta que en el seminario de Filosofía hay una chica muy guapa que siempre ríe entre dientes, de forma encantadora, cuando Russell se pierde en sus teorías.

—¿De qué se ríe? —le ha preguntado Russell en alguna ocasión.

Y la chica ha respondido:

—Si lo supiera, no estaría aquí.

Russell ha convertido la respuesta en el tema de su siguiente clase.

Georg ha ido al cine con la chica, se llama Electra.

—Ajá —dice su padre.

—Por cierto, en la película actuaba tu John Clark —dice Georg. Era *La batalla de los gigantes*, una película bélica.

—Ah, la guerra —suspira Rahel.

El camarero trae el postre. *Cassata*, una tarta helada italiana con fruta escarchada.

Else dice:

—Korngold está convencido de que Mendelssohn sobrevivirá a Hitler.

Es curioso, últimamente a Carl Crown le gusta levantarse por las mañanas, lo que, según Billy Wilder, es indicio de que se tiene un sueño. Pero ¿de cuál se trata? Él mismo sigue sin saberlo.

¿Con qué podría soñar? Le gustaría transformarse en otro, pero ¿en quién? ¿Quién preferiría ser en vez de él mismo?

Difícil cuestión.

Giovanni Clarizzo, por ejemplo. Era pescador en un pueblo siciliano, luego se convirtió en encargado de una piscina en Hollywood y, míralo, ahora es una estrella de cine y se llama John Clark.

¿Era ese el sueño de Giovanni? ¿O fue el destino?

¿Tal vez no nos damos cuenta de lo que soñamos, y un día abrimos los ojos y la vida es sencillamente un sueño?

Esas son las preguntas que a Carl Crown se le pasan por la cabeza en su recorrido matinal hacia Beverly Hills. Sirius vuelve a acompañarle.

Entretanto, Crown entra en el palacio con relajada naturalidad, casi como si fuera un buen amigo de la casa.

Aun así, nunca ha cruzado una palabra con la familia de Clark. Sigue viendo a los niños desde lejos mientras estos dan de comer a los flamencos o juegan al minigolf, y cosas parecidas. Una sola vez ha podido observar que también vive una madre en la finca. Estaba descansando en una tumbona en el pabellón junto al mar mientras le hacían la manicura. Probablemente, tras las grandes gafas de sol, veía los tiempos en que aún era Gloria Hayson.

Hoy es diferente.

—*Hi* —dice amable—. Soy Gloria.

Los niños, Emily y Garfield, se lanzan enseguida sobre el perro.

—¿Podemos jugar con el perro? —pregunta la niña.

Garfield coge un tenedor de la mesa del desayuno y lo lanza al césped con la esperanza de que el perro lo traiga de vuelta.

John Clark se les une.

—¿Quieres jugar con los niños, Sirius? —pregunta, un poco envarado, como si invitara a bailar a un primer ministro.

Crown relaja el ambiente:

—¡Sirius, enséñales lo que sabes hacer!

Sirius levanta las orejas. Se alza sobre las patas traseras, se prepara para el salto, da una voltereta y aterriza sobre las patas delanteras.

Los niños se quedan sin palabras. Entonces abren mucho los ojos y luego chillan encantados.

—*Daddy, daddy!* —gritan—, ¿has visto eso?

Sirius repite su proeza.

Los niños están desatados. Chillan entusiasmados, aplauden y saltan alrededor de Sirius.

También John Clark levanta los brazos y exclama:

—¡Bravo!

Gloria sonrío.

Emily y Garfield saltan y corren con Sirius por el césped. Los padres los miran y juntan las cabezas.

—Hacía mucho que no los veía tan felices —susurra Gloria.

—Tampoco a nosotros —le responde Clark en el mismo tono.

Un pintor sin miedo a la cursilería inmortalizaría enseguida esta

escena en un óleo y le pondría un marco dorado. Marido y mujer unidos en el amor y, al fondo, los niños con un perro.

Crown piensa: Bien hecho, ángel de la guarda.

Contempla a John Clark, el padre de familia. Una imagen conmovedora y, aun así, poco conocida. Casi no puede creer que se trate del mismo hombre que en el Banana House descuelga a las mambas de las lianas.

Clark viste una chaquetilla azul marino, un jersey de cuello vuelto y unos pantalones grises de tela de gabardina. Lleva brillantina en su espeso cabello negro, que reluce al sol.

Crown se sorprende de que eso le llame la atención.

¿Es que su sueño secreto es ser estilista de caballeros o peluquero?

Loco. Quizá Hollywood te vuelve loco.

—¡Mamá, ven deprisa! —grita Emily—. ¡Mira, Sirius sabe leer!

El libro que hay en la tumbona de ratán recuerda a Sirius su vieja habilidad. Pasa una hoja tras otra y, de pronto, su cabeza cae agotada sobre el libro y empieza a roncar.

—¡El libro le parece aburrido! —jalea Garfield.

—A mí me resulta un poco inquietante —dice Gloria.

—¿Por qué? —pregunta Clark.

—No sé —responde ella—. Sirius me parece una persona que se hubiera convertido en un perro. Fíjate en cómo nos mira.

Sirius deja que lo miren a los ojos.

—Se diría que entiende cada palabra que pronunciamos —dice Gloria—. Quizá incluso puede hablar y simplemente no quiere.

Clark abraza a su mujer y la besa.

—Sigues creyendo en milagros. —Ríe.

El tiempo pasa volando. Los días de cielo gris se acumulan. Llegan los meses propios para el abrigo.

También el sombrero viene bien. Incluso un chal, a veces.

Empiezan las semanas en las que todo suena bien. De pronto, las canciones que ponen en la radio contienen palabras como «muérdago» o «canela».

Las Navidades están a la puerta.

Y lo están de verdad.

Delante de cada puerta de Hollywood hay un bienhumorado Papá Noel. El abrigo rojo y, sobre todo, el trineo tirado por renos parecen innecesarios, porque no nieva.

Rahel está melancólica. Echa de menos el verdadero invierno. Echa de menos Berlín. Echa de menos su casa. Echa de menos a los niños. Echa de menos a su marido. Echa de menos todo, en realidad. A menudo no ve a su marido durante varios días. Cuando él sale por la mañana ella aún está durmiendo, y cuando vuelve por las noches ya se ha acostado.

La soledad es agotadora.

Sirius ya no es un consuelo para ella. ¿Qué va a hacer allí, si está mejor en otra parte?

Sin duda Carl piensa lo mismo.

Rahel contempla la foto de la mesilla de noche. ¿Dónde está la joven que le sonríe? ¿Quién es el hombre que hay junto a ella? ¿Era Carl?

Solo hace un año de la foto. Le parece que haya pasado toda una vida.

Hay días en que no pronuncia una palabra. Llega un momento en que no lo soporta más y sale de la casa como si huyera.

Hoy es uno de esos días. Sencillamente sale corriendo. Un hombre vende abetos delante de la droguería.

—¡Árboles de Navidad! ¡Árboles de Navidad! —grita—. Buenos para la felicidad. Mejores que cualquier droga.

Rahel compra un árbol.

Poco después está en su pequeño salón, pero no irradia felicidad. No hay nada tan lamentable como un abeto pelado en una habitación vacía.

Naturalmente, la casa de John Clark tiene un aspecto distinto. Todo el palacete está iluminado con guirnaldas de luces y en lo alto del tejado reluce una gigantesca estrella de Belén.

Unos carpinteros han construido un establo de madera para representar la escena del nacimiento. En él hay un asno vivo. Es asombroso cómo se mueven las figuras, de tamaño natural, de María y José. Al observarlas más de cerca, resulta que son actores. Posiblemente son figurantes de Warner Brothers.

Crown y Sirius se muestran abrumados al verlos.

—Chis —susurra John Clark, y señala el belén—. Están ensayando.

—¿Para qué son esas sillas que hay entre la paja? —pregunta Crown—. ¿Son para los Reyes Magos?

Clark niega con la cabeza.

—No, son para nosotros. Nos sentaremos allí en Nochebuena y Bob Hope leerá para nosotros *Cuento de Navidad*.

Crown piensa en lo bonito que sería que John Clark dijera: «¡Venid también vosotros!». Pero no dice nada.

Ni una palabra más sobre Navidad. Los días festivos han pasado, desoladores, y la familia Crown decide lo siguiente: todo irá bien.

El nuevo año empieza con buenas noticias. Crown recibe una prima por sus servicios como ángel de la guarda, enviada por Jack Warner en persona, así como un aumento de sueldo.

John Clark diría: «*Let's go and have a drink!*».

Carl dice:

—Rahel, cariño, ven, ¡vamos a comprarte ropa nueva!

Van a Saks, a Beverly Hills, la sucursal recién abierta de Saks Fifth Avenue de Nueva York. El vestido que eligen es un modelo de Elsa Schiaparelli. Talle estrecho, hombreras, hasta las rodillas. El último grito.

—Pareces Carole Lombard —fantasea Carl.

El vendedor suspira.

—No quiero ser indiscreto, pero hace poco estuvo aquí Clark Gable, que acaba de casarse con Carole Lombard.

Hace una pausa efectista y se abanica con la mano.

—Compró este mismo vestido.

Carl reprime un grito de alegría.

El nuevo vestido merece que lo estrenen. Sigue una noche de Hollywood que John Clark no habría podido escenificar mejor.

Cena en Ciro's.

Errol Flynn se dirige hacia su mesa, señala a Carl y le dice:

—Yo le conozco. ¿No es usted el que tiene ese perro tan gracioso? — Se inclina ante Rahel—. Disculpe, eso era antes. Desde hoy preguntaré: «¿No es usted el que tiene una esposa tan bella?».

Rahel se ruboriza.

Poco después, a la mesa llega una botella de champán con una tarjeta: LOVE, ERROL.

La noche sigue en The Garden of Allah. El aire huele a magnolias,

aunque no es más que enero.

Rahel ve la piscina iluminada en medio del palmeral. Las parejas de enamorados se hacen carantoñas sentadas en columpios, dan sorbitos a sus cócteles y se acarician. La luna está alta en el firmamento nocturno.

—¡Lo que más me gustaría ahora sería bañarme! —exclama Rahel.

—¿Por qué no? —responde Carl, y le pone en las manos el bañador que ha comprado en secreto para ella. Le dice al camarero—: Indíquele a la señora dónde están los vestuarios. Y entretanto traiga dos daiquiris, por favor.

Y salta al agua. En traje y corbata.

Rahel se queda sin habla. ¿Está soñando?

No pasa mucho tiempo antes de que una pareja esté nadando en la piscina entre risitas: el hombre va vestido de gala, la mujer le abraza con los brazos desnudos y susurra:

—*Happy New Year!*

Sirius ve pasar un camión en el que hay dibujado un hueso gigantesco. En el plató 7 están rodando *La venganza de los dinosaurios*.

Huesos, piensa. Quizá haya pollo en la cantina. Se dirige a la puerta de la cocina. Hay que esperar a ver a qué huele hoy.

Entonces dos hombres salen a su encuentro. Se detienen y le señalan con el dedo.

—Mira —dice uno.

—Sí, ya veo —replica el otro.

Se acercan.

—No está mal —dice uno.

—Sí, muy bien —replica el otro.

Sirius los mira con los ojos muy abiertos. ¿Qué pretenden esos hombres?

—¿Cocinero? —grita uno por la ventana de la cocina.

Sirius se siente mareado. ¿Es posible que de pronto a esos hombres les apetezca comer perro?

—¡Cocinero! —grita el otro—. ¿Este perro es suyo?

El cocinero niega con la cabeza.

—No, es de John Clark, creo. O de su chófer.

—Gracias —dicen ambos, y se retiran.

Poco después, a Carl Crown lo llaman al despacho de Tyrone Chester. El director es famoso por rodar películas tan conmovedoras que después de verlas hay que comprarse unos lagrimales nuevos.

—He oído decir que tiene usted un perro —comenta Chester.

—Sí —responde Crown.

—Estamos buscando un perro —dice Chester—. Uno gracioso. ¿Su perro es gracioso?

—Yo creo que sí —responde Crown.

—El perro tiene que ser capaz de ablandar los corazones —dice Chester—. ¿Su perro ablanda los corazones?

—El mío sí —contesta Crown.

—Eso no basta —responde Chester—. Tiene que ablandar los corazones de un público enorme. ¿Será capaz?

—No lo sé —dice Crown.

—De acuerdo, probemos —decide Chester—. Desde mañana. Cincuenta dólares a la semana. ¿Cómo se llama?

—Sirius —dice Crown.

—Sirius —repite Chester—. ¿Como la estrella? Buena señal.

La película trata de un casamentero sin escrúpulos que planea desplumar a una viuda rica, pero ella, gracias a su amor ilimitado, le ablanda el corazón, lo que le lleva a ocuparse conmovedoramente de ella cuando esta sufre una enfermedad mortal.

—¿Y el perro? —pregunta Crown.

—Es de la viuda rica —explica Chester.

—¿Qué tiene que hacer? —pregunta Crown.

Chester hace un gesto desdeñoso.

—No mucho. Simplemente estar ahí. Las viudas son más conmovedoras cuando tienen un perro.

Ah, vaya.

—¡Escena 1! —exclama Chester—. Vamos a hacer una prueba.

En el decorado de un salón que irradia riqueza hay una rinconera con muchos sillones, lo que resalta a primera vista la soledad de la viuda. En

el suelo se han dispuesto unos raíles para que el cámara pueda deslizarse sin esfuerzo del primer plano al plano general sobre su pedestal rodante.

La viuda toma asiento en el sofá; le retocan deprisa el maquillaje mientras murmura mentalmente su texto. Sirius debe tumbarse a sus pies. No le supone ningún problema.

Los focos se encienden.

—*Action!* —grita Chester.

El cámara rueda, primero en dirección a la riqueza, luego en dirección a la soledad.

—¿De qué me sirve todo mi dinero si no tengo amor? —suspira la viuda.

—*Cut!* —grita Chester—. Al oír la palabra «amor», Sirius debe levantarse y alzar la mirada hacia ella. Explicádselo.

—Él ya lo entiende —dice Crown al fondo.

La escena se repite. Sirius hace lo que le han ordenado. No quiere pasarse de listo, pero ¿no sería aún más conmovedor si, al oír la palabra «amor», apoyara las patas, bondadoso, en el brazo de la viuda?

En la segunda toma lo hace. Chester está impresionado.

—¡Sí, exacto! Eso es.

Escena 2.

La viuda hojea el periódico y topa con el anuncio de un señor distinguido que busca el amor; ignora por completo que se trata de un estafador. Decide responder al anuncio.

Sirius vuelve a yacer a sus pies.

—*Action!* —grita Chester.

—Quién sabe —suspira la viuda—. ¿Será este el hombre de mi vida?

Sirius piensa que no estaría mal gruñir en este punto. En cierto modo sería como una advertencia.

Chester está entusiasmado.

—¡Muy bien! Buena idea. El perro gruñe. En cierto modo sería como una advertencia.

Pronto se dirige directamente a Sirius para darle instrucciones.

—¿Qué te parece si al final de la escena miras hacia la cámara con tristeza?

Sirius mira a la cámara con tristeza. Añade incluso un rastro de

melancolía en la mirada.

—¡Espléndido! —exclama Chester.

A Crown le dice:

—¡Se lo compro! El papel es para Sirius.

A partir de entonces, Carl Crown ya no lleva al estudio a John Clark, sino a Sirius.

—Lástima —dice Clark—. Ahora tengo que arreglármelas sin mi ángel de la guarda. ¿Qué voy a hacer sin ti en el Banana House?

—Ir con cuidado —responde Crown—. El problema de las mambas es que su veneno paraliza el músculo cardíaco. Va directo al corazón. Por eso son tan peligrosas.

Clark está perplejo.

—¿Cómo es que sabes esas cosas?

—Fui biólogo en mi vida anterior —responde Crown—. ¡Piensa en eso, cuidado con el corazón!

—Lo intentaré. —Clark ríe.

Sirius es ahora la estrella de Hollywood en torno a la cual gira la vida de los Crown. Bueno, en realidad no es una estrella. Interpreta su primer papel. Pero tiene un pase oficial de Warner Brothers en el que pone:

NOMBRE: SIRIUS. PROFESIÓN: ACTOR ANIMAL.

Rahel lo cepilla antes de que salga de casa por la mañana.

—¡Da lo mejor de ti mismo! —le dice mientras se va—. ¡Acuérdate de todo lo que has aprendido!

Es como si estuviera viendo al pequeño Levi. Cómo temblaba de miedo cuando lo encontraron. Había venido al mundo y enseguida su mundo se había venido abajo. Para sobrevivir se transformó en un cojín. Esa había sido su suerte.

Qué listo era ya entonces, piensa Rahel.

Cuando de pronto el cojín movió la cola, Levi volvió a nacer. Ya había vivido lo bastante como para entender el mundo.

¿Entiende desde entonces a la gente?

La constelación Can Mayor se hallaba en el cielo en aquel momento,

era la única luz en la oscuridad. Levi se transformó en una estrella, Sirius, y salvó la vida de su familia.

Solo quien se transforma sobrevive.

Rahel sigue en bata. Son las diez de la mañana. Sonríe, abre la puerta de la calle y sale. Como Carl hacía entonces: todas las mañanas, siempre a las diez en punto, día tras día.

Alza la mirada al cielo. Está despejado, de un azul radiante. No se ve el Can Mayor.

Su estrella se alza en ese mismo momento en Hollywood. En el plató 2. En la película *Una viuda vive dos veces*.

Llamada de la oficina de Jack Warner.

La telefonista del plató 2 entra de puntillas para no molestar mientras se rueda.

—Míster Crown —susurra—. Jack Warner quiere verle.

Crown se encamina al edificio principal. En el ascensor formula otra vez su discurso de agradecimiento. En nombre de mi familia, va a decir, le agradezco... Pero la primera secretaria ya le está esperando y le conduce hasta Jack Warner.

El magnate está sentado detrás de un escritorio que parece un sarcófago monumental. También el resto de la sala está revestido en madera.

—¡Vaya! —saluda—. El hombre de Berlín. El ángel de la guarda.

Crown carraspea y empieza:

—En nombre de mi familia...

Jack Warner hace un gesto desdenoso.

—Está bien, está bien. Le he hecho venir para hablar con usted de su perro. Me han dicho que tiene un can interesante.

—¿Sirius? —pregunta Crown satisfecho.

—Puede ser —dice Warner—. Me cuesta recordar los nombres. Incluso cuando veo a ese tipo malhumorado con el pitillo en la boca, tengo que pararme a pensar un momento para decir: «Ah, claro, Humphrey Bogart».

El movimiento de su mano significa que Crown tome asiento.

—Pero —continúa Warner— me doy cuenta cuando emerge el talento por el horizonte. Lo huelo desde lejos. —Cierra los ojos y olfatea—.

Tengo un buen olfato para el talento. Hace poco he visto unas cuantas escenas en las que aparece su perro. Tiene talento. Tiene un talento enorme. Tiene incluso el talento suficiente para destronar a Skippy.

Skippy es el perro que se ha ganado el corazón del público desde que interpretó a Asta. Es la mayor estrella de cuatro patas de Hollywood. Este terrier gana más que la mayoría de los actores de dos piernas y lleva la glamurosa vida propia de una estrella de cine. Pero Skippy se está haciendo mayor. Está cansado. Quiere retirarse del negocio del cine.

—Skippy está nervioso —resopla Warner—. Se siente encasillado. Los papeles le resultan demasiado poco exigentes. Le han entrado delirios de grandeza. En estos momentos está de malhumor porque es Orson Welles y no él quien interpreta el papel principal en *Ciudadano Kane*. ¡Imagínese!

Crown trata de imaginarse *Ciudadano Kane* interpretado por Skippy.

No puede evitar darle la razón a Jack Warner.

—Bien —dice el magnate—. Este es el trato: doscientos dólares a la semana para amo y perro. Al fin y al cabo es suyo. Empezaremos después del verano.

Crown se apresura a tender la mano. Doscientos dólares significa que gracias a Sirius ha doblado su salario semanal.

—Bien —dice Warner—. ¿Dónde está el perro?

—Está rodando —responde Crown.

Y Warner replica:

—¿Y qué? Suelo estrechar la mano de mis estrellas cuando las contrato. En este caso la pata, claro. —Descuelga el teléfono y ordena—: ¡Que venga el perro!

Poco después aparece Sirius.

Jack Warner le saluda con el respeto que muestra hacia el talento artístico, da igual si aparece por la puerta sobre dos piernas o sobre cuatro patas.

—¡Bienvenido a la familia de Warner Brothers! —exclama solemne.

Sirius siente que reina el buen ambiente en la sala, por eso se permite una de sus bromas preferidas para estas ocasiones. Se pone firmes sobre las patas traseras y estira la pata derecha a modo de saludo.

Jack Warner le mira incrédulo. Luego casi revienta de risa.

—Se lo tengo que contar a Charlie Chaplin —dice, entre toses—. Increíble. Es mejor que *El gran dictador*.

Mucho después de que Crown y Sirius estén de vuelta en el ascensor,

las carcajadas siguen resonando en el pasillo.

Abajo, en el vestíbulo, se encuentran a John Clark.

—¿Vosotros aquí? —pregunta asombrado Clark.

Crown le cuenta lo que ha pasado.

—¿Cómo? —Clark se alegra—. Es realmente increíble. ¡Felicidades, colega! —le dice a Sirius.

Y luego, claro, le dice a Crown:

—*Let's go and have a drink.*

La invitación a la gran fiesta del verano —Earl y Linda Stein hacen los honores— está considerada el punto culminante en el calendario de fiestas de Hollywood.

Earl es el fundador de la agencia de artistas más poderosa, y quienquiera que sea el que se ponga delante de una cámara o cante ante un micrófono en América él lo representa.

Es fácil confirmar esto al ver a los invitados que bajan esa noche de sus limusinas. Greta Garbo, Howard Hughes, Joan Crawford, Clark Gable, Bing Crosby, Ingrid Bergman, Cary Grant... Todos, vienen todos.

Los Crown también están invitados, aunque no conocen a los Stein. Pero Hollywood se entera de todo. El perro misterioso que Jack Warner ha contratado hace poco está, naturalmente, en la lista de invitados.

En consecuencia Skippy ha retirado su confirmación. No va a ir si cualquier chucho está invitado.

En realidad, la fiesta del verano se celebra para que Linda Stein, a la que todos llaman Queenie, vuelva a demostrar que es la reina de las fiestas de Hollywood. Saluda en la alfombra roja a los invitados.

—¡Clark, querido! —exclama—. Estuviste espléndido en *Lo que el viento se llevó*. De veras espléndido.

Clark Gable hace una reverencia.

—Gracias, Queenie.

En Hollywood corre el rumor de que solo aceptó el papel de Rhett Butler para poder pagar las enormes facturas de su dentista. Su verdadero sueño era hacer *Tarzán*, pero se le escapó.

—¡Elsa Schiaparelli! —chilla Queenie, al ver el vestido de Carole Lombard. Luego susurra—: Cuénteme de dónde lo ha sacado.

—De Saks, en Beverly Hills —susurra Carole a su vez—. Es un

secreto.

De pronto, Queenie ve un animal en la alfombra roja.

—¡Sirius! —grita feliz. Ignora con distinción a sus acompañantes.

Rahel querría que se la tragara la tierra. Lleva el mismo vestido que Carole Lombard. El vendedor no mentía.

En el jardín espera a los invitados una mesa dispuesta en estrella alrededor de una pista de baile, en cuyo centro hay un escenario en el que Guy Lombardo y su orquesta interpretan los éxitos de la temporada.

Un hombre bajito con el sombrero echado hacia atrás se acerca a los Crown. Ay, otra vez ese austríaco bailarín, Billy Wilder.

—¿Qué tal? —pregunta Crown.

—*Nobody is perfect* —responde Wilder. Y se da cuenta de que su acento aún no es perfecto.

Sirius no tiene más que mirar el bufet para que un camarero asienta y llene un plato con las cosas que pueden gustarle a un perro.

—¿Gambas? —pregunta inseguro el camarero.

Sirius arruga el hocico.

—Las gambas son buenas —aconseja Cary Grant.

—Las salchichitas son aún mejores —tercia Fred Astaire.

Carl se sienta junto a una joven actriz que se presenta como Hedy Lamarr. Tardan un rato en darse cuenta de que pueden comunicarse en alemán. Hedy se llama en realidad Hedwig Kiesler y procede de Austria. Se lamenta de que todos se fijen solo en su escote cuando en esos momentos está diseñando un procedimiento de salto de frecuencia para la tecnología de radio móvil. Lo inventó cuando el compositor George Antheil y ella estaban sincronizando una de sus obras para dieciséis pianolas. General Motors está interesada en la patente.

Carl Crown prefiere fijarse en su escote.

—Haces bien. —John Clark le da una palmada en los hombros—. Nada tan hermoso como las colinas de Hollywood.

Rahel disfruta en el bar de cócteles. Está rodeada por un grupo de jóvenes italianos. Llevan las camisas muy abiertas y crucifijos relucientes en el pecho. Aunque ya es de noche, lucen gafas de sol.

Corre el rumor de que Earl Stein, el dueño de la casa, obliga a las estrellas a ir al club de su amigo Al Capone.

La orquesta toca «Summertime». Ira Gershwin, el autor de la letra de la canción, y su esposa Lee entran, muy juntos, en la pista de baile.

Los invitados aplauden.

Crown está a punto de levantarse para sacar a bailar a Rahel cuando un guionista le enreda en una conversación acerca de Eisenstein. Con el rabillo del ojo se fija en que Rahel baila con uno de los italianos.

El italiano parece divertirse. Rahel echa la cabeza hacia atrás y ríe a carcajadas. ¿De qué? ¿Será el último chiste de Calabria? ¿O una anécdota de la vida cotidiana con Al Capone? Es un buen bailarín, eso hay que reconocérselo.

Sirius está sentado en el regazo de una dama, quien le ha puesto una servilleta al cuello para que no se ensucie al probar el postre.

A medianoche, el italiano sigue cantando. Sube al estrado y entona «I'll never smile again».

— ¿Quién es ese tipo? —pregunta Crown.

— Frankie —dice Rahel—. No sé más.

Crown enciende un cigarrillo. Hace poco que fuma. La vida es más emocionante cuando tienes en la mano algo que se quema.

El tiempo también se quema. Uno lo enciende, lo absorbe, lo aplasta.

Así ocurre también con la fama, piensa Crown.

Deja de pensar cuando, de pronto, tiene a Dolores del Río ante él pidiéndole fuego.

Aparte de eso, el verano está bajo el hechizo del tercer movimiento del *Concierto para violín y piano opus 64* de Mendelssohn.

La realización del gran amor.

Andreas Cohn llega por fin. Ahí está, en la estación, con el estuche del violín en la mano. Están a punto de descargar su equipaje.

Else solloza de alegría cuando se lanzan uno en brazos del otro. Han pasado casi dos años desde que se vieron por última vez.

Andreas mira a unos rostros que han quedado grabados a fuego en su memoria y poco a poco habían ido palideciendo, como fotografías antiguas. Ahora, de pronto, se les ha insuflado nueva vida. Responden a su mirada, le devuelven la sonrisa, hablan.

Nueva vida.

Else ya no es aquella hada delicada de rizos de ángel; ahora lleva el pelo corto y su piel morena huele a sol y piscina. Se ha convertido en una jovencita.

Carl está irreconocible. Parece una estrella de cine. Traje blanco, bufanda de seda, descuidado canotier... ¿Es ese el mismo hombre al que concedieron la medalla Cothenius de oro por sus méritos con el microscopio?

Georg se parece cada vez más a Carl. Al Carl de antaño. Ha heredado la áspera seriedad que al parecer su padre ha abandonado. Casi se le podría llamar «*Herr Doktor*». Quizá sea también por las gafas de pasta que lleva últimamente.

Rahel ha florecido. Su vaporoso vestido amarillo resplandece como un girasol. ¿Se ponía antes carmín en su boquita de piñón? Le sigue gustando suspirar.

—Ay, Andreas —suspira.

Andreas tiene el mismo aspecto con el que todos le recuerdan. La figura alta y enjuta, los negros rizos enmarcando el pálido rostro, los ojos oscuros y feroces. Lo contrario de un *sonny boy*, como se dice en Hollywood.

El abrigo negro hasta los pies aún le hace emanar una luz más sombría. La gente mira en el andén al inquietante recién llegado de Europa. Volverán a encontrárselo como violinista, a partir del otoño, en la Orquesta Filarmónica de Los Ángeles. Otto Klemperer lo ha contratado. Sirius saluda a Andreas. Gira a su alrededor moviendo la cola y le olfatea el bolsillo.

—Cierto. —Andreas ríe—. Te he traído una cosa. A todos vosotros. Una tontería.

Saca un paquete de Basler Läckkerli.

Todos los naturales de Basilea están orgullosos de ese bizcocho que se elabora en su ciudad natal. Se trata de una especie de pan de jengibre especialmente duro y denso. La receta es del siglo XVII, y cualquiera diría que el pan de jengibre lleva en la caja desde entonces.

Sirius sigue masticándolo cuando el Chevrolet, lleno hasta los topes, dobla hacia Melrose Avenue.

—¡Bienvenido a Hollywood! —exclama Carl.

Andreas se sobresalta cuando entra en la casita de madera en la que viven Carl y Rahel. La última vez que los vio, vivían en un palacete urbano emparentado con la capilla Sixtina. Con un parentesco lejano.

En general, Andreas parece un tanto descolocado. El largo viaje, la

gran ciudad, el nuevo idioma, el mundo desconocido. Y naturalmente, sobre todo, los nuevos Liliencron.

Por el momento vivirá en casa de Georg. Carl quiere enseñarle la ciudad. Rahel quiere saber novedades de Europa. Tiene que ir al estudio con Sirius a toda costa. Erich Korngold se alegrará de conocerle.

Pero por el momento Andreas pertenece a Else.

Se estrena *Una viuda vive dos veces*.

El acceso a Hollywood Boulevard está cortado. Los mirones se apiñan contra la valla que va hasta el Teatro Chino, donde han extendido la alfombra roja. Todo el mundo quiere ver a las estrellas.

Unos focos que apuntan en dirección al cielo hacen girar sus conos de luz. Las cámaras, fotógrafos y reporteros forman un pasillo. Pasa una limusina negra tras otra. Los invitados al estreno que no han querido esperar se bajan y se abren paso a pie por entre la multitud.

Algunos llevan un paquete de clínex en la mano. Vale la pena cuando la película es de Tyrone Chester.

Los flashes centellean cuando la viuda pisa la alfombra roja en compañía del estafador. Se tienden muchas manos para pedir autógrafos.

Entonces se abre la puerta de la siguiente limusina, el chófer se inclina con una reverencia y baja un perro.

Tempestad de flashes.

—¡Sirius! ¡Sirius! — gritan los fotógrafos.

La viuda reacciona con la rapidez del rayo. Coge al perro en brazos y posa para las cámaras.

Cuando Tyrone Chester pisa la alfombra roja y coge del brazo al abandonado estafador, hace mucho que todos los flashes se han apagado.

Por no hablar de Carl y Rahel. Pueden estar contentos de poder entrar al cine en el último momento. Carl ha pedido prestado un esmoquin para la ocasión. Rahel espera no volver a encontrarse a Carole Lombard.

Las luces en la sala se apagan, la pantalla se ilumina.

Sirius es tan enorme como un caballo cuando aparece y ocupa su sitio a los pies de la viuda, alta como una casa.

Pone su colosal garra sobre el monumental brazo de ella... y el público solloza.

—El perro la comprende — gime una dama entrada en años al lado de

Rahel.

Cuando Sirius advierte a la viuda con un gruñido, el caballero sentado junto a Carl se seca el sudor de la frente.

—¡Gracias a Dios!

Parece que la película está llegando a su público.

Aun así, fracasa con la crítica.

*The Hollywood Reporter* escribe: «Como espectador, uno se alegraría de que la viuda solo hubiera vivido una vez. O mejor aún: de que no lo hubiera hecho».

El crítico de cine de *The New York Times* opina: «En esta película tan solo había un actor excelente, y tenía cuatro patas».

De hecho, a la mañana siguiente la foto de la viuda con el perro está en todas las portadas.

—Mira —dice Rahel, orgullosa, a Sirius, cuando pasan por delante del quiosco—. ¡Eres tú!

La mujer del quiosco se queda mirándolos. Sus ojos se convierten en dos ranuras, hasta tal punto se fija en el perro.

Unos días después, cuando ambos vuelven a pasar, le grita a Rahel:

—He visto la película. Es curioso, en la realidad el perro parece mucho más pequeño.

Durante la semana siguiente, en Hollywood hay carteles por todas partes: «Si Skippy te pareció encantador, ¡vas a enamorarte de Sirius!».

Debajo está la imagen de Sirius tomándose un batido.

Jack Warner conoce el negocio. Ataca.

Los carteles redoblan por la viuda que vive dos veces, ojalá que aún más en la taquilla, y llaman la atención sobre la próxima película de «la mayor estrella del cine canino».

Sirius interpreta a Hércules, el fiel compañero de una audaz familia de emigrantes que busca su destino en el salvaje Oeste y se enfrenta a diversas circunstancias desfavorables. El padre es el sheriff de la pequeña localidad.

Jack Warner quiere a toda costa a John Wayne para el papel.

—¿Se ha vuelto loco? —atruena Wayne—. ¡Odio a los perros!

Warner intenta simplificar el asunto, teniendo en cuenta la simplicidad del personaje.

—El perro no es un perro. ¡Es un héroe! Lo único que hace es salvar varias veces a la familia de distintos apuros.

Wayne no se tranquiliza, más bien al contrario:

—¡Yo soy el héroe! —grita—. Si alguien saca de apuros a la familia, ese soy yo. Y a caballo. No con un perro.

—¡El director es Matt McDaniel! —dice alegremente Warner. Y pone cara de estar a punto de lanzar sobre la mesa la carta decisiva.

John Wayne se detiene sorprendido.

—¿El negro?

—Bah —dice Warner—. Usted se refiere a Hattie McDaniel, la actriz. No, Matt McDaniel es hombre y blanco.

—Bueno, algo es algo —rezonga Wayne.

Las negociaciones se aplazan.

A Jack Warner lo presiona el calendario. Se acerca el otoño. Pronto, el resplandeciente cielo azul bajo el que la familia de emigrantes debe buscar su futuro se habrá marchado. Dios no quiera que haya que rodar también en invierno. Entonces la familia tendrá que quitar nieve, y encima artificial, en el estudio. Eso va a salir caro.

Pero es exactamente lo que ocurre.

John Wayne rechaza el papel. También las negociaciones con Errol Flynn fracasan. Hay que reescribir por completo el guion. Ahora los colonos también tienen que enfrentarse a la meteorología. Al final, un actor llamado Morton Wilcox obtiene el papel. No es un nombre sonoro, pero eso no importa. La estrella es Sirius.

Los estudios se transforman poco a poco en el salvaje Oeste. Se levantan y luego se siembran colinas. Se acarrean césped y guijarros para las praderas. En la estepa se alzan riscos. Pobres colonos, que van a tener que roturar y convertir en fértil todo eso.

Está construyéndose un pueblo. Todo fachada, por supuesto. En el gastado rótulo pone LUCKYVILLE. Los vaqueros cabalgarán por la polvorienta calle principal. A la estación llegarán unos sombríos personajes. En el salón los revólveres echarán humo.

Por suerte están el sheriff y Hércules. Ellos protegen la ley y el orden en ese lugar dejado de la mano de Dios.

Sirius tiembla de pies a cabeza. Se le acelera el pulso. Revuelve los ojos. Mueve la cola. Todo eso, solo porque un vaquero borracho ha disparado al techo en el salón.

—*Cut!* —grita el director.

Según el guion, ahora Hércules debe ir corriendo hasta el rancho y pedir ayuda al sheriff. Pero no puede. Se refugia en el rincón más recóndito del estudio y se encoge, mísero. Crown lo coge en brazos.

—¿Qué pasa? —pregunta el director.

Crown está totalmente perplejo.

—No lo sé.

—¿Le ha ocurrido antes? —pregunta el director.

—No —responde Crown—. ¿Cómo iba a sucederle? En mi casa no hay tiros.

Los colonos se miran perplejos. Algunos ríen entre dientes. El perro llamado Hércules es un miedoso.

Qué catástrofe.

No hay nada que hacer, Sirius tiene que ir al psiquiatra. Y deprisa.

Ese mismo día, el doctor Robert Methusalem se hace cargo del caso. Pasa por ser una eminencia.

Sirius se tumba en el diván.

—¿Qué ha pasado? —pregunta el doctor Methusalem.

Crown describe los acontecimientos, empezando por Luckyville, el vaquero borracho en el salón, los disparos.

—¿Disparos? —lo interrumpe el doctor Methusalem.

Sirius tiembla con solo escuchar la palabra.

—Sospecho un trauma en la primera infancia —murmura el doctor Methusalem.

Crown prosigue, regresa a Berlín, vuelve a sumergirse en la noche en que ardió la sinagoga y las calles eran un tapiz de esquiras, el portero Zinke en el camión, gasolina, cristal, disparos, gritos.

El doctor Methusalem toma notas. Levanta ligeramente las cejas al oír de nuevo la palabra «disparos».

Crown describe la hora cero: Levi acababa de venir al mundo, y unos hombres con botas vinieron y mataron a tiros a todos los perros, salvo a uno... Él.

—¡Ya lo tenemos! —exclama el doctor Methusalem—. Estrés

postraumático. Es un caso claro.

—Es terrible —dice Crown. Estrecha a Sirius contra él—. Pensaba que habías olvidado todo eso hacía mucho.

Sirius cierra los ojos. Nadie debe verlo llorar.

—¿Olvidado? —corrige el doctor Methusalem—. ¡Reprimido! A veces —continúa— el trauma lleva incluso consigo un cambio de personalidad. El alma quiere protegerse, no debe volver a verse herida nunca más. La personalidad se vuelve muy sensible, hipersensible. ¿Han notado algo así?

—Sí —responde Crown—. Lo hemos observado.

—Eso no tiene por qué ser una desventaja —dice el doctor Methusalem—. Mozart estaba traumatizado. Y mire lo que llegó a ser.

Sirius se ha quedado dormido.

—¿Y ahora? —pregunta Crown—. ¿Qué hacemos?

—Hay dos posibilidades —pontifica el doctor Methusalem—. En una ocasión tuve un paciente veterano de guerra. Extremadamente traumatizado. Con tartamudez grave. Durante nuestras sesiones le disparaba con una pistola de fogeo. Durante dos años. Y se curó.

—¿Y la segunda posibilidad? —pregunta Crown.

—Muy sencillo —responde el doctor Methusalem—. Evite los disparos. —Parpadea y añade—: Todos evitamos los disparos. Es algo muy normal.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta desesperado Crown—. ¡Mi perro es el protagonista de un wéstern! En esas películas se dispara todo el rato. Interpreta a Hércules, un perro que no tiene ni conoce el miedo.

El doctor Methusalem:

—Simplemente tápele los oídos con algodón. Es lo que hago yo cuando mi mujer levanta la voz.

Crown regresa al estudio enriquecido con unos cuantos conocimientos más. Por el camino ha comprado algodón.

—¿Y bien? —pregunta el director—. ¿Resuelto el problema?

—Creo que sí —responde Crown.

—Muy bien —dice el director—. Entonces continuamos. ¡Que llamen a todos! Vamos a rodar la escena 12. El tiroteo en la estación. ¡Atrezo, los fusiles, por favor!

Sirius planta cara al tiroteo, tan impertérrito e invulnerable como solo un Hércules puede serlo.

Naturalmente, la vida en Luckyville tiene un *happy end*.

Hércules y el sheriff respiran. Ya no hay circunstancias adversas a las que hacer frente.

Los colonos han encontrado la felicidad que buscaban en el lejano Oeste. Aunque a menudo el tiempo era malo.

Pero incluso entonces tenían un techo sobre sus cabezas... en el plató 1. Hollywood trata bien a las gentes que tienen un sueño.

Ahora hay que rodar la escena final.

—¡Nochebuena! —exclama el director.

Todos los habitantes de Luckyville se reúnen en torno a un gran abeto y cantan juntos «Abeto fiel».

—¡Nieve! —grita el director.

La nieve artificial cae poco a poco del cielo.

Incluso Jack Warner reprime una lágrima, aunque esos son exactamente los gastos que quería evitar.

Aplausos. La fábrica de sueños ha hecho un buen trabajo.

La realidad espera a los habitantes de Luckyville. Regresan a su verdadera vida, a su pequeño mundo, a sus propias circunstancias adversas.

El sheriff acaba de separarse de su mujer.

—¡Ven a pasar la Nochebuena con nosotros! —dice Crown.

El destino no teme ninguna sorpresa. Así que este año Sirius va a celebrar la Navidad dos veces con el sheriff.

«Santa Claus is Coming to Town» suena en la radio. Por fin una canción de Navidad nueva.

—¡Árboles de Navidad! ¡Árboles de Navidad! —vuelve a gritar el vendedor delante de la droguería—. Buenos para la felicidad. Mejores que cualquier droga.

Rahel sonríe. Esta vez tiene razón. Termina un buen año para la familia Crown.

De alguna manera, también ellos son colonos que han encontrado la felicidad en el salvaje Oeste.

Adolf Hitler toma el cambio de año como pretexto para un discurso en el Palacio de Deportes de Berlín.

—Entramos en el nuevo año con un ejército equipado como nunca lo ha estado en la Historia de Alemania.

—*Sieg Heil!* —responden todos.

—1941 —prosigue— ¡será el histórico año de un gran nuevo orden en Europa!

—*Sieg Heil!* —responden todos.

—Y una cosa más —se le ocurre en ese momento—. El Duce y yo no somos ni judíos ni negociantes. Cuando nos damos la mano, es un apretón de manos entre hombres honorables.

Ahora el Reich alemán abarca Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Yugoslavia y Grecia. Francia está ocupada. Italia es su aliada. En la cancillería del Reich se prepara la campaña de Rusia.

Lejos del acontecer bélico, un perrito llamado Sirius conquista Hollywood.

No ha atacado ni luchado. Simplemente se ha sentado por casualidad a la puerta de una cocina, con la esperanza de que quedaran unos huesos de pollo... Y el resto ya es historia. En aquel año cargado de Historia.

Ahora Sirius es Hércules.

El cartel muestra al sheriff en el momento de detener a un siniestro canalla, mientras en primer plano Hércules le espera con las esposas.

«Menos mal que tenemos a Hércules», dice el eslogan.

El cartel está por todas partes en Hollywood. Delante del Teatro Chino Grauman, donde tendrá lugar el estreno, Hércules se tiende incluso sobre el Hollywood Boulevard. El perro es tan gigantesco que los coches que pasan por un carril pisan la esposa derecha y los que pasan por el contrario, la izquierda.

Por encima de Hollywood, un globo en forma de Hércules flota en el cielo, como si el perro fuera el símbolo de la ciudad. Probablemente, en la larga historia de la zoología no haya habido un perro al que se le haya dedicado tanta atención.

Ahora, Sirius tiene una agente que le lleva las *public relations*. La dama

en cuestión se llama Iris Green y debe cuidar de que Hércules «reciba la atención necesaria», en palabras de Jack Warner.

—¿Qué tal una hermosa cena esta noche en el Romanoff? —sugiere miss Green—. A cuenta del señor Warner, por supuesto.

El Romanoff es el nuevo restaurante que hay en Rodeo Drive. Es tema de conversación en la ciudad y dicen que el bistec Romanoff es realmente excelente, pero la verdadera atracción es el chef, un gentleman que dice ser el príncipe Michael Dimitri Alexandróvich Obolensky-Romanoff. Hay que olvidarse de si ese es o no su verdadero nombre.

—Hércules —saluda con una reverencia el príncipe Obolensky-Romanoff cuando llegan los Crown, con Sirius de la correa—. ¡Mesa 4! —grita al camarero.

Todos los ojos están puestos en Hércules.

En la mesa 3 se sienta Skippy.

Todas las conversaciones enmudecen.

Skippy gruñe. No solo ve a otro perro en su local, ve al perro por debajo de cuyas esposas tiene que pasar todos los días cuando va a la ciudad, el mismo perro que flota sobre Hollywood lleno de aire caliente.

Skippy odia a ese perro. Salta de su sitio, tan rápido que su acompañante grita horrorizada. Luego se lanza hacia su enemigo y se cruza amenazadoramente en su camino.

También Sirius se ha soltado de la correa y enseña los dientes.

Ahí están, uno frente al otro, en medio del Romanoff: Skippy, el rey de Hollywood, y Hércules, su adversario.

Los clientes de las mesas se ponen en pie. Algunos hasta se suben a las sillas para ver mejor. Los camareros levantan, precavidos, las bandejas con los bistecs Romanoff.

Skippy ataca. Se lanza sobre Hércules, embiste su flanco, trata de morderle en el cuello. Hércules atrapa a Skippy por la cola, lo lanza por los aires y lo derriba. Allí, ambos perros se revuelcan de manera encarnizada, escapan brevemente el uno del otro, solo para continuar persiguiéndose en un círculo más amplio.

Los fotógrafos llegan como si alguien los hubiera llamado. Disparan sus fotos y los perros titilan en medio de la tempestad de flashes.

Miss Green sonrío. Es consciente de la alegría con que mañana abrirá los periódicos Jack Warner. Y eso es exactamente lo que sucede.

«Guerra en el Romanoff», titula *The Hollywood Reporter*.

«Duelo de gigantes», titula *Los Angeles Times*.

Los dos perros han salido ilesos, pero Hércules es el claro vencedor.

El día del estreno, Sirius hace una entrada en escena especialmente dramática: cojea un poco mientras avanza por la alfombra roja y lleva vendada la pata delantera derecha. Como señal de heroísmo. Llegar a la cumbre no ha sido un camino fácil. Ha tenido que abrirse camino a mordiscos.

El corazón del público está con él. Ahora Sirius ya es, en definitiva, una estrella.

*Hércules* es un éxito de taquilla. La gente acude en masa a los cines a ver al perro que mantiene la ley y el orden en el salvaje Oeste.

El perro no dice en la película ni una sola palabra, tan solo en una ocasión una voz sonora subraya la pícara expresión de su rostro: «Yo soy más salvaje que el Oeste, créeme». Acto seguido, el malo se guarda el revólver en la funda y se retira.

Estas palabras se convierten en una frase hecha en Estados Unidos.

Se oye en los patios de los colegios, las barras de los bares, en las oficinas, en las fiestas. Casi no hay ninguna mujer que no sea cortejada sin que el hombre, bajando la voz, diga: «Yo soy más salvaje que el Oeste, créeme».

Incluso Franklin. D. Roosevelt, el presidente de Estados Unidos, pronuncia en broma esas palabras en un brindis en la Casa Blanca.

Hércules está en boca de todos.

Jack Warner se reclina relajado en su asiento. Pero constata que no es posible que su estrella siga viviendo en una cabaña. ¿Qué van a pensar los reporteros que hacen cola para poder visitar por fin a Hércules en su hogar?

Indica a miss Green que busque un hogar presentable para los Crown.

—Tiene que significar algo —dice—. Villa Hércules.

Miss Green se pone a buscar una casa. La que más le gusta es una construida hace poco. Reina sobre una peña, con vistas a todo Hollywood. En realidad, la casa entera es de cristal.

Jack Warner contempla las fotos moviendo la cabeza.

—¿Qué es esto? ¿A esto llama usted una casa?

—¡Es moderna! —dice, soñadora, miss Green—. De arquitectura interesante.

—Hércules ya es lo bastante interesante —responde insolente Warner—. La gente tiene que hablar del perro, no de la casa.

—La casa es única —sigue soñando miss Green—. Tanto como lo es Hércules.

—Mmm —rezonga Warner—. Un poquito demasiado cristal para un perro. ¿No resulta grotesco?

—¡En absoluto! —exclama miss Green—. Cuando Hércules esté en la ventana, su silueta se fundirá con el telón de fondo de la ciudad. Hércules y Hollywood, una misma cosa.

—Eso suena bien —murmura Warner—. Quizá nosotros dos deberíamos vivir en esa casa, entonces nuestras siluetas se fundirían con el telón de fondo de la ciudad.

—¡Míster Warner! —finge indignarse miss Green.

Así que alquilan la casa. El joven arquitecto John Lautner amuebla las estancias siguiendo el espíritu de la modernidad. Pero se niega a poner en la entrada un cartel rústico de madera con la inscripción VILLA HÉRCULES.

Cuando los Crown ven por primera vez su nuevo hogar, se quedan perplejos.

El minimalismo modernista aún no se les ha metido en el cuerpo. Están en ese cubo de cristal como si fueran humanos que han llegado a un planeta desconocido.

Carl retrocede un poco sobresaltado al ver que al otro lado de las ventanas se abre el abismo y el suelo se ve allá abajo, en el valle.

Sirius oye el eco de sus pasos en el alto salón.

—¿No es un poquito grande para nosotros? —pregunta Rahel.

—Piense en los fotógrafos, en los reporteros —le tranquiliza miss Green—. Se llenará, ya lo verá.

De hecho, la casa se llena día tras día, hora tras hora. El timbre de la puerta suena constantemente y entra un visitante curioso tras otro.

—Villa Hércules —dice alegre la reportera de *House & Garden*—. ¡Nunca se me hubiera ocurrido que un héroe del wéstern viviera de una forma tan moderna!

Rahel le ruega que distinga entre el perro y sus papeles.

—¿A Hércules le gusta la arquitectura moderna? —pregunta la

reportera.

— Absolutamente — responde Rahel—. Es un esteta.

— ¡Qué mono! — gorjea la reportera.

Al fotógrafo de la revista *Gourmet* le gustaría retratar a Hércules comiendo.

— ¿Cuál es su plato favorito? — pregunta.

— El gulasch de pavo con tallarines — fantasea Rahel.

— ¿Le gusta el *filet mignon*? — pregunta el fotógrafo—. Lo he traído preparado. Para la foto.

La columnista de *Life* se tumba en el sofá con Hércules. Su columna se titula «Cinco preguntas en el sofá».

— ¿Sabes cantar? — pregunta un periodista radiofónico.

Hércules canta «Y'a d'la joie», de Maurice Chevalier.

El cámara de *Pathé News* filma el exterior de la casa para el noticiero.

— ¿Podríamos hacer luego la entrevista en el jardín?

— Yo necesitaría solo cinco minutos para hacer una caricatura — interrumpe el caricaturista de *The New Yorker*.

— ¿Tiene interés Hércules por la moda? — pregunta la redactora de *Vogue*.

— ¡Ya lo creo que sí! — responde Rahel.

Al columnista de *The Boston Globe* le gustaría hablar con Hércules sobre Boston.

— ¿Le gusta Boston a Hércules?

Carl interviene:

— Adora Boston.

— ¡Así no puedo trabajar! — ruge el fotógrafo artístico—. ¡Tengo que concentrarme! ¡Necesito silencio!

¿Silencio? En esa casa ya no existe tal cosa.

Sirius está agotado. Todas esas preguntas que le hacen de pronto. ¿Le gusta Boston a Hércules? Nunca ha estado en Boston. Y tampoco es Hércules.

Todo es muy enigmático. Los reporteros se han marchado, y Sirius está solo con sus preguntas.

«¿Quién soy?», se pregunta. O: «¿Soy feliz?».

Esas preguntas. Las eternas preguntas.

Sirius se acerca a la ventana y su silueta se funde con el telón de fondo de Hollywood.

En primavera, Jack Warner da luz verde a la secuela de *Hércules*.

*Vuelve Hércules*.

En verano va a rodarse la secuela de la secuela: *Hércules, solo contra todos*.

Warner hace girar la ruleta de la fortuna cada vez más deprisa.

Realmente, Sirius no sabe cómo va a conseguirlo. Este Hércules empieza poco a poco a atacarle los nervios. Ese perro se lanza de manera constante a nuevas aventuras... y lo arrastra con él. Después de esa estancia agotadora en el salvaje Oeste, habría estado bien una pequeña pausa para respirar, pero en vez de eso ¡Hércules regresa!

Sirius tampoco puede entender cuál es el criterio de Hércules para elegir sus aventuras.

¿Por que ahora tiene que luchar precisamente contra piratas que cometen sus fechorías en la isla de Hula, en los mares del Sur? Por supuesto, los nativos están desesperados, han raptado a su princesa, probablemente unos caníbales, y solo Hércules puede ayudarla.

La ayuda, e incluso lo hace con gusto. La película está casi lista.

Pero luego el viaje le lleva a la antigua Roma, donde el emperador Nerón amenaza con prender fuego a la ciudad si no encuentra enseguida el cofre de oro del templo que han sustraído las vestales; una vez más, solo Hércules puede ayudarle.

La disposición a ayudar tiene sus límites, piensa Hércules.

Está al borde de sus fuerzas. Apenas come. Duerme mal.

Los Crown están muy preocupados.

Georg, que entretanto estudia el quinto semestre de Medicina, diagnostica de forma inequívoca:

—Estrés.

—¿Qué es eso? —pregunta Rahel.

—Un fenómeno nuevo —responde Georg—. Exceso de estímulos. El

profesor Hans Selye está investigándolo ahora mismo. Él lo llama «estrés».

Georg prescribe para empezar una total ausencia de estímulos.

—Naturalmente, el lugar ideal sería Suiza —dice—. Pero eso es imposible. Así que, reposo absoluto.

Crown habla con Jack Warner, quien por supuesto en un primer momento se indigna.

—¿Reposo? ¿Adónde vamos a ir a parar?

Crown ruega comprensión.

—El perro está al límite de sus nervios, hasta se le está empezando a caer el pelo.

Warner hace un gesto de desdén.

—Entonces está igual que yo. —Lucha consigo mismo y, finalmente, dice—: Está bien, le pagaré cien dólares más a la semana.

Solo cuando Crown rechaza la oferta se da cuenta de la gravedad de la situación y niega con la cabeza entristecido.

—El Coliseo, los trajes de gladiador —murmura—, todo para nada. Qué lástima. —Al final se rinde—. Está bien. Deséele a mi amigo que se cure.

La calma vuelve a casa de la familia Crown.

Sirius yace tranquilamente junto a la ventana abierta. Una ligera brisa le enreda el pelo. Escucha los latidos de su corazón.

Rahel y Carl se mueven de puntillas. Cuando hablan entre ellos, lo hacen susurrando.

Incluso los pájaros se esfuerzan por batir las alas tan sigilosamente como pueden cuando pasan por delante del curioso refugio de cristal.

Sus alas baten al mismo ritmo que mi corazón, piensa Sirius. ¿Qué puede significar eso?

No puede evitar pensar en los patos de treinta millones de años de antigüedad de Berlín. Mentalmente pasea por el Tiergarten, regresa al árbol de la Klamtstrasse. Su árbol.

¿Se asombrará el árbol al ver en qué se ha convertido el perro que iba a visitarle todos los días?

—¡Imagínate, trabajo en una fábrica de sueños! —le diría Sirius si volvieran a verse.

—¿Fábrica de sueños? ¿Qué es eso? —pregunta el árbol.

Sirius le habla de Hula, de Luckyville y de la viuda que estuvo a punto de ser víctima de un estafador casamentero.

—Eso suena espantoso —dice el árbol—. ¿Quién tiene esos sueños?

—La gente —replica Sirius.

—La gente —repite el árbol, y mueve su copa con tristeza—. Pareces agotado. ¿Puedo darte un consejo?

—Cómo no —responde Sirius—. Por eso he venido.

—¡No te preocupes, vive! —dice el árbol—. Pensamiento positivo.

Else ya había dicho que en su próxima visita iba a traer algo, pero, aun así, cuando llega el momento, la sorpresa en el rostro de sus padres es considerable.

Es un sólido piano de cola de color negro.

Hacen falta cuatro hombres para llevarlo hasta la casa.

—A esto lo llamo yo traer algo —dice Carl.

Rahel se ha quedado muda.

—Korngold me ha regalado el Steinway —dice Else—. Como despedida.

—¿Como despedida? —pregunta Rahel.

Else sonríe.

—Estoy embarazada.

¿Hay algo más conmovedor para unos padres que un piano de cola que trae esa noticia?

Conmovidos, Carl y Rahel abrazan a su hija.

Incluso los cuatro hombres que esperan su propina tienen lágrimas en los ojos.

—¡Vamos a organizar una fiesta para celebrarlo! —exclama Rahel.

Buena idea.

—También tenemos un servicio de fiestas —dicen a coro los cuatro hombres.

Ese mismo día, se pone en marcha una noche inolvidable. La casa de cristal se vuelve irreconocible. Los pájaros que ahora pasen por allí podrían creer que se han extraviado en Hong Kong.

Uno de los cuatro hombres, un chino que al parecer es el decorador del cuarteto, ha iluminado la terraza con farolillos de papel de seda rojo.

Estos, explica, son el símbolo de la fertilidad y de la bendición de los hijos.

Hay cebollas por todas partes. Para que traigan suerte para el nacimiento de un varón. O mandarinas, si es una niña.

A la entrada hay antorchas que huelen a azufre. Son para espantar a los demonios.

Por suerte también hay comida y bebida decentes.

Georg acude con Electra. En este tiempo se han hecho novios. Vienen los Korngold. Y el sheriff, naturalmente. John Clark llega solo, hace poco que ha dejado a su mujer.

Carl alza su copa por Else y Andreas.

—Empezasteis a amaros en la hora más oscura de nuestra familia — dice—, y vuestro amor nos brinda hoy el día más luminoso de nuestra vida. Os damos las gracias por eso —prosigue, cogido de la mano de Rahel—. ¡Vuestra vieja familia os desea mucha suerte, joven familia!

—¡Buena suerte! —gritan todos.

El chino entrega un alfiler a cada uno de los presentes. Es el símbolo de la sucesión de las generaciones.

Erich Korngold se sienta al piano y toca canciones de Cole Porter. Todos conocen «Night and Day» cantada por Fred Astaire, pero cuando de pronto el sheriff entona la melodía la canción les llega aún más hondo a los corazones. Pronto también John Clark le acompaña en tono convencido. Y no pasa mucho tiempo antes de que todos canten y bailen.

—¡Eh, Crown! —grita una voz.

Ahí está otra vez ese grotesco austríaco que lleva el sombrero echado hacia la nuca. Está bailando con Else.

Carl se frota los ojos, sorprendido.

El sombrero significa que Peter Lorre no puede estar lejos. Ciertamente, acaba de llegar.

—Demasiado tarde, lo sé —se disculpa Lorre—. Billy se ha perdido.

—*Nobody is perfect.* —Billy le guiña un ojo.

Mejor.

—Increíble —dice Lorre—. Hércules es más taquillero que yo. Deberíais pagarme una comisión. ¡Yo fui quien os trajo aquí!

Carl le da las gracias con torpeza.

—Solo es una broma —dice Lorre.

Billy cuenta que Marlene Dietrich hace los mejores huevos rotos con

patatas.

—Marlene debería haber estado en la cocina esta noche —grita—, y no los chinos.

¿Dónde se ha metido Sirius? Unas veces aquí, otras allá. Como es habitual en sociedad. Uno le acaricia, otro le da un pellizco. Es hermoso ser perro en una casa feliz.

La «nueva vida» en Hollywood no hace tanto que existe y ya hay «viejos tiempos». Los Korngold recuerdan vivencias comunes con Else. John Clark echa de menos a su ángel de la guarda. El sheriff se entusiasma recordando Luckyville.

Es extraño, nadie advierte las nubes oscuras que se ciernen sobre la casa. Quizá porque bien podría ser que se alzarán de la barbacoa que hay en el jardín.

Qué fácil resulta equivocarse.

El chino sabe que el humo significa «cambio», y que las nubes incluso quieren decir «gran cambio».

—¿Se ha recuperado mi amigo? —se interesa Jack Warner.

—Creo que sí —dice Crown—. Está mejor.

A Sirius le alegra el interés.

Pero la compasión no es la razón por la que Warner los ha llamado a ambos.

Aun así, sigue mirando un rato a Sirius antes de entrar en materia.

—Vaya una vida, ¿no? —razona—. Siempre delante de la cámara, eso te pone nervioso, ¿verdad?

Sirius levanta las orejas.

—El mundo de los sueños —prosigue, y se reclina en el sillón—. Quieres salir de una vez a la vida real, conocer mundo, ¿verdad?

Sirius agranda los ojos.

Jack Warner llega al punto al que se dirige.

—Ayer me llamó John Ringling North. Es el dueño del mayor circo del mundo, Ringling Brothers and Barnum & Bailey. ¡Quiere a Hércules!

Crown se queda mudo y Sirius también.

—¡Hércules... *live!* —jalea Warner—. Imagínese: ¡Hércules, la estrella de *El mayor espectáculo del mundo!* Así se titula su programa.

Sirius da la impresión de no entender la dimensión de la oportunidad

que se le está ofreciendo, así que Warner añade:

—¡Olfatearás el aire del circo! ¡Viajarás alrededor del mundo! ¡Estarás rodeado de animales! —Él mismo se corrige—. ¿Animales? No cualquier animal. Jumbo, el rey de los elefantes. ¡Gargantúa, el famoso gorila!

A Sirius le gustaría jugar más a menudo con otros animales, pero ¿tiene que ser precisamente un gorila?

Warner intuye sus reparos y cuenta, para animarle, la historia de Gargantúa. Hace diez años apresaron al gorila en el Congo y fue a parar en manos de una excéntrica anciana llamada Gertrude Lintz, en Brooklyn. Tenía otro gorila, así como varios chimpancés, y trataba a los monos como si fueran sus hijos. Llevaban ropa a medida, comían en la mesa familiar y paseaban por la ciudad.

—¿No es encantador? —dice alegremente Warner.

Gargantúa fue haciéndose cada vez más grande, en un momento dado llegó a pesar doscientos kilos y ya no podía estar dentro de la casa. Gertrude Lintz se lo vendió a Ringling Brothers and Barnum & Bailey. Desde entonces, el circo lo anuncia como «el gorila más peligroso del mundo».

—La magia de la pista —suspira Warner—. La carpa, los artistas, los payasos, los prestidigitadores, los animales salvajes. Y en medio de todo eso: Hércules.

Sirius tiene que admitir que la idea tiene cierto encanto.

—Otra cosa —dice Warner—. El contacto directo con el público. Los rostros asombrados. La risa de los niños. El aplauso.

Crown se pregunta todo el tiempo qué es lo que trama Jack Warner. No es un hombre que renuncie a la tercera parte de *Hércules* solo por darle a un perro la magia de la pista.

—No sabía que era usted tan aficionado al circo —dice Crown.

—Y no lo soy —responde Warner—. Creo que dentro de la carpa apesta, y además me produce agorafobia.

Pero ahí hay un buen negocio. Explica el trato poniendo el ejemplo de Clark Gable. Selznick, el productor de *Lo que el viento se llevó*, quería tener a Gable a toda costa, pero este estaba bajo contrato de la MGM. Así que tuvo que tomarlo prestado y, naturalmente, la suma que MGM recibió de Selznick fue mayor que los honorarios que esta le pagaba por contrato a Gable.

—¿Entiende? —dice radiante Warner—. Así hacemos las cosas en

Hollywood.

Crown lo comprende. Y Sirius no puede ocultar que se siente un poco halagado por ver su nombre unido al de Clark Gable.

Esto es algo que Warner relativiza enseguida:

—Clark Gable tenía halitosis. Por culpa de sus caries. Sufría por eso. Así que aceptó el trato a cambio de una participación en los beneficios y así tendría por fin dinero para el dentista.

Bueno, a veces las obras maestras llegan a existir por las más extrañas razones.

—Bien —dice Warner—. Ahora, hablemos en plata. La gira dura seis meses. Luego, por supuesto, Hércules regresará e iremos a la antigua Roma. ¿Trato hecho?

Crown se inclina hacia Sirius y le mira profundamente a los ojos.

—¿Quieres ir al circo?

Sirius mueve la cola.

—Muy bien. —Warner sonrío—. Buena decisión. Le subiré cien dólares más a la semana. Para el Clark Gable del mundo de los perros.

—¿Cuándo nos vamos? —pregunta Crown.

—Enseguida —dice Warner—. La estrella de la pista tiene que ensayar cómo va a salir a escena en el circo.

Sarasota es un pequeño pueblo en el sur de Florida. Tan solo está en el mapa porque allí es donde tiene su cuartel general Ringling Brothers and Barnum & Bailey.

Crown ha acompañado a Sirius en el largo viaje a través del país para tener tiempo de despedirse. Ha sido difícil para él ver al perrito irse y lanzar una última mirada atrás para desaparecer en la gran carpa.

Así que ahora Sirius es un perro de circo.

Vive en el «poblado». Así llaman al prado de detrás de la carpa en el que están los carrromatos de los artistas.

Los artistas de cuatro patas viven en realidad en el «zoo». Así se llama la pradera adyacente, con los establos, corrales y jaulas. Allí vive también Gargantúa, en una jaula especial, naturalmente. Es de cristal blindado,

tiene aire acondicionado y, cuando hay que moverla hasta la carpa, la llevan seis caballos blancos.

Pero Sirius vive en el poblado, porque sobre todo se relaciona con artistas de dos piernas.

Empieza con el número de apertura previsto: Hércules se enfrentará a «Drago, el hombre más fuerte del mundo» mientras este hace su número de sostener su montaña de músculos sobre un solo dedo.

Antes de la pausa, el gran mago Manzini presentará su famosa máquina del tiempo que hace que Hércules se haga cada vez más pequeño, hasta que al final no es más que un cachorrillo que se disuelve en el aire en las manos de Manzini.

El punto culminante es el número final: Barbarroja, el legendario domador de leones —al que le falta la mano derecha después de que el león Benarés casi se la arrancara—, montará a Hércules sobre Benarés. Por primera vez en la historia del reino animal, un terrier irá a lomos de un león.

Ese es el programa. Ahora solo tiene que salir bien.

Sirius comparte caravana con Manzini. Solo, porque nadie más puede conocer el secreto de la máquina del tiempo, que también está en la caravana, oculta bajo un paño negro. Manzini tiene las cortinas corridas la mayor parte del tiempo.

Barbarroja no necesita ninguna caravana. Duerme con sus animales. Por las mañanas, a veces tiene paja en el pelo y huele como un león.

A Drago se le reconoce porque se mueve exclusivamente sobre las manos. Le parece de lo más normal. Cuando uno charla con él, tiene las rodillas a la altura de los ojos y su cabeza responde, invertida, desde abajo. Pero es interesante hablar con él.

Qué poblado más extravagante, piensa Sirius. Sin duda es el pueblo que tiene más cosas dignas de ver.

¿Dónde, si no, se ve a un liliputiense saludar amablemente a cinco chinos que hacen malabares con tazas de té sobre un monociclo, mientras a su lado un hombre ata a su mujer a un disco que gira y le lanza cuchillos?

El hombre es el famoso «el Diablo», que protagonizó muchos titulares al alcanzar a su primera esposa en el corazón con un cuchillo. Estaba completamente borracho durante el número, así que se le declaró inocente.

Sirius aún no conoce a todos los habitantes del poblado. Dicen, por ejemplo, que el liliputiense domina ochenta y cuatro idiomas, incluso irku, una lengua que solo se habla en el Antártico Sur. Al liliputiense lo pusieron a prueba cuando llegó de esa región un equilibrista que tenía en su número a un pingüino acróbata. Confirmó que el liliputiense hablaba irku con fluidez.

Manzini no habla en absoluto. Se envuelve en el silencio. Posiblemente porque teme que, de lo contrario, podría escapársele algo que permitiera sacar conclusiones acerca del secreto de su máquina del tiempo.

Por las tardes se sienta en su cama y escucha siempre la misma emisora de radio. Le traen la comida de la cantina y él la sirve sin palabras en dos platos, para compartirla con Sirius. Luego saluda al perro con un cortés movimiento de cabeza que debe significar «buenas noches», y después apaga la luz.

Curiosamente, habla en sueños. Apenas dice las palabras «*macchina del tempo*» despierta sobresaltado para dirigir a la estancia el foco de su linterna. Luego vuelve a dormirse.

Cuál será el secreto, se pregunta Sirius.

Un mago puede entrenar en cualquier sitio, pero un domador de leones necesita la carpa. Igual que un trapecista. La jaula que hay sobre la pista es tan importante para uno como el trapecio que pende de la cúpula del circo lo es para el otro.

Barbarroja va hoy a la carpa. Eso le dice a Sirius. Al pronunciar estas palabras sonrío y, por el camino, se quita la camisa.

— Los leones odian las camisas — dice.

Su torso desnudo parece un campo de batalla. Se intuye la frecuencia con que lo han alcanzado las zarpas. A lo largo de la espalda discurre un costurón, que cruza justo la cabeza de león tatuada entre los omóplatos.

En la mano que le falta tenía tatuada la palabra KRONE. Barbarroja había empezado en el circo Krone.

Benarés ya espera en la pista. Camina en círculos, nervioso, impaciente, pegado a la reja. Un espléndido ejemplar de gato salvaje. Cada uno de sus movimientos irradia una fuerza incontenible.

El león ruge al ver al perro.

—Te está diciendo «hola» —traduce Barbarroja.

Sirius prefiere no saber cómo sonará Benarés cuando diga «adiós».

Benarés se pone en pie contra la reja, en toda su altura, para saludar a Barbarroja. Lo supera en al menos un metro.

Sirius tiembla de pies a cabeza.

A Barbarroja no se le escapa este detalle, por lo que dice:

—No debes tenerle miedo. Ya no tiene hambre.

Por prudencia, el cuidador tira dentro de la jaula un gato muerto, que Benarés engulle con piel y todo.

—Ven, vamos dentro —dice Barbarroja, coge en brazos a Sirius y abre la puerta de la reja.

Benarés acecha al otro extremo de la jaula. Resopla, mientras olfatea con su hocico.

—Este es Hércules —lo presenta Barbarroja. Y a Sirius le susurra—: Hay que esperar siempre a que él venga. Nunca debes ir hacia él, porque entonces defiende su territorio.

Otro consejo del domador es el siguiente:

—Lo mejor es que le ignores. Entonces él hará lo mismo.

No resulta fácil ignorar a un león. A los perros pequeños les resulta especialmente difícil.

Sirius ve que Benarés viene poco a poco hacia él, cada vez más cerca, hasta que la cabeza con la enorme melena está tan pegada a sus ojos que le echa el aliento caliente a la cara.

El león olfatea al perro, se da la vuelta otra vez y se tiende pesadamente sobre la arena de la pista.

—Te ha aceptado —dice Barbarroja—. Ahora formas parte de su manada.

¿Hay mayor alivio que ser aceptado en la manada?

Sirius relativiza enseguida esta buena experiencia cuando ve —otra vez desde fuera de la jaula— lo que pasa dentro de esta. Barbarroja ata un animal de peluche al lomo de Benarés para que el león avance un paso más en el número. En vano. Benarés se revuelca furioso por el suelo, se sacude al jinete y lo hace trizas.

Pero el domador no se rinde.

Más tarde, la carpa es solo para los trapevistas. Sirius ve a los «turbantes voladores». Ocho indios suben al trapecio, hasta una altura vertiginosa, y en el momento del cambio en el aire ejecutan un triple salto

mortal. Algo así no se consigue sin problemas. A veces uno de los indios se aferra al vacío, en otras ocasiones dos de ellos chocan con las cabezas.

Luego viene Don Dente. Al hombre le precede un grito atronador. Es capaz de subir a la cúpula del círculo, con los dientes, una góndola en la que se han sentado cuatro personas del público.

Hoy ensaya el momento culminante de su representación: con los brazos atados a la espalda y los ojos vendados, Don Dente camina por la cuerda floja, da una voltereta en el aire, falla al poner los pies, ya está en caída libre... Y entonces muerde y se engancha a la cuerda con los dientes.

A Sirius le gustaría aplaudir. Por primera vez en su vida, entiende la necesidad de la gente de entrechocar con fuerza las palmas de las manos. Eso no es posible hacerlo con las patas.

Sirius siempre se siente aliviado cuando el que está a la puerta por la mañana no es el domador, sino Drago. Los ensayos con él son divertidos, se parecen a jugar.

El número es una lucha fingida entre Hércules, el perro sin miedo de la película homónima de Hollywood, y Drago, el hombre más fuerte del mundo.

Hércules hace su trabajo con una sola mano, como suele decirse, aunque no tenga ninguna. Sabe cómo ser el favorito del público. En realidad, solo tiene que fingir que es fuerte.

Drago, en cambio, es fuerte de verdad. Y lo parece aún más no cuando camina sobre las manos, sino cuando está firmemente plantado en el suelo sobre las dos piernas. Un coloso de músculos, del que solo sobresale una cabecita rapada.

—¿Qué te parece —propone Drago— si me empujas con las patas y me caigo?

Oye mentalmente la estruendosa carcajada del público, y no puede evitar reírse él mismo. Luego se pone serio de golpe, piensa con la boca abierta y se da cuenta de que se anuncia como «el hombre más fuerte del mundo». ¿Cómo lo van a derribar?

—¿Qué te parecería —propone— si me empujas con las patas y yo te lanzo con todas mis fuerzas contra el público?

Tampoco eso parece convencerle. Una vez más se queda con la boca

abierta. ¿Lanzar a un simpático perrito contra el público? Eso no se hace.

Así que hay que ser amable y a la vez mostrar fortaleza. Esa es la gracia.

—¿Qué te parece —propone Drago— si me empujas con las patas y yo doy tres o cuatro volteretas hacia atrás y aterrizo de pie sobre una mano?

Ahora ha despertado el acróbata que hay en él.

—¿Y si luego tú saltas encima de mí, te sientas sobre mis pies y me haces bajar hasta el suelo?

Sirius mueve la cola. Lo ensayan enseguida. Los cinco chinos del monociclo pasan pedaleando, se ríen entre dientes y levantan cinco pulgares en señal de reconocimiento.

A Drago no dejan de ocurrírsele ideas. ¿Y si se pone de cabeza sobre la cabeza de Hércules? Solo habría que construir un pequeño soporte, disimularlo con piel del color adecuado y ponerlo debajo del perro de manera que no fuera visible.

Ahora es el ilusionista el que despierta dentro de Drago. Sirius siente curiosidad por saber qué más va a despertar dentro de esa montaña de músculos.

Entretanto, Sirius también ha conocido al liliputiense. Se llama Terry y pronto hará veinte años que vive en el Ringling Brothers. A Sirius le gustaría saber cómo es que habla ochenta y cuatro idiomas.

Al parecer, Terry incluso es capaz de leer el pensamiento y responde:

—Cuando nací ya hablaba treinta y siete idiomas. Quizá la naturaleza intuye que, si se es enano, hay que viajar mucho hasta encontrar el lugar de uno en el mundo.

Pasean juntos por el zoo. Terry conoce a cada uno de los animales. Y allí viven dos mil.

—Este es el elefante Moyo —explica—. Hace unos años, en mitad de una representación, Moyo interrumpió su número y corrió hacia una niña del público. La tocó con la trompa aquí, exactamente aquí. —Terry se señala el corazón—. Moyo emitió un ruido parecido a este. —Terry imita el lamento de un saxofón—. Los padres llevaron enseguida a la niña al hospital. Resultó que sufría una enfermedad cardíaca aguda. Moyo salvó la vida a aquella niña.

Sirius está impresionado.

Se detienen delante de un alce.

—Este es Plutarco —dice Terry con tristeza—. Sabía bailar el tango. Se lo enseñó un profesor de Viena. Un día, el profesor murió, exactamente a las 15.21 horas. —Terry mira a Sirius—. Hoy Plutarco sufre demencia. Hace mucho que se le olvidó bailar. Pero todos los días, exactamente a las 15.21 horas, se le llenan los ojos de lágrimas.

Sirius casi no puede creerlo.

—Y no tiene reloj —observa Terry.

Se detienen ante la jaula de los leones. Benarés parece alegrarse de ver a Sirius. Ronronea y mueve la cola.

—Es una historia loca —dice Terry—. Benarés nunca ha superado haberle mordido la mano a Barbarroja en el circo Krone. Por eso emigró de Alemania. El saludo hitleriano con la mano extendida le recordaba, constantemente y en todas partes, el accidente. Las manos le causan un sentimiento de culpa.

Cada animal tiene su historia. El zoo es el gran libro de historia del mundo animal, y el liliputiense lo hojea.

De pronto, este pregunta:

—¿Cuál es tu historia?

Sirius no sabe por dónde empezar.

El liliputiense asiente.

—A veces, el final lo dice todo acerca del principio.

Ambos piensan en cuánto han tenido que viajar para encontrar su lugar en el mundo.

Sirius es feliz.

Hoy Manzini va a hablar.

Ha llegado el día en que tiene que contar su secreto. De lo contrario, su máquina del tiempo no funcionará.

Sirius casi revienta de curiosidad.

Manzini corre las cortinas de la caravana. Con solemnidad, revela el fantasma que hay en su cuarto desde hace semanas y dirige por primera vez la palabra a Sirius:

—Esta es mi máquina del tiempo.

Sirius no ve más que una caja negra.

—Aquí hay un agujero —dice Manzini—. Tienes que meterte por él.

Sirius le mira expectante.

—Eso es todo —concluye Manzini su explicación—. No necesitas saber más.

Y vuelve a cubrir la caja con el paño.

¿Eso es todo? Sirius no comprende.

—Eso es todo —repite Manzini—. De todo lo demás me encargo yo.

Coge el abrigo del perchero, se pone el sombrero y sale de la caravana.

La Historia universal trata bien a Jack Warner.

Hirohito, el emperador de Japón, ha hundido la flota estadounidense del Pacífico en el puerto de Pearl Harbor. Ayer Hitler declaró la guerra a los Estados Unidos de América. Y hoy, solo un día después, Jack Warner tiene en sus manos una obra de teatro que pone perfectamente en escena el trasfondo político de la situación.

Se titula *Everybody Comes To Rick's*. Warner da luz verde a su rodaje. También tiene en mente un título mejor: *Casablanca*.

Todo habla en favor de Humphrey Bogart. Solo él puede hacer el papel de Rick.

—Al guion le falta un poco de corazón —dice Warner—. ¿Qué tal si Rick tuviera un perro? ¿Por ejemplo, Hércules?

La escena final aún sería más conmovedora. «Siempre nos quedará Hércules», diría Humphrey Bogart. En vez de «París».

Warner odia París.

Ve en su mente a Bogey con el perro en brazos en el aeropuerto, diciéndole a Ilsa: «Mírale a los ojos, pequeña».

—También está bien —dice Bogey encogiéndose de hombros.

Pero el plan está condenado al fracaso. Hércules no está disponible. Es diciembre y falta poco para el estreno del circo. Y después empieza la gira.

—Qué le vamos a hacer —dice Warner—. Siempre les quedará París.

Ese diciembre es un mes fatal para todos los implicados. Solo que no lo saben.

Hitler no sabe lo que le espera a su ejército en Rusia. Siempre le quedará Stalingrado.

Rick no sabe que al final no solo le quedará París, sino también el principio de una hermosa amistad.

¿Y Sirius? Si supiera...

Carl y Rahel se ponen en camino hacia Sarasota. Naturalmente, quieren estar presentes cuando Hércules conquiste la pista.

Mañana es por fin el día. «El mayor espectáculo del mundo» se pone en marcha. Las entradas de carpa están agotadas desde hace semanas.

El ensayo general ya ha tenido lugar. Entretanto, Hércules ya es capaz de montar sobre Benarés, luchar con Drago e incluso la máquina del tiempo funciona.

La decoración del circo es navideña, lo que resulta especialmente extraño en Sarasota, porque parece verano. Es la estación de los baños de mar.

Es muy improbable que el sueño de Bing Crosby de una blanca Navidad se haga realidad. Pero su nueva canción, «White Christmas», está por todas partes. Suena sin cesar en la pequeña radio de Manzini.

—El compositor se llama Mancini —dice Manzini—. Qué decisiva puede ser una letra minúscula. Un poco más, y la canción sería mía.

Sirius no puede pensar en eso ahora. Está demasiado nervioso.

Probablemente Manzini también lo está, de lo contrario ¿por qué iba a hablar?

—A eso se le llama pánico escénico —afirma Drago.

Enciende un cigarrillo y lo fuma, de cabeza sobre ambas manos, por la comisura de la boca. No puede evitar toser. La naturaleza ha hecho las cosas bien: el caminar erguido tiene sus ventajas, al menos para los fumadores.

Barbarroja duerme. Nada calma los nervios tanto como una cabezadita en la jaula de los leones; ese es su lema. Dormita tranquilamente y su cabeza se alza y desciende al ritmo de la peluda caja torácica de Benarés.

Al lado está la jaula de Gargantúa. La gigantesca bestia negra mira a lo lejos con mirada ausente y, cuando aparece Sirius, le brillan los ojos.

—¿Ves como sonrío? —pregunta el cuidador.

Sirius lo ve. De hecho, pese al terrible aspecto del gorila, sonrío.

—Qué locura, ¿verdad? —dice el cuidador—. Cuando capturaron a Gargantúa en África, un cazador le arrojó ácido al rostro. Desde entonces lo tiene rígido. Parece que siempre estuviera sonriendo.

¿Estará sonriendo en realidad?  
Quién sabe.

El estreno.

Nueve mil personas entran en la carpa, dos de ellas son Carl y Rahel, y el ambiente en las gradas repletas ya hierve antes de que la orquesta toque los primeros redobles.

Sirius se asoma por el telón, pero no puede distinguir los rostros familiares en medio de la multitud enfervorecida. Nunca ha visto tal cantidad de gente, ni siquiera en el puerto de Génova, cuando el *Conte di Savoia* zarpó cortando el mar. También la carpa le parece más grande que aquel gigante de los mares.

Bueno, al fin y al cabo es «El mayor espectáculo del mundo».

Las luces se apagan y el jefe de pista sale al cono de luz de los focos. Saluda al público con convicción y dice que esta noche sus expectativas, por altas que sean, serán superadas con mucho, y culmina su discurso con las palabras:

—¡Pista libre para Hércules, que combatirá contra Drago, el hombre más fuerte del mundo!

Redoble de la orquesta.

Hércules sale a la pista, a los sonos de una marcha triunfal reservada tan solo a los valerosos gladiadores.

Rahel no puede evitar sonarse la nariz por la emoción.

Entonces aparece Drago. La montaña de músculos se ha untado de aceite y brilla a la luz de los focos como si fuera mármol antiguo.

Naturalmente, enseguida el público se pone de parte de Hércules, le jalea y se alegra cuando le da su merecido al guerrero pringoso.

Pero también las proezas acrobáticas con las que Drago sale, una y otra vez, de su desesperada situación merecen un aplauso atronador.

El espectacular combate alcanza su punto culminante cuando Drago se alza sobre la cabeza de Hércules: es casi increíble, al final se apoya en un solo dedo.

El público está fuera de sí.

Siguen tragafuegos, pirámides de elefantes, turbantes voladores, hienas danzarinas, etcétera. Todo está muy bien. Pero Carl y Rahel son

como esos padres orgullosos que solo esperan que se vuelva a prestar atención a su hijo. Ni siquiera el Diablo les atrae más que de pasada.

Redoble de tambores.

El jefe de pista anuncia al famoso mago Manzini y su máquina del tiempo, que ante los ojos del público devolverá a su infancia a Hércules.

Manzini, que de pronto en la pista se vuelve un hombre elocuente, pregunta en voz alta y clara a Hércules si es consciente del peligro mortal que supone esta experiencia extraordinaria.

El perro asiente, valeroso.

Acto seguido, Manzini destapa la máquina del tiempo. No es más que una caja negra, poco mayor que el propio perro, sobre un delicado pedestal. Parece flotar, insondable, en el espacio.

El mago se despide de Hércules, como uno lo hace de alguien antes de que emprenda un largo viaje, y el perro se desliza dentro de la máquina del tiempo.

En la carpa reina un respetuoso silencio.

Manzini exhorta a la máquina del tiempo para que retrase el reloj de la vida. Pronuncia un conjuro... Y ahí está: de la máquina salta Hércules, solo que la mitad de grande.

Susurros de incredulidad en el público.

El mismo espectáculo otra vez. También el pequeño Hércules se desliza en la máquina. Más palabras mágicas... Y ya: Hércules vuelve a salir, aún más pequeño.

—¿Queréis ver cómo era Hércules cuando vino al mundo? — pregunta Manzini.

El público se ha quedado sin habla. Asiste a un prodigio que invalida todas las leyes de la naturaleza.

Pues bien. El diminuto perro trepa al interior de la máquina. Más palabras mágicas... Y ya: Hércules sale convertido en un cachorro.

Manzini lo sostiene en alto y en un abrir y cerrar de ojos —palabras mágicas y ¡zas!— Hércules se ha disuelto en el aire.

¿Y la máquina del tiempo? Manzini desarma la cajita negra... vacía.

El mago se inclina ante un estruendoso aplauso.

—Por el amor de Dios —susurra Rahel—. ¿Dónde está Sirius?

—No lo sé —responde a su vez Carl. También él está fascinado.

El espectáculo prosigue. Una sensación se une a la siguiente. Gargantúa en su jaula. Don Dente y su mordisco a la cuerda floja. El

doble salto de los osos polares. Los cinco chinos en monociclo. A Carl y Rahel no les importa el bienestar de los artistas. No hacen más que preguntarse, entre susurros, dónde puede estar su perro.

¡Ahí está! Hércules sale trotando a la pista, agotado al parecer por su viaje a través del tiempo. El público le recompensa, aliviado, con una *standing ovation*.

El jefe de pista saluda a Hércules, de vuelta en el presente, y le desea mucha suerte en su próxima tarea.

Redoble de tambores.

—Se ruega a los espectadores sensibles —advierte—, así como a aquellos que tengan problemas cardíacos, que abandonen la carpa. ¡Hércules va a encontrarse con Benarés, el león más feroz de África!

El público está al límite de sus fuerzas. La mayoría de los asistentes cogen agradecidos los antifaces que se les ofrecen. Algunos se desmayan de antemano.

En la jaula de las fieras, Benarés acecha y gruñe, complacido, al perro que van a arrojarle para que se lo coma. Barbarroja le obliga a contenerse con todas sus fuerzas.

Entonces, Hércules cruza la puerta de la jaula. Es un pequeño paso para el perro, pero un gran paso para el mundo animal. Por primera vez en la historia del reino animal, un fox terrier se enfrenta a un león.

Es increíble, pero el perro salta sin miedo encima del rey de la selva y cabalga triunfal por la pista.

El público está fuera de sí.

Rahel se cubre con las manos el antifaz y solloza.

—¿Sigue vivo?

—Sigue vivo —dice Carl.

Toda América disfruta ya con Hércules. En Nochevieja tiene lugar la última función en Sarasota; acto seguido, el circo levanta la carpa y sale de gira.

Es fácil decirlo.

El viaje de una familia normal de cuatro personas no carece ya de por sí de cierta agitación. Tanto mayor, desde luego, es el viaje de una troupe circense de mil quinientas personas, que lleva dos mil animales consigo. Sin olvidarse de la carpa.

Un tren privado espera en la estación de Sarasota. Cargan un vagón tras otro. Al final, el tren tiene una longitud de kilómetro y medio.

El pueblo y el zoo rodantes, con un gorila y Hércules en medio, se ponen en marcha para cruzar el país.

El presidente Roosevelt en persona ha otorgado un permiso especial para el viaje. En realidad, el tráfico ferroviario está severamente restringido en tiempo de guerra, pero el circo está calificado de «orgullo de la nación».

Solo ahora se entiende del todo por qué ese espectáculo está considerado «el mayor del mundo». A lo largo de la gira se esperan cuatro millones de espectadores. La primera parada es Cleveland.

Manzini se ha adelantado en su propio coche por miedo a que pueda pasarle algo a su valiosa máquina del tiempo.

Él y Hércules comparten una caravana, como siempre.

No del todo.

Hércules parece inquieto. Mira con miedo la oculta máquina del tiempo y gruñe. Es muy extraño, porque la conoce.

Cuando Drago aparece, el perro retrocede y mete el rabo entre las piernas.

—Qué extraño —dice Drago.

Hace un número al que Hércules siempre responde saltando sobre su espalda, pero el perro se queda mirando al vacío.

Barbarroja, a quien han llamado a toda prisa, también está perplejo.

—¡Hércules, ven! —grita, y extiende la mano.

El perro no reacciona.

—¡Parece cambiado! —dice sorprendido Drago.

Manzini frunce el ceño, pensativo.

—El turco —murmura.

El rumor de la extraña circunstancia llega a todas partes en un abrir y cerrar de ojos. El propio John Ringling North acude furioso.

—¿Qué me están diciendo? —ruge—. ¿Que Hércules no es Hércules?

Barbarroja, Drago y Manzini están confusos. También Hércules, que al parecer no es Hércules, parece confuso.

—¿Qué está pasando aquí? —explota John Ringling North—. ¡Quiero saber enseguida qué está pasando aquí!

—Tampoco nosotros lo sabemos —dice Drago en voz baja.

Barbarroja apenas balbucea:

—El perro ya no nos reconoce. Parece cambiado.

—¡Hércules! —ordena Barbarroja al perro.

Este no reacciona, sino que se limita a gemir, confuso.

—Ya ve —dice Drago encogiéndose de hombros—. Es un enigma.

John Ringling North lo ve. Con la mirada del director de circo cuya estrella se ha disuelto en el aire ante sus ojos.

—Qué catástrofe —se lamenta—. Qué catástrofe.

Manzini solo tiene una explicación.

—La máquina del tiempo.

—¡Bah, deja ya toda esa cháchara poética! —brama el director—. Hércules no se ha disuelto de verdad en el aire, ¿o es que crees que sí?

Manzini no es ningún fantasioso. Es un ilusionista. Es una diferencia capital. Se trata de su honor profesional.

Ahí está, y no puede evitarlo. Tiene que revelar el secreto de su máquina del tiempo. Durante años lo ha preservado, velado, vigilado, protegido, ocultado. Ahora tiene que revelarlo.

Bueno. Lo que parece un perro son en realidad cuatro. Cada uno de un tamaño distinto. En cuanto el más pequeño se mete en la máquina, el más grande desaparece. Manzini sigue guardándose para sí cómo lo hace exactamente.

Se limita a decir:

—Después de la última función, se cambian los perros.

—¿Se cambian? —pregunta horrorizado el director del circo.

—Los perros crecen —explica Manzini—. En tres meses el cachorro deja de serlo, y el perro mediano es tan grande como Hércules.

Eso tiene sentido. Para la gira se cambiaron los perros. El director del circo reflexiona con intensidad.

—¿Quién ha cambiado el perro? —pregunta.

—El turco —responde Manzini—. Es una especie de traficante de animales. Nos trae a los magos los animales que requerimos: conejos, palomas y esas cosas. Y vuelve a llevarse los animales que ya no necesitamos.

El enigma está resuelto. Con las prisas, el turco ha confundido los animales y se ha llevado a Hércules por error.

—¡Usted tiene la culpa! —dice el director del circo, y clava el índice en

el pecho de Manzini—. Tenía que haber estado presente en ese momento, y la confusión no se hubiera producido. ¡Dígale al turco que devuelva a Hércules en el acto!

Con eso, el asunto está resuelto para él. Se marcha confiado.

El perro que no es Hércules no ha entendido una sola palabra. Si ha de ser sincero, Drago tampoco.

Barbarroja solo espera que Manzini sepa qué hacer. Al fin y al cabo, es mago.

Pero, por una vez, Manzini no puede hacer magia.

Hace una semana el turco aún seguía por aquí, pero no volverá hasta dentro de tres meses. Nadie sabe muy bien dónde estará entretanto. Es como si también él se hubiera disuelto en el aire.

Hace mucho que el turco está en un barco que lo lleva a Europa. A bordo ya ha vendido el cachorro. Una dama entrada en años ha quedado extasiada con él.

También quería uno de los conejos amaestrados, pero tiene que llevárselo al circo Sarassani de Dresde. Igual que el papagayo parlanchín. A los cuatro gatos bailarines los esperan en el circo Pirelli de Roma.

En tierra, en Bremen, el turco se desprende de uno de los dos perros que le quedan. El más pequeño. A cambio de la factura del hotel.

Solo le queda el perro grande. Tenía que haberlo tirado al mar, piensa. ¿Quién va a querer un chucho desgredado que el circo ya no quiere?

En su siguiente parada en la ciudad, el turco abre simplemente la puerta del coche y empuja al perro fuera.

Sirius yace en el arroyo. Está mareado. Al principio aún pensaba que el viaje era parte de la tournée de la que hablaban todo el tiempo. Pero no, está claro que esto no es Cleveland. Una espesa nieve cae del cielo. De alguna manera, la zona le resulta familiar. ¿Estará en Berlín? Si no se engaña, ahí delante tendría que estar la Kurfürstendamm.

Así es.

¿Es posible que la máquina del tiempo de Manzini haya funcionado de verdad?

Antes de darse cuenta, Sirius está delante de su árbol.

—¿Tú por aquí? —pregunta el árbol.

—Sí —dice Sirius agotado.

—¿Y eso? —pregunta el árbol.

—Es una larga historia —suspira Sirius.

¿No es esa la señora Zinke? Está barriendo la nieve de la acera, como antes.

Se acerca un hombre de las SS. La señora Zinke le saluda:

—¡*Heil Hitler*, señor jefe de sección de asalto!

—¿Es ese su perro? —pregunta el jefe de sección de asalto.

—¿Qué perro? —replica la señora Zinke.

—Ese de ahí —dice el jefe de sección de asalto, que se agacha hacia Sirius y lo acaricia—. Buen chico.

La señora Zinke se lo queda mirando.

—De alguna manera, el perro me resulta familiar. —Frunce el ceño y piensa—. Antes había un perro aquí, hace muchos años, que se le parecía. Se llama Levi, si no recuerdo mal.

—¿Levi? —El jefe de sección de asalto ríe—. Hace mucho que no hay gente que llame así a su perro.

—Es cierto. —La señora Zinke ríe—. Me estoy haciendo vieja y olvidadiza.

El hombre de las SS entrechoca los tacones.

—Un perro sin amo. Incautado.

Se lleva a Sirius.

—¡Mirad lo que os he traído! —grita el jefe de sección de asalto cuando, por la noche, vuelve a casa con su familia—. Nuestro nuevo perro. Hansi.

El mariscal Hermann Goering ostenta muchos cargos, entre ellos también es guardabosques mayor del Reich. A la Dirección General de Bosques está subordinada a su vez la Oficina para la Protección de la Naturaleza del Reich y, en esa instancia, se encuentra el Departamento de Protección de Aves.

Se podría pensar que el bienestar de mirlos, tordos, pinzones y estorninos tiene una importancia secundaria en tiempo de guerra... Pero no es así.

El Führer es un declarado amigo de los pájaros. Apenas hay algo que le importe tanto como los animales que revolotean. Ha elogiado en persona a quien pone «su mano protectora sobre los arbustos».

¿Qué arbustos? Los pájaros vuelan. El Führer también ha pensado en eso. Su mano protectora llega incluso a los arbustos que acaban de ser conquistados. Los arbustos de Rusia, por ejemplo.

Los soldados del frente tienen instrucciones de pensar en los pájaros cuando conquistan nuevos espacios vitales. Reciben instrucciones para construir nidos y comederos. Toneladas de pipas y cañamones se transportan al campo de batalla para dar de comer a los pájaros durante el invierno.

Es algo que se olvida constantemente. En esta guerra se cuida de los pájaros.

El hombre que se ocupa de todo eso se llama Erwin Wünsche. Es el director del Departamento de Protección de Aves. Despacho 332, 2.<sup>a</sup> planta. Y hace bien su trabajo.

Hace poco sus superiores lo ascendieron a jefe de sección de asalto.

—El pájaro —dijo Goering en su alocución— es nuestro embajador. Los alemanes somos un pueblo del bosque. Al contrario que los judíos, que son un pueblo del desierto. El bosque y los pájaros alemanes son una

misma cosa. Cuando un pájaro canta en el bosque, canta la más bella de nuestras canciones alemanas.

Wünsche estaba conmovido.

Desde entonces, entrechoca los tacones siempre que un mirlo o un tordo canta su canción y grita:

—*Heil Hitler!*

Wünsche ha estado a punto de comprarse un pastor alemán. Un hombre alemán y un perro alemán son cosas que tienen que estar juntas.

Pero Heinrich Docht, el del despacho 321, al lado del suyo, se lo ha desaconsejado. A su hija de dos años la atacó su pastor alemán y desde entonces solo tiene un ojo.

Sin duda, los hijos de Wünsche ya son mayores: Ulrich es jefe de escuadra de las Juventudes, Rudi es alevín, pero aun así... Deben salir al mundo con dos ojos, es lo menos que puede esperarse de las Juventudes.

Así que trae a casa un fox terrier. Hansi.

Al jefe de sección de asalto la raza le da bastante igual cuando se trata de perros. Naturalmente, con las personas la cosa cambia. Una persona no es una persona; oh, no: eso depende de la raza.

Va incluso un paso más allá: cualquier perro es un «perro alemán» si se llama Hansi.

Así es como uno puede equivocarse. Con Sirius, Erwin Wünsche ha ido a dar con el perro equivocado. Pero ¿cómo va él a saberlo?

—¡Hansi! —ordena—. ¡A pasear!

No se puede llamar pasear a lo que hacen ellos dos. El jefe de sección de asalto marcha marcando el paso por las calles y Sirius le sigue con la correa tensa. Ambos se detienen con gusto junto a los árboles, el perro por supuesto, y el amo incluso aún más. Entonces Wünsche se siente un orgulloso representante del pueblo de los bosques.

Aquí y allá sucede que el jefe de sección de asalto se dirige a un transeúnte que no le parece lo bastante germánico.

—Eh, tú —exclama—. ¡Ven aquí!

El transeúnte tiene que enseñar sus documentos. Podría ser que se tratara de un ejemplar del pueblo del desierto que sigue haciendo de las suyas en el monte bajo del bosque alemán.

El jefe de sección de asalto llama «pájaros grotescos» a esa gente. El Reich alemán tiene que protegerse de ellos. También eso es protección de aves.

Es increíble que precisamente ese hombre lleve de la correa un perro judío.

El perro aún se acuerda a la perfección del día en que papá Liliencron dijo: «Es peligroso ir por la calle con un nombre judío. Vamos a escogerte un precioso nombre nuevo. Para que puedas embaucar a los arios».

De ese modo Levi se convirtió en Sirius.

Ahora el peligro es aún mayor. Sirius vive en la cueva de un jefe de sección de asalto que lleva en su bandera la cruz gamada de la raza de los amos.

Ahora, debe llamarse Hansi si quiere sobrevivir.

Los Wünsche viven en una casa de la Bülowstrasse, no lejos del Kleistpark, donde tiene su sede la Oficina para la Protección de la Naturaleza del Reich. Así que Erwin Wünsche no tiene que hacer un largo camino hasta su casa. A menudo va incluso a comer.

El chalet no está mal para un funcionario del Departamento de Protección de Aves. Antes siempre había vivido a gusto en él la familia Traube, propietaria de la fábrica de tornillos Traube. Su propiedad fue arianizada y los Traube, deportados.

La parte más seductora de la finca es el jardín. Aunque ahora es más bien un huerto. Verduras, hierbas aromáticas, flores, frutales, invernaderos. La familia Wünsche se alimenta de su propio trozo de tierra.

Lo único que no hay son uvas. Ni una sola uva. Habría sido una muestra excesiva de falta de piedad.<sup>[1]</sup> Por lo demás, allí crece todo lo que da el suelo alemán.

—Sus tomates son los mejores —ha dicho Goering en una ocasión. Uno de esos tomates ha llegado incluso a manos del Führer, y le ha gustado mucho.

El Führer no admite medias tintas en materia de tomates. Si hay algo que sabe valorar son los tomates. Al fin y al cabo, se alimenta sobre todo de una dieta natural.

Cocinar es cosa de mujeres. Por eso, en el huerto y en la cocina la esposa de Erwin, Gertrud, es la que lleva la batuta. Es una figura tosca y recia, que parece hecha para el trabajo en el huerto. Cuando suelta la pala o el azadón, parece extrañamente incompleta.

A la gente cuya tarea cotidiana se desenvuelve en el reino vegetal le gusta de hablar de ello por la tarde, pero raras veces cosecha interés por parte de los demás. Lo mismo le ocurre a Gertrud.

—La col rizada vuelve a tener larvas —se queja.

—¿Sí? —responde Erwin, con los pensamientos en otra parte.

—El rábano ya ha germinado —se alegra Gertrud.

—Bien —dice Erwin.

¿Qué se puede contestar a eso? Erwin tiene otras preocupaciones. La Solución Final a la cuestión judía ya está a punto. Once millones de judíos de toda Europa están en las listas de la muerte. Los primeros trenes que se dirigen al campo de exterminio de Auschwitz ya están en marcha. ¿Cómo va a funcionar todo eso sin fricción alguna?

—Gaseándolos. ¿Funcionará? —pregunta Erwin.

—Ni idea —dice Gertrud.

—¡Once millones! —exclama Erwin.

—Sí —se limita a responder Gertrud.

Sencillamente, no le interesan sus problemas laborales. En realidad, la Solución Final no es un problema de los Wünsche. Él trabaja en el Departamento de Protección de Aves. Pero las autoridades están entrelazadas. Las carreras son imprevisibles.

El doctor Manfred Gürtel, por ejemplo. Es el superior directo de Wünsche en el Ministerio de Bosques del Reich. Gürtel va a ser trasladado a la Dirección General de Seguridad y dirigirá la sección 211, «Trenes especiales». Ahora hay que buscar gente con habilidades para organizar.

Erwin Wünsche tiene esas capacidades. Hace poco que Goering encargó cinco mil nidos para su coto de caza de Carinhall, en las landas de Schorf. Eso supone un montón de madera. Y la orden de Goering era «¡A toda prisa!». Wünsche ha llevado a cabo la tarea. ¿Es posible que se convierta en el sucesor de Gürtel? ¿Por qué no lo llaman a él en vez de a Gürtel?

Esas son las cuestiones que le preocupan. Al jefe de sección de asalto le cuesta desconectar cuando sale del trabajo. Rara vez puede vérselo sentado en un sillón; la mayor parte del tiempo lo pasa caminando arriba y abajo por el salón, nervioso, mudo, perdido en sus pensamientos. Cinco mil nidos, sección 211, Gürtel, a toda prisa.

Los niños se aburren. Incluso dentro de casa llevan el uniforme de las

Juventudes Hitlerianas.

—¡Jugad con Hansi! —grita la madre.

Los niños se miran perplejos. No saben muy bien qué hacer con Hansi. Ulrich, el jefe de escuadra, le tira al perro su brazalete con la cruz gamada y grita:

—¡Cógelo!

Sirius se encoge. ¿Eso es divertido?

Rudi, el alevín, coge un cojín del sofá y le aprieta la cabeza al perro con él.

—¡Estás muerto! —grita.

Sirius aúlla y se encoge.

—Hansi no sabe jugar —se quejan los niños.

—Es tonto.

—Entonces leed algo decente —dice la madre—. Leed el *Stürmer*.<sup>[2]</sup>

Ulrich y Rudi prefieren coger la linterna, salir al jardín y buscar caracoles, que aplastan felices con la pala.

El receptor de radio transmite las peticiones del oyente para los soldados. Magda Hain canta «Gaviota, vuelas a la patria». Sirius está triste. Ah, cuánto le gustaría ahora ser esa gaviota.

Antes de acostarse, Gertrud vuelve a sacar brillo a las botas de su marido.

Por la noche, las botas que Sirius ha temido durante toda su vida están justo al lado de su cesto.

Qué pesadilla.

La luz de la luna entra por la ventana. El Can Mayor se alza en el cielo estrellado y está preocupado. Ve que el pequeño perro sufre. Probablemente, hace mucho que se han olvidado de mí al otro lado del mundo, teme Sirius.

¿Olvidado?

¡Por Dios, no! John Ringling North, el director del circo, ha alertado a los Crown, estos han sacado de la cama a Jack Warner, quien ha pedido ayuda al mismísimo presidente de Estados Unidos, Roosevelt, que, a su vez, ha enviado enseguida despachos a todos los embajadores... En vano.

¿Cómo podría ser de otra manera? El perro ha desaparecido sin dejar rastro, podría estar en cualquier lugar del mundo. En el peor de los casos, podría incluso no estar ya en el mundo.

Rahel está inconsolable. Se le va el corazón en llanto.

Carl mira horrorizado al vacío. Sirius era su vida. Sin perro, no tiene ninguna razón para levantarse por las mañanas.

El director del circo está perplejo. «El mayor espectáculo del mundo» empieza y termina en Hércules. Su nombre está en gruesas letras en todos los carteles. Es la principal atracción.

Jack Warner maldice. ¿Quién va a salvar ahora a la antigua Roma? ¿Hollywood sin Hércules? Impensable.

Por no hablar del corazón de la nación. Hércules ha conquistado a un público multitudinario. ¿Qué pasaría si la gente se enterara de que su perro favorito ha desaparecido sin dejar rastro?

Una catástrofe.

Jack Warner impone silencio absoluto. Aún hay esperanza. Ha llegado el momento del regreso del turco. Solo él sabe dónde se ha quedado Sirius.

Sirius —se da cuenta de pronto— ha cambiado la vida de todos. Ese es su destino.

Y eso que él solamente quería jugar. Jugando se metía en el corazón de la gente cuando aún se llamaba Levi y le daban dos trozos de pastel. Luego se convirtió en Sirius y su estrella se alzó en Hollywood. Hércules fue su mayor papel, al final incluso en «El mayor espectáculo del mundo».

Un perro pequeño, pero un gran artista del transformismo. Nadie sabe del todo quién es en realidad.

—Siempre ha estado huyendo —dice Carl con tristeza—. Quizá en esta ocasión lo haya logrado.

—¡No digas eso! —responde Rahel, y vuelve a echarse a llorar.

En secreto, también ella teme no volver a ver a Sirius. ¿Dónde puede estar? ¿Fuera del alcance de todos? ¿En algún lugar del mar? ¿O en tierra, junto con otros perros? Feliz. Lo principal es que sea feliz.

El turco regresa.

Un día se planta delante de la puerta sin sospechar nada. Lleva tres

fox terrier de distintos tamaños en su equipaje, conforme a lo acordado.

Manzini se precipita sobre él.

— ¿Dónde está Hércules? — grita, y le explica el error.

El turco palidece de espanto. Balbucea su historia, consciente de que con cada palabra empeora su desgracia.

Carl y Rahel están pendientes de él.

Cuando la historia llega a suelo alemán, un escalofrío empieza ya a descender por la espalda de todos.

— ¿Alemania? — exclama perplejo Carl.

El turco intuye que el lugar en el que acaba la historia tampoco va a resultar tranquilizador: Berlín.

— ¿Berlín? — chilla Rahel.

Sí, así es como juega la vida. No solo Sirius juega con la vida, también la vida juega con Sirius. Esa es la magia a la que llamamos destino.

Manzini lo sabe. Sonríe y piensa que, de alguna manera, su máquina del tiempo ha funcionado.

Sirius vuelve a estar allá de donde vino. Ha salvado a todos: a los Liliencron, a los colonos de Luckyville, a la princesa de la isla Hula de los mares del Sur... Ahora tiene que salvarse a sí mismo.

Necesita con urgencia un ángel de la guarda.

Y, de hecho, en la familia hay uno. Pero los ángeles de la guarda judíos no tienen permiso para aterrizar precisamente en Berlín.

Los días son largos en la casa de los Wünsche. Empiezan con la partida del jefe de sección de asalto hacia su despacho, luego los niños salen trotando hacia el colegio... Y a partir de ese momento Sirius está solo, porque Gertrud desaparece entre sus sembrados.

Se arrastra por entre las lechugas, revuelve entre las remolachas, escarda y deshoja. Su cabeza ya no se distingue con claridad en medio de las coles. De vez en cuando se incorpora, estira la espalda doblada y gime.

Ha intentado usar a Hansi para el trabajo en el huerto, por ejemplo eliminando a los caracoles, pero no sirve. Le dan asco los caracoles. También Gertrud le da asco.

Ese rostro campesino, esa vestimenta tosca, esas manos callosas, todo le resulta espantoso. Ese trasgo con mandil no encaja en su imagen de lo

que es una mujer. Es casi increíble que pertenezca al mismo sexo que Gloria Hayson, Carole Lombard o Rahel.

Las agujas del reloj se arrastran hasta el mediodía. Luego la casa huele a olla, a veces de garbanzos, a veces de patatas.

El jefe de sección de asalto tiene que probar lo que Gertrud le ha servido. La olla incluye los temas de conversación.

— Los garbanzos son sanos — dice Gertrud.

— Y redondos — observa su marido.

— Patatas — dice satisfecha Gertrud.

— Patatas alemanas — completa su marido.

Ulrich y Rudi se sientan a la mesa sin decir palabra. Se esfuerzan por seguir de manera intelectual la conversación de los adultos.

Una vez masticado el último garbanzo, el jefe de sección de asalto se pone de pie, entrechoca los tacones y vuelve a su despacho.

Ahora la tarde se extiende ante Sirius, una casi interminable llanura de aburrimiento en la que, en el mejor de los casos, solamente pequeñas elevaciones despiertan su interés.

A veces llama el cartero. A veces el viento azota una ventana. A veces la olla silba en el fogón. No ocurre nada más.

Los niños hacen sus deberes.

— Di los nombres de los tres hermanos de Krimilda que salen en el *Cantar de los nibelungos* — murmura Ulrich.

— Gunther, Gernot y Giselher — exclama orgulloso Rudi.

Bueno es saberlo.

Ulrich cierra el libro. Ahora prefiere jugar.

— Hansi — despierta al perro —, ¡ven, vamos a jugar a cazar judíos!

El perro no conoce ese juego. Tampoco suena como si le fuera a apetecer conocerlo. Aun así, los niños lo arrastran a la calle.

— Mira — dice Ulrich, el jefe de escuadra, y le pone a Hansi un trozo de tela en la nariz —. Así es como huelen los judíos.

La tela procede de un abrigo que la Gestapo le quitó el día anterior a un anciano. Ulrich pasaba casualmente por allí cuando el hombre fue detenido. Cogió el abrigo y arrancó el bolsillo de la pechera con la estrella de David.

Ahora el perro debe seguir la pista. Los niños le acosan. Lo hacen

entrar en portales oscuros, subir por las escaleras y delante de cada puerta gritan excitados:

— ¿Lo hueles?

Sirius hace como si olfateara. No quiere ser un aguafiestas. Los niños esperan el resultado de su olfato.

Otra vez nada.

Naturalmente, podría jugar con fuego y dar de vez en cuando la impresión de que está sobre la pista adecuada. Los niños se entusiasmarían. Lo elogiarían y lo querrían.

Pero tal cosa no entra siquiera en consideración. Los niños podrían llamar a la puerta y, de hecho, tal vez encontrarían a alguien. En ese caso, Sirius sería un «colabo». Así es como llaman a los judíos que traicionan a su propia gente para salvar la vida.

No, Sirius prefiere pasar por un fracasado. Rudi le da incluso una patada, decepcionado.

—Hansi es tonto —le dice Ulrich por la noche a su padre. Sigue la descripción de la frustrada cacería.

El padre objeta que, al fin y al cabo, no es una tarea fácil. De los ciento sesenta mil judíos que había en Berlín, calcula, no quedan más de quince mil. Escondidos por toda la ciudad. En sótanos, en desvanes, en cuartos traseros.

—De ese modo, es bien fácil marcharse de vacío —dice.

—Tampoco busca caracoles —afirma con tristeza Gertrud.

—Quizá no sea un perro de caza —dice Rudi.

—¿Un perro alemán que no es de caza? —se indigna el padre—. No existe tal cosa. Pero —se le ocurre de pronto— eso es lo que pasa con los judíos: nadie puede olerlos en ningún sitio.

Sirius ha descubierto un agujero en la valla del jardín, entre el saúco y las hortensias, y se escurre por él cuando quiere distraerse un poco.

Se deja llevar por Berlín, sin importarle dónde, pero siempre atento para no perder de vista el camino de vuelta a casa.

¿Dónde está la guerra de la que habla todo el mundo? Sirius se imagina la guerra salvaje y violenta, como los tiroteos en el salón de Luckyville, pero más a lo grande.

En vez de eso, en la ciudad reina un silencio fantasmagórico. Las

calles están desiertas, apenas circulan coches y autobuses. La gasolina está racionada. La gente va a pie. Exhiben rostros grises y serios. Hacen cola delante de las pocas tiendas que quedan, con la esperanza de conseguir alimentos a cambio de cupones. También la carne y el pan están racionados.

Al final ha tenido suerte, piensa Sirius. Él no pasa hambre. Se avergüenza de estar incluso harto de comida alemana.

Al borde de la acera, los niños intercambian esquiras de bombas. Proceden del último ataque aéreo de los ingleses; hace ya tiempo, Sirius aún estaba en Florida... en «El mayor espectáculo del mundo».

Los bombarderos ingleses amenazan con volver pronto. Berlín excava de forma preventiva refugios subterráneos. Se reparten máscaras antigás entre la población. Sirius tal vez está listo para una cosa: para la mayor guerra del mundo.

¿Por qué el destino lo coloca siempre en escenarios en los que ocurre precisamente lo más grande?

Lo pequeño también tiene su encanto. El menor espectáculo del mundo, ¿por qué no? En algún lugar de Suiza. ¿O la menor guerra del mundo? Sería hermoso.

Bueno. Haga la que haga, al final siempre termina en medio de lo grande.

Sirius vaga perdido en sus pensamientos y, por poco meditados que sean sus caminos, al final, como si lo llevara una mano mágica, siempre vuelve a su viejo hogar. Está delante de su árbol.

—Aquí estás otra vez —dice el árbol, visiblemente contento.

—Sí —responde agotado Sirius.

—¿Cómo estás? —pregunta el árbol.

—Ay —suspira Sirius—, mira qué vida llevo.

—Siempre perseguido, siempre huyendo —dice el árbol—. Desde que te conozco.

Sirius guarda silencio.

—Yo no puedo huir —dice el árbol.

—Tú tienes raíces —replica Sirius, y le envidia por eso.

Ambos especulan acerca de las ventajas y desventajas de las raíces, con especial consideración al hecho de que los árboles no tienen otra opción, mientras que los perros son móviles por naturaleza. Imagínate un árbol en fuga.

—Mira quién viene por ahí —exclama el árbol.

Un hombre se acerca desde lejos. Titubea, se detiene y abre los ojos como platos, sin saber si está soñando.

Sirius lo reconoce al instante, mueve la cola de alegría y salta hacia él.

Es Benno Fritsche. El viejo y buen tío Benno.

—¡No puede ser verdad! —grita Fritsche, con los brazos abiertos de par en par. De la pura emoción suelta el bastón de paseo que, en realidad, lleva para subrayar su digno aspecto. Benno Fritsche, actor, estrella de cine, miembro del partido.

—¡Te he estado buscando, pequeño! —dice sin aliento—. Por orden de Hollywood.

Describe con dramatismo lo desconsolada que está su familia, explica con gestos de ambas manos las lágrimas que han derramado, cita las innumerables cartas de Rahel en las que le dice que todo Hollywood echa de menos a Hércules y todos cuentan tan solo con él, el tío Benno, para buscar al perro en Berlín.

Sirius está muy conmovido. Así que no se han olvidado de él.

—Naturalmente, la Segunda Guerra Mundial es el momento más idiota posible para encontrar a un perro perdido en ningún sitio del mundo —observa Fritsche; pero él lo ha conseguido.

Se agacha hacia Sirius.

—¡Ahora, escucha! —susurra—. Estás en peligro, lo intuyo. También yo, ya te lo explicaré luego. No pueden vernos juntos en público. Vuelve por donde has venido. A partir de ahora nos encontraremos en mi casa los miércoles por la tarde. ¡Pero ten cuidado! Esta es una operación secreta.

Se ha dictado una nueva ley por la que se prohíbe a los judíos tener animales domésticos. Se les indica que tienen que sacrificar inmediatamente a sus perros o gatos. También se prohíbe a los alemanes poseer animales domésticos judíos.

¿Animales domésticos judíos? Erwin Wünsche frunce el ceño. ¿En qué se reconoce a una mascota judía? ¿Bajan con tristeza la cabeza cuando pasan delante de una sinagoga quemada? ¿Son especialmente perezosas los sábados? ¿Tiene su hocico una forma distinta?

Por supuesto, se hace esas preguntas en relación con Hansi. Al fin y al

cabo no tenía amo, y él lo ha acogido de buena fe suponiendo que era un perro alemán.

¿Es posible que tenga que vérselas con una vil mascota judía, que le engaña tan solo para que no la sacrifiquen? En ese caso, estaría cometiendo un delito. Adiós a su carrera.

Hansi no es un perro de caza, eso lo convierte en sospechoso. Por otra parte, adora el embutido alemán. ¿Acaso los judíos no comen *koscher*?

Los pensamientos del jefe de sección de asalto dan vueltas y vueltas. En realidad quiere a Hansi. Pero le pegaría un tiro en el acto si la ley lo exigiera. Aún no ha llegado el caso.

Decide ir a pasear con Hansi por delante del ministerio a la mañana siguiente, sin llamar la atención, justo a la misma hora a la que llega Hermann Goering. Nadie puede distinguir un perro alemán de uno judío mejor que el mariscal.

El plan se pone en marcha.

La gran berlina oficial pasa ante él y de ella desciende el mariscal, hoy especialmente guapo. Luce un uniforme blanco como la nieve, con botones y charreteras doradas, y el pecho saturado de medallas y condecoraciones. Lleva por los hombros un echarpe de piel que cuelga hasta el suelo, probablemente de nutria o chinchilla.

En el parque que hay delante de la entrada está, al parecer por casualidad, Erwin Wünsche. Lleva de la correa a Hansi, que en ese momento levanta la pata sobre un girasol.

—Wünsche —exclama sorprendido Goering—. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Es que hoy no está de servicio?

El jefe de sección de asalto saluda:

—¡Siempre estoy de servicio, mariscal! ¡El pueblo alemán es consciente de sus elevadas obligaciones éticas hacia los animales!

—¡Bravo! —responde Goering. Se alegra de que el preámbulo de su ley de protección de los animales se practique de forma tan vital.

—¿Este perro es suyo? —pregunta.

—Sí, mariscal —responde Wünsche—. Sí y no. Es el perro de todos. ¡Führer, te seguimos! Eso vale tanto para el pueblo alemán como para el perro alemán.

Goering asiente, complacido.

—¿Cómo se llama este animalito?

—¡Hansi, mariscal! —responde Wünsche.

—¿Hansi mariscal? —Goering sonrío—. Es un nombre muy largo para un perro tan pequeño.

Le guiña un ojo para indicar que se trata de una broma. Wünsche, un tanto perplejo, saluda. Significa: «broma entendida».

Entonces la cosa se pone seria. El jefe de sección de asalto hace de tripas corazón.

—Señor mariscal, permítame una pregunta. Solo usted, como suprema instancia del amor alemán hacia los animales, puede responderla. ¿Es Hansi un buen perro?

Goering se siente halagado, por eso no quiere poner fácil la respuesta. Da vueltas en torno a Hansi, mide su alzada y le examina las almohadillas. Mientras tanto sermonea:

—Esta raza fue criada por el príncipe Albrecht zu Solms-Braunfels, un linaje noble de Hesse que se remonta al siglo XII. Su animal heráldico es el león.

»Hansi —exclama, con reconocimiento—, por tus venas corre la sangre azul de los condes palatinos. Tu hogar son los castillos de los caballeros.

Ni siquiera los testículos escapan al dictamen. Goering llega solemne a una conclusión:

—Hansi, eres un buen perro.

Este no puede resistirse a sentir cierto orgullo. De sangre azul, ¿quién iba a pensarlo? Tiene que admitir que siempre ha sentido debilidad por las distinciones. En Hollywood le concedieron el Hércules de Oro. Y ahora, por el papel de Hansi, el sello de calidad del mariscal del Reich. Un papel trágico y, por tanto, mucho más exigente.

Eso le llena de satisfacción.

Sirius se ha salvado. Al menos por el momento.

—Wünsche —dice Goering—, me viene bien que nos hayamos encontrado. Quería hablar con usted. Hansi me ha reforzado incluso en la idea. Tengo grandes planes para usted.

»Sus tomates —prosigue— son testimonio de su respeto por la dieta natural. Y no he olvidado los cinco mil nidos a toda prisa. Es usted un hombre de acción. Y ahora veo que además es un amigo de los perros. ¡Tiene usted todo mi respeto!

El ensalzado levanta la mano para hacer el saludo alemán.

—¡Jefe de sección de asalto Wünsche! —exclama—. Lo dicho lo

califica para la tarea de mayor responsabilidad que puede otorgar la cancillería imperial. ¡Le asciendo a ayudante personal del Führer!

Miércoles por la tarde. Sirius se escurre fuera de la casa con cautela para que nadie lo vea cuando se cuele dentro de la casa de Benno Fritsche por la puerta del jardín.

Este no está solo. Está rodeado de hombres que fuman puros con aspecto preocupado. Se denominan a sí mismos «el Círculo».

— Este es Sirius — presenta Fritsche.

— Bienvenido al Círculo — dice el conde Von Studnitz.

También los otros miembros del Círculo se presentan, en absoluto irritados ante el hecho de que un perro se siente entre ellos.

Conocen su historia. Un estadounidense que está con ellos, llamado Teo Bloomfield, incluso ha visto sus películas.

— Salvaste Luckyville — dice —. ¡Bravo!

Los otros ríen.

— Nosotros queremos salvar Alemania — dice el conde Von Studnitz —. Quizá puedas ayudarnos.

¿Salvar Alemania? Sirius se estremece. No tiene ni idea de cómo podría ser útil para conseguir tal cosa.

— ¿Nos entiende? — pregunta el hombre que se ha presentado como profesor Wundt.

— Comprende cada palabra — dice Fritsche. A modo de prueba, deja en el suelo dos hojas de papel: en una está escrita la palabra «sí»; en la otra, «no».

— ¿Hoy es martes? — dice Fritsche.

Sirius salta encima del «no».

— ¿Hoy es miércoles? — pregunta Bloomfield.

Sirius salta encima del «sí».

Así continúa el interrogatorio, hasta que el profesor Wundt pregunta triunfal:

— ¿Existe la Nada?

Sirius salta encima del «no».

— ¡Contradice a Nietzsche! — se asombra Wundt.

— ¡En eso tiene razón! — grita el conde Von Studnitz —. ¡El nihilismo fue el principio del fin!

—Bueno, bueno, bueno. —Wundt pide un punto de vista más matizado—. Si alguien tenía razón, ese era Kierkegaard.

—Volvemos a dar vueltas en círculo —gime Bloomfield.

Sirius no entiende a los reunidos. ¿Por eso se llaman el Círculo?

Fritsche da un puñetazo encima de la mesa.

—¡Escuchad todos! —grita—. Estáis poniendo nervioso al perro. Va a pensar que estamos todos locos.

—Sirius —dice el conde Von Studnitz con voz tranquila—, somos el Círculo. Estamos en la clandestinidad. Y en la resistencia. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Sirius salta encima del «no».

—Alemania está en manos de monstruos —enfatisa Wundt—. Contra eso luchamos.

—¡Monstruos! —repite Bloomfield—. ¡Así es!

Sirius salta encima del «sí».

El pobre perro es presa de la confusión. Él solo quería visitar a tío Benno, el único salvador en la desgracia, el rostro conocido en los carteles.

—¡Yo era su imagen! —atruena Fritsche—. Yo he prestado mi rostro para este malvado espectáculo. Y ¿qué veo cuando me miro al espejo? Una mueca. Una mentira.

—¡Baja la voz! —advierde el conde Von Studnitz. Tiene que prevenir a los renegados para que no manifiesten demasiado su resistencia al poder. La clandestinidad no está hecha para Fritsche.

Sirius está cansado. Quiere irse a casa.

—Sabemos que vives en casa de un jefe de sección de asalto —susurra Bloomfield—. Allí podrás oír más de una cosa que pueda interesarnos.

—Te ayudaremos y tú a nosotros —dice el conde Von Studnitz.

La carta con el sello de la cruz gamada llega a Hollywood como si fuera un mensaje venido del infierno. Y lo es.

La familia Crown está más que feliz de que Sirius esté con vida. Y, sin embargo, la carta termina con las palabras: «No hay nada que podáis hacer por vuestro querido perro salvo rezar. Está al servicio de nuestra patria. Con cariño, Benno».

¿Patria? Ni siquiera Jack Warner, el creador de Hércules, podría soñar

con que ese perrito esté a punto de salvar Alemania. La antigua Roma estaba en el guion. Berlín es su destino.

El verano se acerca a su fin. Else y Andreas traen a su hijo al mundo: un niño, Johnny. El gozo inunda la vida de los orgullosos abuelos.

Georg ha terminado sus estudios de Medicina. Ahora es médico auxiliar en una clínica de Santa Mónica.

No hay luz sin sombras.

Citan a Carl Crown al despacho de Jack Warner. Nada más entrar, tiene lo que se llama una «mala sensación». Y está en lo cierto.

—¿Alguna noticia del perro? —pregunta abruptamente Warner.

Crown empieza a contar una historia que debe terminar en el servicio a la patria.

—¿Dónde está el perro? —brama Warner.

Crown ruega comprensión por la Segunda Guerra Mundial. Hitler quiere, Berlín tiene que...

—Deje en paz a Hitler —interrumpe ásperamente Warner—. Ese hombre ya ha hecho bastante daño, el perro no representa ningún papel en eso. Pero aquí, en este estudio, el perro sí representa un papel. ¡El papel protagonista, Hércules!

Piensa con furiosa decisión.

—El mundo —dice al cabo de un rato— quiere a Hércules. Me da igual quién interprete a ese perro. ¡Encuentre uno que se parezca al suyo! Un doble.

Crown se indigna.

—¿Un doble? Imposible. No existe tal cosa. Sirius es único.

—¿Único? —ruge Warner—. Tonterías. Cualquier perro es sustituible.

—Sirius no —replica directamente Crown.

Jack Warner lo mira con los gélidos ojos de un tiburón al que han privado de su presa.

Luego hace un movimiento con la mano como si estuviera espantando una mosca.

—Deje el Chevrolet en el patio. Y despeje esa ridícula casa de cristal. Enseguida.

Antes de darse cuenta, Carl Crown está en el paro y desahuciado.

Erwin Wünsche comienza a trabajar en la cancillería del Reich. La

vivienda del Führer está en el primer piso. Willy Kannenberg, el llamado «intendente doméstico», es el responsable de la casa del Führer. Instruye a Wünsche en sus nuevas tareas.

—La primera tarea por la mañana: planchar el mapamundi —dice—. El Führer odia que el mapamundi esté arrugado.

Wünsche toma nota.

—Desayuno —prosigue Kannenberg—. El Führer se acuesta tarde y se levanta tarde. Krause, el ayuda de cámara, le dará la señal. Pan sueco, mantequilla, miel, cacao. Siempre lo mismo. Pero eso ya lo sabe Lange, el cocinero.

Wünsche toma nota.

Siguiente punto del programa:

—A las doce en punto, Julius Schaub lee la agenda del día. Él es el ayudante en jefe del Führer. Es su superior directo. Por supuesto, la agenda del día depende de las citas del Führer. En principio, usted es responsable de todo lo que se mueve. Puede anotar sencillamente eso.

—Pero —se detiene Wünsche—, en realidad, de algún modo todo se mueve.

—¿Sí? —se sorprende Kannenberg. Señala la araña del techo—. ¿Le parece que eso se esté moviendo?

—No —admite Wünsche.

Kannenberg asiente, solemne.

—Cierto. Así que usted no está al cargo de todo. Hay cinco cosas fundamentales que se mueven: las ruedas, las imágenes, Blondi, el desayuno y el frente.

Wünsche toma nota.

—Con las ruedas —explica Kannenberg— me refiero al parque móvil. Erich Kempka es el chófer del Führer. Imágenes. Me refiero a imágenes animadas. Al Führer le gusta ver películas por las noches. Blondi. El perro personal del Führer. Necesita mucho movimiento.

—Comprendo —dice Wünsche—. Yo mismo tengo un perro.

—No, no —corrige Kannenberg—, de sacarlo a pasear se encarga Paul Feni, el vigilante de Blondi. Usted es su interlocutor. Y coordina. Citas médicas. Transporte. Al refugio alpino de Berghof, a la Guarida del Lobo. Esas cosas.

Wünsche toma nota.

—¿Qué falta? —Kannenberg pone a prueba la retentiva del novato.

—¡El desayuno y el frente! —exclama Wünsche.

—Cierto —dice como respuesta—. Hay que llevarle el desayuno al Führer. Es la única comida que le gusta tomar a solas. A mediodía y por las noches come acompañado. Por último, el frente...

Wünsche lo interrumpe sobresaltado.

—Ojalá no sea responsable de los soldados del frente. Quiero decir de que se muevan hacia delante.

—Claro que no. —Kannenberg lo tranquiliza—. De eso se ocupa personalmente el Führer. Su tarea, como ya he mencionado, es planchar el mapamundi.

—No veo qué movimiento hay en eso —dice, aplicado, Wünsche—. ¿De qué modo se mueve el mapamundi?

—Se abomba —responde Kannenberg.

Alarma aérea. Los bombarderos ingleses regresan. De pronto, las sirenas antiaéreas ululan en medio de la noche.

La señal es estremecedora y arranca a los Wünsche de su profundo sueño. Se acuestan completamente vestidos desde que en la radio avisaron de la gravedad del asunto. La maleta está hecha junto a la puerta de casa. Por eso están en la calle en un abrir y cerrar de ojos, de camino al refugio antiaéreo más cercano.

Los aviones que lanzan cohetes luminosos, los llamados «árboles de Navidad», ya dan vueltas en el cielo para iluminar los objetivos para los bombarderos. Enseguida los siguen los mortales aviones de combate que llevan las bombas incendiarias y explosivas.

El refugio de la estación de Zoo puede acoger a dieciocho mil personas y, aun así, los Wünsche pueden considerarse afortunados de poder colarse en el último momento. La multitud es enorme, hace mucho que el espacio está repleto.

—¡Nada de mascotas! —ruge el vigilante de la entrada. Se refiere a Sirius.

Erwin Wünsche protesta sin éxito. El vigilante se mantiene firme.

—¡Ni mascotas ni judíos! ¡Solo tenemos espacio para personas!

Sirius tiene que quedarse fuera.

El miedo cierra las gargantas en el refugio. El calor quita el aliento. Por los pozos de ventilación llega el apestoso olor de la ciudad en llamas.

Gertrud tiembla de miedo, se aferra a su marido, quien mira pálido el techo de hormigón, que tiembla peligrosamente con cada una de las explosiones. Las bombas caen muy cerca. Ulrich y Rudi se tapan las orejas, llorando.

Sirius baja por la Kurfürstendamm. Podría esconderse en un portal, podría buscar protección bajo los puentes, podría refugiarse en un sótano.

Pero no. Pasea por en medio de la calle. Los fuegos artificiales de las bombas de fósforo iluminan el cielo nocturno. Las esquirlas al rojo vivo prenden fuego a los árboles. El teatro de la Kurfürstendamm arde, la Ópera en la Bismarckstrasse, la Universidad. El monumento a los caídos.

Sirius corre por entre el mar de llamas. Orgulloso y valiente. No teme a la lluvia de bombas de los aliados.

¿Por qué iba a hacerlo? Él es aliado suyo.

En Stalingrado, se da la vuelta al destino del ejército alemán en cuestión de días. El Sexto Ejército ha destruido casi completamente la ciudad, Hitler ya celebra la victoria de la operación Hubertus con un frenético discurso en la cervecería Löwenbräu de Munich.

En el último momento, el Ejército Rojo tiene éxito con su operación Urano, su contraofensiva. Encierra al enemigo en una tenaza y de pronto el ejército alemán queda embolsado. El invierno ruso ruge. Los soldados mueren de frío y de hambre.

Hermann Goering, el comandante en jefe de las fuerzas aéreas, ha anunciado la operación Tormenta de Invierno, la ayuda salvadora desde el aire. Pero no puede cumplir su promesa. La bolsa de Stalingrado se convierte en una trampa mortal. Cada siete segundos muere un soldado alemán.

Durante esos días, Erwin Wünsche plancha con especial cuidado el mapamundi en la zona del Volga. La línea del frente no puede arrugarse bajo ningún concepto.

Krause, el ayuda de cámara, se acerca de puntillas y da la señal para el desayuno. Lange, el cocinero, ha puesto en la bandeja pan sueco, mantequilla, miel y cacao. La puerta se abre y sale el Führer.

Es la primera vez que Erwin Wünsche ve en persona al Führer. Adopta la postura de firmes.

Por la mañana temprano, el Führer es un hombre que no lleva la raya en su sitio, con el pelo enmarañado, e incluso su famoso bigote no tiene su forma definida hasta que se afeita. Lleva una bata, y los pies descalzos metidos en unas pantuflas con el emblema de la cruz gamada. Para desayunar se pone la gorra de plato con el distintivo de corona de roble. Bosteza.

—¿Es este el joven que debemos a Goering? —pregunta.

Wünsche saluda:

—¡Sí, mi Führer!

El Führer parece agotado. La noche anterior, hasta bien entrada la madrugada, ha estado pronunciando monólogos sobre la situación mundial. Sus huéspedes, que no toman la palabra, pero a quienes se ofrece a cambio verduras cocidas, son testigos de las denominadas «conversaciones en torno a la mesa». Los pensamientos del Führer son plasmados por una taquígrafa para la eternidad.

La mayoría de las veces, las noches terminan en el cine del edificio, en el que el Führer se relaja viendo películas de Hollywood. Ayer proyectaron *Blancanieves*, de Walt Disney, su favorita.

—¿Qué ponen hoy? —pregunta, apuntando con el pan sueco al hombre responsable de las imágenes en movimiento. Wünsche, que entretanto ya está familiarizado con los gustos del Führer, propone *El Gordo y el Flaco*.

—Muy bien. —El Führer se alegra.

La bombilla roja del teléfono se enciende, lo que significa «llamada para el Führer». Es muy inusual a esa hora. Todos saben que la jornada oficial de trabajo del Führer no empieza hasta que, alegre y fresco, ha tomado asiento a su escritorio en la cancillería. Aún está desayunando y en bata.

—Coronel general Paulus —susurra Rochus Misch, el guardaespaldas, y le pasa el auricular.

Malas noticias desde la bolsa de Stalingrado. El Führer alza la mirada al cielo.

—Sí, sí —dice de vez en cuando. Luego ladra—: ¿Retirada? No entra en consideración. Mi orden es ¡resistir! —Y cuelga.

—Ha llegado el señor Wollenhaupt —anuncia el ayuda de cámara. El peluquero del Führer está listo para perfilarle el bigote.

Sirius va a casa de Benno Fritsche todos los miércoles. El perro ha sido un golpe de suerte, el Círculo se ha dado cuenta enseguida de ello. Su amo es ayudante personal del Führer, por las tardes cuenta en casa las últimas novedades de la cancillería. Y el perro las escucha.

Ahora, el portador de los secretos solo tiene que aprender a contar lo que sabe. Se acuerdan de Kurwenal, el famoso teckel que sabía leer y escribir.

¿Por qué no? El profesor Wundt, el experto del Círculo, se ofrece a realizar la actividad docente. El azar quiere que conozca en persona a la fundadora de la nueva psicología animal, Mathilde Freiin von Freytag-Loringhoven. Ella fue la que enseñó a Kurwenal a hablar con ayuda del alfabeto morse ladrado.

En este caso no sirve.

—Demasiado ruidoso —objeta el conde Von Studnitz. Los vecinos podrían sospechar.

Ted Bloomfield, el estadounidense, propone construir una gran máquina de escribir con unas teclas lo bastante grandes como para que el perro pueda pulsarlas con la pata.

—Como un piano —dice.

—¿Por qué no un piano? —reflexiona Wundt—. Con una letra en cada tecla.

—Imaginaos el ruido —se estremece el conde Von Studnitz—. Una absoluta cacofonía.

—¿Y qué? —dice Benno Fritsche—. Aún se podrá practicar con el piano en este país.

—No, si suena como Arnold Schönberg —dice divertido Bloomfield—. Tuvo que exiliarse después de su *Concierto para piano*.

El Círculo decide intentarlo con el instrumento. El profesor Wundt formará a Sirius para que espíe con ayuda del piano.

Cuando acude a su próxima reunión, en la casa ya hay un piano negro de cola. Las teclas están marcadas con letras y los macillos están envueltos para amortiguar el sonido. Así que Sirius toca con sordina.

Es cierto que el concierto suena extraño. El profesor explica las reglas básicas de la fonética, emitiendo vocales alargadas, y Sirius le acompaña al piano.

El resto de los presentes rodean en círculo a los dos músicos, tal como

corresponde al Círculo. Escuchan cautivados cómo Sirius aprende su nueva tarea.

¿Saldrá bien? Quién sabe. En cualquier caso, pasará un tiempo hasta que el perro sea capaz de deletrear musicalmente la palabra «Hitler».

Cuando Benno Fritsche se encuentra esos días a la señora Zinke, ella le pregunta con curiosidad:

— ¿Toca usted el piano últimamente?

Benno Fritsche se inclina con humildad.

— Se hace lo que se puede. O lo que no se puede.

— Pensaba que estaba tocando usted jazz — dice la señora Zinke—. Eso estaría prohibido.

— ¿Jazz? — se indigna Fritsche, teatral—. No, toco exclusivamente a Beethoven.

La señora Zinke ha vuelto a aprender algo.

— Ah, ¿suena así? Me lo imaginaba diferente.

Fritsche se quita el sombrero a modo de despedida, levanta el índice y dice:

— «De la pena la arruga se borra, en cuanto del canto la magia triunfa.» Schiller.

— ¡Árboles de Navidad! ¡Árboles de Navidad! — grita el vendedor delante de la droguería de Hollywood—. Buenos para la felicidad. Mejor que cualquier droga.

Rahel se detiene y mira al hombre, que la saluda amablemente. Ella niega con la cabeza. Se le llenan los ojos de lágrimas. Sigue su camino sin decir palabra.

La felicidad es cosa de ayer. Carl y Rahel lo han perdido todo. Están con las manos vacías, como cuando llegaron a Hollywood. ¿Han llegado al final? ¿O al principio? Quién sabe.

Elsa y Andreas los han acogido en su casa. En realidad, su casa solo es lo bastante grande para su joven dicha, pero ahora es preciso meter también en ella la desgracia de los mayores. Los pobres padres viven en el cuarto de los niños, que estaba pensado para Johnny. La cama de este está en el salón.

No hay sitio para un árbol de Navidad. Como mucho para una rama de abeto en un florero.

Nochebuena en la máxima estrechez, en la mayor escasez.

También acuden Georg y Electra. Durante este tiempo se han vuelto inseparables. Andreas trae dos sillas de la cocina.

—Qué bonita casa —dice cortésmente Electra.

—Pero pequeña —se disculpa Else.

—El espacio es algo relativo. —Electra la consuela. Una idea que no solo ha sacado del seminario de Bertrand Russell. Su padre es Conrad Nicholson Hilton, el magnate hotelero. Hay habitaciones de sobra en los Hilton.

Carl entona obstinadamente «Abeto fiel», poniendo énfasis en «abeto», no sin amargura. Johnny oye cantar a su abuelo por primera vez, le da miedo, llora.

La familia está unida. Aunque no al pie del árbol, sí al menos junto a la rama de abeto, en la que una vela se esfuerza por crear un ambiente festivo. Solo falta uno: Sirius.

Se le recuerda con un minuto de silencio. Que Dios lo proteja. Que su luz lo ilumine dondequiera que esté. La vela del abeto tiembla, como si la oración hubiera sido escuchada.

De hecho, justo en ese momento también Sirius piensa en su lejana familia. Feliz Navidad, les desea. ¿Volverá a acompañarlos el sheriff?

No, por favor, el sheriff también en esa casa tan pequeña, no.

—¡Hansi! —grita la voz severa del jefe de sección de asalto, y arranca al perro de sus pensamientos.

Naturalmente, los Wünsche tienen un abeto. Está en el jardín, y no solo es de color verde en mayo, no, también en diciembre da el mismo verdor. La familia se pone las botas y sale al jardín. Su esplendor blanco es el más bello adorno de sus ramas.

—¡Feliz Navidad! —ordena el cabeza de familia.

Luego hay ganso asado. Otro privilegio del que se goza cuando se es ayudante del Führer.

En el receptor popular de radio suena el *Programa continuo de Navidad*. Empieza con el solemne tañido de las campanas de las catedrales alemanas y, acto seguido, los soldados del frente y los que se han quedado en la patria se disponen a celebrar juntos la Nochebuena.

—Atención a todos —suena la voz del presentador—. Ahora escucharemos el testimonio de nuestros camaradas de los más alejados centros de transmisión. Voy a llamar al puerto ártico de Liinahamari.

Los camaradas del Círculo Polar responden, castañeteando los dientes por el frío, y saludan a sus familias en casa.

—Atención —vuelve a oírse la voz del moderador—. ¡Voy a llamar a Stalingrado!

Los camaradas atrapados en la bolsa desean feliz Navidad.

A continuación se oye la voz de Túnez, Catania, Creta, Marsella, Zakopane y el golfo de Vizcaya.

—¡El mundo entero! —se asombra Ulrich.

—¿Ves? —responde orgullosa la madre—. Por eso se le llama Guerra Mundial.

Hablan desde la península de Crimea. Como un solo hombre, los soldados entonan el villancico «Noche de paz, noche de amor».

El presentador está conmovido.

—Todas las emisoras se adhieren a este deseo espontáneo de nuestros camaradas allá abajo, a orillas del mar Negro.

«Ha nacido el niño de Dios» suena cada vez con más fuerza, entonado cada vez por más bocas.

—Ahora están cantando en el océano Ártico —celebra el presentador—. Ahora cantan en el frente de Rjev. Ahora conectamos con Stalingrado. Ahora les sigue Francia. Ahora canta África. Y ahora todos vosotros —atruena—. ¡Cantad!

El Führer ha vuelto de sus vacaciones en Obersalzberg, y el ayudante Wünsche vuelve a estar de servicio.

Por el momento, Blondi se queda en Berghof. ¿Qué se le ha perdido al perro en la sombría cancillería del Reich cuando puede estar jugando al aire libre con Negus y Stasi, los dos terriers de Eva Braun?

Cierto. Pero ahora el Führer no tiene perro, y eso le pone de malhumor. Ama a los perros. Nada le alegra tanto como un perro al que poder enseñarle a hacer cosas.

Aún se acuerda a veces de Fuchsl, el pequeño terrier que vino corriendo hacia él en Alsacia cuando aún era un simple soldado de permiso. Fuchsl era listo y estaba ansioso por aprender. Pronto fue capaz de trepar por una escalera de mano. Un testigo del espectáculo ofreció doscientos marcos por el perro. «No lo vendería ni por doscientos mil marcos», fue la respuesta. Poco después, Fuchsl desapareció

repentinamente. La columna tuvo que volver al frente; el amo, sin perro. Una tragedia.

Blondi no es capaz de subir por ninguna escalera. ¿Por qué iba a hacerlo? Es un pastor alemán, no un payaso de circo. Así cambian los tiempos. Tampoco Adolf Hitler es ya un soldado raso, sino el Führer. Necesita un perro que represente algo. Un perro que represente con orgullo a su raza.

Al Führer le gusta posar con Blondi en las fotos oficiales. En secreto, echa de menos a Fuchsl.

—¡Ah, Fuchsl! —suspira nostálgico el Führer—. Traígame el mapamundi, Wünsche.

Wünsche trae el mapamundi. El Führer desliza el índice por Alsacia mientras murmura nombres de localidades de tiempos pasados hace mucho: Sundgau, Mülhausen, Schiltigheim.

—¡Aquí! —exclama—. ¡Horndorf! Allí fue donde lo perdí.

Wünsche guarda un silencio comprensivo. Se pregunta en serio si Hansi, el perro sin amo, podría ser Fuchsl, que hubiera ido caminando lentamente de Horndorf a Berlín en busca de su amo. No, para eso Hansi debería tener ahora, un momento, treinta años. Imposible. ¿O no?

—Treinta años —se atreve a decir Wünsche—. Tal vez aún viva.

—Absurdo —gruñe el Führer—. No sabe usted nada de perros.

Wünsche, en voz baja:

—Tengo uno.

—¿Ah, sí? —dice el Führer—. ¿Qué clase de perro?

Wünsche describe a Hansi. La pelambre hirsuta, con manchas blancas y marrones, las vivaces orejas, el largo hocico, el alegre rabo.

—¡Como Fuchsl! —exclama conmovido el Führer.

Con todo respeto, Wünsche se permite observar que el mariscal del Reich en persona encontró que Hansi era bueno, remitiéndose a su árbol genealógico, que se remontaría hasta el siglo XII.

—Mis respetos —dice el Führer—. Traiga por aquí a Hansi cuando tenga ocasión.

¿Ha oído bien Wünsche? ¿Adolf Hitler, el Führer del pueblo alemán, el general más grande de todos los tiempos, le ha hablado en privado a él, Erwin Wünsche? ¿De un amigo de los perros a otro, por así decirlo? El pecho le tiembla de orgullo.

Hansi debe recibir una hermosa recompensa a cambio. El cocinero se

despista y coge un gran trozo de salchicha. Salchicha del Führer.

Se lo entrega solemnemente por la noche.

—Querido Hansi —empieza el encargado de su *laudatio*—. Tu nombre ha salido hoy a colación en una conversación con el Führer.

Gertrud se cubre, incrédula, el rostro con las manos.

—El Führer y yo —prosigue— hemos charlado acerca de ti. Recalco: charlado. Tú nos has acercado al Führer y a mí desde el punto de vista humano. Recalco: humano.

En agradecimiento, desenvuelve la salchicha y la pone a los pies del perro.

Ulrich y Rudi se quedan mirando hechizados a su padre, que de pronto adopta dimensiones históricas. El Führer y yo. También miran con otros ojos al perro. Es el héroe de la jornada.

—¡Y ahora viene lo mejor! —dice el padre—. ¡El Führer quiere conocerte en persona, Hansi!

Gertrud expresa su asombro dejando caer la mandíbula y quedándose con la boca abierta. Sin habla.

El perro con el que nadie sabe muy bien qué hacer es de pronto un huésped bienvenido en el cuartel general del Führer.

Tiene la palabra el doctor Joseph Goebbels, ministro de Educación Popular y Propaganda. Se dirige al pueblo alemán desde el Palacio de Deportes de Berlín:

—El pueblo alemán —dice— tiene que defender sus bienes más sagrados, sus familias, sus esposas y sus hijos, la belleza y la intangibilidad de su paisaje, sus ciudades y pueblos, la herencia bimilenaria de su cultura y todo lo que hace que la vida sea digna de vivirse.

Luego se pone furioso. Con los lores y arzobispos de Londres, con el bolchevismo internacional, con el judaísmo aparentemente civilizado, con la agresión de la estepa contra nuestro digno continente. Con todo.

—Yo os pregunto —ruge Goebbels—, ¿queréis la guerra total? ¿La queréis, si es necesario, más total y radical de lo que hoy podemos imaginarla siquiera?

La respuesta es un rugiente «¡Sí!» que sale de mil bocas. Un aplauso huracanado.

Se emite la alocución por radio, es decir, en palabras del orador: «Millones de personas están unidas a nosotros a través de las ondas del éter».

También el Círculo.

—Ahora se han vuelto locos —dice el conde Von Studnitz moviendo la cabeza.

—Acabamos de oír al diablo —declara Benno Fritsche—. Mefisto.

—El portavoz del diablo —exclama Bloomfield—. ¡El verdadero diablo es Hitler!

Sirius se sobresalta. Aún conserva en la nariz el aroma de la salchicha que se ha tomado. ¿Era la salchicha del diablo? ¿Quiere el diablo conocerlo en persona? Un escalofrío le recorre el lomo.

El profesor Wundt ya no aguanta más sentado en el sillón, va nervioso de un lado para otro, inquieto por el nauseabundo discurso.

—Ahora hay que actuar —dice—. ¡Hay que eliminar a Hitler!

Pero ¿cómo? Bloomfield habla de los planes del Círculo de Heiding, con el que mantienen amistad, de matar a Hitler a tiros. También se considera la posibilidad de una bomba que haga saltar al Führer por los aires.

—Solo nos falta un eslabón en la cadena, por desgracia el decisivo —dice Bloomfield—. Un informante próximo a Hitler. Un hombre nuestro en el cuartel general del Führer.

¿Podría ser también un perro? Cuánto le gustaría a Sirius poder gritar ahora: «¡Aquí! ¡Voy a conocer al Führer en persona pronto! Me ha dado una salchicha. Quizá yo pueda ayudaros».

Pero no puede hablar. Aún no.

Excitado, salta al piano y aporrea las teclas.

—¡Quiere comunicarnos algo! —exclama sorprendido Benno Fritsche.

El Círculo escucha en tensión, mientras el profesor Wundt traduce letra a letra.

—Hitler. Salchicha.

—Sus primeras palabras —susurra conmovido el conde Von Studnitz.

—¿Qué pueden significar? —pregunta Bloomfield.

Los hombres se recuestan, conspirativos, en sus sillones, encienden sus cigarros y cavilan. ¿Ha de entenderse la afirmación del perro como un comentario referido a la personalidad del Führer, en el sentido, por ejemplo, de «salchichero»?

—Tendría razón —dice el conde—. Pero hay que añadir que un salchichero peligroso.

Naturalmente, también cabría imaginar que aquellas palabras tuvieran un contenido simbólico, como un poema en el que «salchicha» fuera «lo digno de aspiración», «la liberación». ¡Libéranos de Hitler!

—Desde la perspectiva de un perro tiene sentido —supone el profesor—. Tengan ustedes en cuenta que pronunció esas palabras cuando estábamos hablando del atentado contra Hitler.

—O simplemente Hitler le importa al perro una salchicha —dice Bloomfield.

Fritsche se sobresalta:

—¿Cómo? ¿Cómo podría ese criminal importarle una salchicha a cualquier persona?

—Tan solo digo —tranquiliza Bloomfield— que no es posible dejar de analizar todos los posibles sentidos.

Sirius se siente incomprendido. Hay una cosa clara: tiene que aprender aún más deprisa a expresarse con claridad.

En Hollywood, el destino vuelve a dar un giro favorable. La feliz situación la desencadena Electra. Sencillamente, electriza.

—Haz algo por los Crown, papi, ¿vale? —le ha pedido a su padre.

En realidad, Conrad Nicholson Hilton tiene la cabeza en otra cosa. Acaba de comprar el Waldorf Astoria y el Plaza de Nueva York, las dos joyas de la corona, y con ellas quiere convertirse en el rey de los hoteles de Estados Unidos. Además, acaba de casarse con Zsa Zsa Gabor, lo que tampoco es una tarea fácil. Esas dos personas que no logran superar la pérdida de su perro le dan bastante igual.

—¡Hazlo por mí! —suplica Electra—. ¡Por favor!

Su sonrisa ha hechizado ya a filósofos y ahora se demuestra que incluso los reyes están indefensos, por no hablar de los padres.

—Deja de sonreír —dice Hilton—. Sabes perfectamente que cuando sonrías no sé negarme a nada.

Está bien así. De modo que Carl Crown trabaja ahora de conserje en el recién inaugurado hotel Hilton The Townhouse, en Beverly Hills. Han inventado para Rahel el puesto de dama de atención. Recibe a los huéspedes y los atiende. Los Crown viven también en el hotel.

Crown lleva un uniforme de color burdeos con borlas doradas y la gorra a juego. Rahel lleva un vestido del mismo color y una blusa con el escudo del hotel bordado.

Else no está preparada para esto cuando va a visitar a sus padres por primera vez. Al verlos se le llenan los ojos de lágrimas. Ver a su padre erguido bajo su gorra y a su madre atendiendo a la gente con un escudo en el pecho... es desgarrador.

—Lo sé —Crown sonríe—, parezco una berenjena en el casino de oficiales.

—¡Tenéis un aspecto estupendo! —exclama Else—. Como en el cine. *Made in Hollywood*.

—De hecho, es como en el cine —dice Rahel—. Nos han puesto de patitas en la calle y de pronto vivimos en un palacio con cien dormitorios.

Crown asiente, valeroso.

La puerta giratoria se pone en movimiento y entra un hombre que, con mirada experta, sondea la zona en busca de rostros conocidos para después dirigirse a Crown con los ojos como platos y los brazos abiertos.

—¿A quién veo aquí? —exclama.

Es John Clark. De camino al bar, naturalmente. Se supone que es el mejor de la ciudad. Mira con el ceño fruncido a ese Crown de color burdeos.

—¿Es este el nuevo uniforme de los ángeles de la guarda? —pregunta.

—Al contrario —responde Crown—. Le debo este uniforme a mi ángel de la guarda.

Clark se queda perplejo.

—Tienes que explicarme eso. *Let's go and have a drink!*

Crown entra en el bar al terminar la jornada. Está realmente contento de poder abrir su corazón a su amigo de los buenos y viejos tiempos.

Bien. El circo de Florida. Manzini y la máquina del tiempo. El turco. Berlín. Hércules. Hitler. Hilton.

John Clark trata de seguirle.

—Oh, cielos —dice—, no lo comprendo. Quizá esté ya demasiado borracho.

—¡Hércules está en Berlín! —grita Crown.

—Tonterías —responde Clark—. Estoy rodando una película con él,

que transcurre en el antiguo Egipto. *Hércules y Cleopatra*.

—¿Cómo? —exclama Crown—. ¡Jack Warner, maldito cerdo! ¡Ese es su doble!

—¿El doble de quién? —pregunta John Clark.

A veces la vida es, sencillamente, demasiado complicada.

El Führer ha superado la aniquilación del Sexto Ejército en Stalingrado. Vuelve a estar de mejor humor, sobre todo después de haber aplastado la sublevación del gueto de Varsovia.

Así que ¿por qué no le lleva al perro, cuando sea oportuno, tal como ha propuesto el propio Führer?

Wünsche le pone la correa a Hansi y Gertrud lo cepilla para que esté guapo.

El paseo hasta el cuartel general del Führer tiene lugar a la luz del sol. Se nota que se acerca la primavera. Los primeros árboles están brotando. Wünsche permite al perro detenerse con calma en los troncos: debe presentarse ante el Führer con la vejiga vacía. Nada de meteduras de pata, por favor, tan solo levantarla.

El Führer ya está sentado a su escritorio. Las manos se apoyan en la taracea de ébano, que representa una espada desenvainada.

—¡Mira qué perrito! —exclama alegremente.

—Mi Führer, me permito presentarle a Hansi —saluda Wünsche.

El Führer se incorpora y le da unas palmadas en el cuello al perro.

—Perrito bueno —repite una y otra vez—. Bueno, vamos a ver qué es lo que sabes hacer, Hansi.

Le quita la correa, se pone directamente delante de Hansi, levanta el dedo índice y ordena:

—¡Siéntate!

Hansi se sienta.

—Perrito bueno —dice él. Luego, señala con el dedo su sillón y exclama—: ¡Hop!

Hansi salta al sillón y se instala en el escritorio ante el que el Führer se encontraba sentado hace un momento. Pone la pata de manera teatral encima de la espada de ébano.

El Führer se troncha de la risa.

El perro tiene una sensación rara. Ese es el hombre del que lleva toda

la vida huyendo. El mismo que ha prendido fuego a su mundo. Ahora se sienta frente a él y juega con fuego. Un juego peligroso.

La puerta de la antecámara se abre y el secretario anuncia:

— ¡Mi Führer, el almirante Canaris!

Canaris, el jefe del servicio de inteligencia militar, entra en la sala y se queda perplejo al ver a un perro sentado al escritorio, y además adoptando la pose del Führer.

— ¡Tranquilo, no es un golpe de Estado! — dice el Führer muerto de risa.

— Está bien — responde Canaris, sin mover un músculo—. Traigo novedades importantes.

El Führer vuelve a tomar asiento, con el perro a sus pies.

— Tenemos información — dice Canaris— de que la invasión aliada no va a ser a través de Sicilia, como pensamos.

— ¿No va a ser a través de Sicilia? — se asombra el Führer—. Entonces ¿por dónde?

— Entrarán por Cerdeña — dice Canaris—. Tenemos que retirar nuestras tropas de Sicilia y estacionarlas en Cerdeña de inmediato.

— ¿Qué clase de información es esa? — pregunta el Führer.

— Un maletín — dice Canaris—. Colgaba de una cadena y esta lo hacía de un hombre. Su cuerpo fue arrojado por el mar a tierra en el sur de España. El hombre era un mayor de la infantería de marina británica. Los documentos son inequívocos: Cerdeña.

— ¡Demonios! — exclama el Führer—. Es una historia increíble.

— Lo sé — dice Canaris—. Increíble, pero cierta.

El Führer golpea la mesa, indignado.

— Así que — ruge— los señores Eisenhower y Montgomery quieren tomarnos por tontos. Quieren que pensemos que ya están en el norte de África y que solo les queda un salto hasta Sicilia. ¡Qué evidente! Seguro que los alemanes picamos ese anzuelo, ¿eh? En vez de eso desembarcan en Cerdeña y se ríen en nuestra cara. ¿Es así?

— Así es — dice Canaris.

— Muy bien — gruñe el Führer, con voz temblorosa y maligna alegría—. ¡Se van a enterar! ¡Esperaremos a esos caballeros en Cerdeña!

El almirante Canaris saluda militarmente.

— ¿Cuál es la orden, mi Führer?

— Orden al mariscal de campo Kesselring. ¡Movimiento de tropas de

Sicilia a Cerdeña! E informe de todo ello a Mussolini.

Por fin Sirius tiene algo emocionante que contar el miércoles siguiente y, por suerte, ya sabe cómo contarlo. Ha hecho progresos con el piano.

El Círculo intuye que el perro revienta de novedades, porque no se sienta como de costumbre entre los reunidos, sino que se lanza directo al instrumento.

«He estado en el cuartel general del Führer —teclea—. Con Hitler.»

—¿Con Hitler? —exclama el profesor, como herido por un rayo—. No puedo creerlo.

«Con Hitler —confirma Sirius—. En persona.»

En un *staccato* de las patas describe el encuentro. El Círculo lo escucha con devoción, como si un médium en trance estuviera estableciendo contacto con el más allá.

De pronto, el Führer habla a través de Sirius. Las palabras que mueven el mundo tras los gruesos muros de la cancillería del Reich —en estricto secreto— encuentran un camino maravilloso a través de los oídos de un perro, y luego de las teclas de un piano. El enemigo escucha.

Canaris. Sicilia. Cerdeña.

Ted Bloomfield escucha. Ruega absoluta precisión a Sirius.

—El más mínimo detalle es importante —dice—. ¡Esto es sensacional!

Sirius habla del mayor británico muerto que sacaron del mar en Huelva, del maletín colgando de una cadena, de los documentos con la información: invasión de Cerdeña.

—¿Y bien? —pregunta excitado Bloomfield—. ¿Reacción?

Orden. Tropas. Cerdeña.

—¿En serio? —exclama Bloomfield—. ¿Salir de Sicilia?

Sirius lo confirma. Orden. Tropas. Cerdeña.

Bloomfield se pone en pie de un salto, alza los brazos al cielo y jalea:

—¡Victoria! ¡Victoria! Ha funcionado. ¡Ha funcionado! ¡La operación Mincemeat ha funcionado!

—¿Qué ha funcionado? —pregunta desconcertado el conde Von Studnitz. También Fritsche y Wundt se miran perplejos.

Bloomfield aún tiene que recuperarse. No es la primera vez que sabe más cosas que el resto del Círculo. No puede contarles exactamente por

qué, como siempre dice. Pero según todos los indicios hay un hilo directo entre él y el servicio secreto británico.

—La operación Mincemeat —explica—, el mayor muerto, es una añagaza. Una maniobra de distracción. El MI5 lo ha ideado todo. Todos los documentos son falsos. Deben llevar a Hitler hasta la pista falsa.

—Así que en realidad va a ser Sicilia —se da cuenta Benno Fritsche—. Y ahora Hitler está retirando sus tropas.

—No puedo contar nada más —dice Bloomfield, con aire significativo—. Solo una cosa. La gran cuestión era: ¿le llegará la noticia a Hitler? Y si lo hace, ¿se la creerá? Ahora, gracias a Sirius, la pregunta se puede responder con un sí. Esto va a gustarle mucho a Churchill.

Sirius está orgulloso. Su noticia le va a gustar a Churchill. No solo ha conocido en persona al Führer, sino que ahora lo ha puesto en persona contra las cuerdas. La verdad es que a él le parece que no se puede esperar más de un perrito judío.

Al día siguiente, el primer ministro británico recibe un telegrama con las palabras: «Mincemeat tragado por completo».

—¿Cómo lo sabemos? —pregunta Churchill.

«De una fuente segura —responden—. Tenemos un espía justo bajo el escritorio de Hitler.»

—¿Cómo? —Churchill se sorprende—. ¿En serio?

«En serio —contestan—. Un micrófono viviente. Un perro.»

—Un combatiente de la resistencia de cuatro patas —dice Churchill, y sonríe—. Un perro en la cueva del león. Valiente muchacho.

Sirius, no, Hansi visita desde entonces regularmente la cancillería del Reich. El Führer se ha encaprichado con el perrito, tal como dice él mismo. Le gusta tener siempre a Hansi a su alrededor. Mientras tanto, también Bormann, su lugarteniente, y Ribbentrop, su ministro de Exteriores, se han acostumbrado a que el perrito asista a sus deliberaciones.

Cuando llega la noticia de que el Afrikakorps se ve obligado a capitular en Túnez, en mitad de la conferencia de mayo a la que también asiste el mariscal Rommel, el Führer pide a Hansi que se ponga de pie.

—¡Mire, Rommel! —dice entusiasmado el Führer.

—No sé si eso será de gran ayuda para nuestros soldados de África —

dice Rommel—. Siempre dije que debíamos retirarnos al desierto.

—A mí me ayuda —responde el Führer—. ¡Tome ejemplo del optimismo de este perro!

Ribbentrop y Rommel se miran perplejos.

El Führer llega incluso a pedir consejo al perro sobre asuntos militares. En la reunión de situación de junio, el mariscal de campo Von Manstein está presente, y se habla sobre la operación Ciudadela. Se trata de atacar la ciudad rusa de Kursk. La última gran ofensiva posible contra el Ejército Rojo.

El Estado Mayor lo desaconseja. El Führer se vuelve a Hansi:

—¿Qué opinas tú? —pregunta.

El perro mueve la cola. El Führer le presta oídos, y la mayor batalla de tanques de la Historia se pone en marcha. El ejército alemán se lanza a recorrer el infierno.

En julio, los aliados desembarcan en Sicilia. O sea que no lo hacen en Cerdeña. Han engañado a las tropas alemanas. La Fortaleza Europa empieza a tambalearse. Mussolini es apartado del poder.

El Führer está deprimido. Entretanto, hasta sus más íntimos colaboradores albergan dudas respecto a la «victoria final». Solo Hansi le brinda consuelo.

—Perrito bueno —dice el Führer—. Tú sí me entiendes. Eres el único que me entiende.

Si él supiera. De hecho, el perrito le entiende, palabra por palabra. Todos los miércoles hay lección de piano y el Círculo se entera de las últimas novedades. De ese modo, al final, Churchill también entiende al Führer.

En agosto, Sirius advierte acerca de la llamada «arma milagrosa», un cohete tipo V2 que se está preparando en el campo de pruebas del ejército en Peenemünde. La fuerza aérea británica bombardea enseguida esos terrenos.

En septiembre, Sirius anuncia la ocupación prevista de Roma. El nombre en clave de esta maniobra es operación Achse. Pero los aliados no logran impedir el secuestro de Mussolini.

En octubre, Sirius logra el mejor de sus golpes: informa sobre la

operación Capricornio. Bajo ese nombre en clave tienen lugar los preparativos del bombardeo de Londres, planeado para enero.

La fuente del cuartel general del Führer borbotea sin cesar. Sirius se ha convertido en el espía más importante de los aliados.

Cuando Churchill se reúne en noviembre en El Cairo con el presidente de Estados Unidos, Roosevelt pregunta con curiosidad:

—¿Quién es en realidad ese superespía?

Churchill responde:

—Se va usted a reír. Un perro. En Berlín.

Roosevelt frunce el ceño.

—Un momento. ¿Un perro en Berlín? Entonces creo que sé cuál es. Solo puede ser uno. ¡Hércules!

Sirius está escribiendo la Historia Universal.

Y, entretanto, lo hace a toda prisa. Sus patas se deslizan todos los miércoles literalmente aladas sobre las teclas. Ya no hay *staccato* alguno, sino *molto furioso*.

Cuando la señora Zinke vuelve a encontrarse con Benno Fritsche, está muy impresionada.

—¡Hoy ha tocado usted algo especialmente hermoso! —le reconoce—. ¿Otra vez Beethoven?

—¿Qué va a ser, si no? —responde Fritsche, con el más encantador de sus guiños.

Pero entonces.

A los servicios de inteligencia alemanes no se les ha escapado que tiene que haber una fuga de información en el cuartel general del Führer. Un agujero terrible por el que se escapan los secretos de Estado.

¿Dónde puede estar? Y sobre todo: ¿quién puede ser?

El almirante Canaris convierte la investigación en prioridad número uno. Como todo lo que se plantea en el mayor secreto en las altas instancias, la acción necesita un nombre encubierto. ¿Cuál podría ser? El Führer adora los nombres del mundo animal. Operación Capricornio, plan Gaviota, operación Zorro Polar. ¿Por qué no «operación Hansi»? Suena bien.

Por supuesto, ni la sombra de una sospecha recae sobre el perro. ¿Cómo va un animal a difundir secretos de Estado?

Más bien es su amo el sospechoso. ¿No empezó el espionaje exactamente en el mismo momento en que Erwin Wünsche se incorporó al servicio? Para ser sinceros: también Traudl Junge, la secretaria del Führer, empezó a trabajar ese mismo día. Y Julius Manti, el nuevo jefe de la escolta del Führer.

Canaris se rompe la cabeza. Antes no había ninguna fuga y desde entonces la hay. Así que uno de los tres es el traidor. Punto. Menos mal que él mismo se encarga de la investigación, de lo contrario no habría resultados tan deprisa.

—Mi Führer —dice—, aquí tiene mi informe sobre la operación Hansi.

Presenta los nombres de los tres sospechosos. Traudl Junge queda descartada. No estaba presente durante los informes de situación. Tampoco el potencial infractor Manti entra en consideración. Solo estuvo presente a veces, así que no puede haberlo revelado todo. Queda Erwin Wünsche.

—Cierto —dice el Führer, con el recelo oculto en la voz—. Ese tipo siempre andaba por aquí, con el pretexto de que era el amo del perrito.

—Para ser sinceros —objeta Canaris—, debe estar presente. Es su ayudante personal, mi Führer.

—Es cierto —piensa en voz alta el Führer—, pero ese tipo nunca me gustó. Oculta algo, es traicionero, se nota enseguida. El perro no encaja con él. Hay algo que no funciona.

—Ya ve, mi Führer —ratifica Canaris—, su instinto nunca le ha engañado.

—¡Haga ejecutar a ese hombre! —ordena el Führer—. ¡En el acto!

—¿Ejecutar? —se sobresalta Canaris—. ¿No necesitamos pruebas inequívocas?

—Mi instinto es suficiente prueba para mí —responde el Führer—. Pero bien, como usted diga. Haga pasar a ese hombre.

A Wünsche lo llevan a presencia de Hitler, flanqueado por dos oficiales de las SS de la división Totenkopf.

—¡Mi Führer! —saluda Wünsche.

—¡Mi Führer! —se burla el Führer—. ¡Deje ya sus hipócritas gimoteos!

Wünsche tiembla.

—¡Ha traicionado nuestro Reich al enemigo! —brama el Führer—.

¡Roma! ¡Peenemünde!

—¿Peenemünde? —pregunta Wünsche, pálido como un cadáver.

—¡Peenemünde! —sigue tronando el Führer—. No se haga el inocente. ¿Por quién supieron los ingleses que estábamos construyendo, ¡bajo tierra!, cohetes allí? ¡Por usted, naturalmente!

—¿Por mí? —pregunta desanimado Wünsche.

—¿Por quién si no? —le increpa el Führer—. En realidad, tendría que ordenar que lo ejecutaran por alta traición. Pero no quiero hacerle eso a Hansi. Canaris, lleve a este hombre al campo de concentración de Peenemünde. ¡Allí es donde debe estar, con toda su familia!

Canaris:

—¡A la orden, mi Führer!

—¿Y el perro? —balbucea perplejo Wünsche.

—¡Se queda conmigo! —dice, feliz, el Führer.

Ahora Sirius es el perro personal del Führer.

Vaya un giro del destino. ¿Debería estar agradecido? Sirius cavila. En adelante, precisamente el hombre del que emana el mayor peligro para el mundo entero va a ser su protector. Una idea inquietante.

Por otra parte: es mejor que quien camina por el infierno tenga de su parte al diablo. ¿O eso es solo una justificación para un pacto con él?

Sirius se siente demasiado pequeño para preguntas tan grandes. Lo único que quiere es sobrevivir.

El menú —no puede negarlo— forma parte de las ventajas de la vida en el cuartel general del Führer. A pesar de todas las leyendas que corren, este no es un vegetariano estricto. Adora las salchichas blancas y los pasteles de caza. En todo caso se prohíbe muchas de esas comidas porque teme los gases. Sin embargo, la dieta cruda que toma en su lugar de hecho produce gases. Un círculo infernal.

Así que la carne del plato del Führer suele ir a parar al cuenco del perro. Y el perrito se alegra.

Sirius interpreta tan bien el papel de Hansi que Heinrich Hoffmann entra en escena. Es el fotógrafo personal del Führer. El perro es un motivo exquisito, sin duda, trae un poquito de sol a la sombría cancillería del Reich. Por fin Sirius vuelve a estar ante las cámaras. Lo disfruta.

Otra ventaja que tiene el Führer es su búnker. Cuando llueven

bombas sobre Berlín —y eso viene ocurriendo a lo largo de todo diciembre—, en el cuartel subterráneo no se nota nada.

El perro tiene permiso para acompañarle, naturalmente. Se tiende a los pies del Führer. También están los miembros más próximos del Estado Mayor, así como el personal. Cada uno con sus pensamientos. Sirius se acuerda de las noches en que vagaba indefenso por la ciudad, bajo la lluvia de bombas. Ahora tiene un techo sobre su cabeza, incluso uno de hormigón.

A la mañana siguiente llegan, en cada ocasión, las terribles noticias. La Iglesia Memorial está en llamas, el jardín zoológico ha sido destruido, los almacenes del Oeste ya no existen. Entretanto, gran parte de la ciudad está en ruinas.

Incluso en Nochebuena los ingleses bombardean Berlín. El ambiente en el búnker es en consecuencia deprimente. Krause, el ayuda de cámara, le anuda la corbata al Führer. Kempka, el chófer, tararea «Noche de paz, noche de amor». Irma Zeisse, la cocinera dietética, ha decorado un arbolito. Tiembla cuando en la ciudad, por encima de sus cabezas, la tierra también lo hace.

El Führer mira furibundo al vacío. Su rostro ni siquiera se ilumina cuando abre el regalo de Navidad de Joseph Goebbels: doce películas de Mickey Mouse.

Sin duda dice: «¡Vaya!», y Goebbels anota en su diario: «Se alegra, y está muy contento con ese tesoro», pero la verdad es que no está contento. Quiere la victoria final. Se alegraría con eso, solo con eso.

*Hércules y Cleopatra* se estrena en Hollywood.

El espectáculo es tan lamentable que al terminar el pase los espectadores prenden fuego a sus entradas y las tiran a la taquilla.

El crítico de *The Hollywood Reporter* escribe: «Uno lamenta que no hubiera coches en el Antiguo Egipto. O cualquier otra tecnología que permitiera atropellar a un perro».

El crítico de *The New York Times* tan solo titula: «*Cave canem!*».

Carl Crown hojea complacido los periódicos y constata que Sirius sigue siendo el rey de Hollywood. Su sucesor ha fracasado miserablemente.

Está viendo a Jack Warner tirarse de los pelos, desesperado. Hércules

es insustituible.

Pero esa no es la razón por la que la familia está de fiesta.

Hay novedades importantes: Georg ha adoptado la ciudadanía estadounidense. Ya no es alemán, sino norteamericano.

Eso hay que celebrarlo como es debido. Hay una mesa lista en el Rondó, el restaurante del hotel Hilton Townhouse.

La mesa está puesta para ocho personas. Carl, Rahel, Else, Andreas, Georg y Electra toman asiento a ella. Faltan dos huéspedes sorpresa.

Ahí vienen. Conrad Nicholson Hilton y Zsa Zsa Gabor en persona. Ella lleva en brazos a su pinscher color melocotón, Caruso.

—¡Papi! —grita radiante Electra.

—Hola, cariño —responde sonriente papá Hilton, y se deja caer en la silla que hay a la cabecera de la mesa, como si fuera lo más natural.

—¡Míster Hilton! —saluda reverente Crown. Al fin y al cabo, ese hombre es el jefe de un ejército de uniformados de color burdeos, y Crown es uno de ellos.

—Conny —corrige con amabilidad Hilton.

Pide champán para todos. Los reunidos se miran confusos, con la excepción de Georg y Electra, que obviamente lo saben por anticipado.

—Conny —dice Georg, y levanta su copa—, ayer pedí la mano de tu hija...

Electra se ríe nerviosa.

—Eres el rey de América —continúa Georg—. Quiero a tu hija. Quiero casarme con ella. Y tú has contestado: «De acuerdo».

El grupo estalla en júbilo. Rahel oculta su emoción tras un pañuelo.

Conrad Hilton se levanta, imponente, como uno de sus famosos hoteles de Manhattan.

—Mi abuela —dice— se apellidaba Laufersweiler. Era una mujer sencilla de Dörrebach, un pueblo de campesinos del Hunsrück. Por las venas de nuestra familia corre sangre alemana.

»Pero —continúa, y da un puñetazo en la mesa—. Hitler ha destruido mis raíces alemanas. Hitler es nuestro enemigo. ¡Debemos ganar la guerra!

—Conny —asegura, animado, Georg—, te he jurado que lucharé. Por amor a tu hija: iré a la guerra. Y, cuando la hayamos ganado, Electra y yo nos casaremos.

—Okay —responde Conny—. Apresúrate.

—¡Cuídate! —advierte Zsa Zsa.

Al día siguiente, George Crown se alista como médico militar voluntario en el 9.º Ejército de las fuerzas de combate estadounidenses en Europa.

La situación de las tropas alemanas es cada vez más sombría. En el frente oriental se prevé una catástrofe: el Grupo de Ejércitos amenaza con derrumbarse, más de un millón de soldados han perdido ya la vida y los refuerzos no son más que niños temblorosos de uniforme.

—¡Basta ya de este absurdo derramamiento de sangre! —exige el teniente general Bamler.

En el sur, los aliados han avanzado ya hasta la Italia central. El ejército alemán se bate en retirada. Ruge la batalla de Monte Cassino.

En el oeste, el mariscal Rommel hace todos los preparativos necesarios para la apertura de un nuevo frente. Se cuenta con la invasión de Francia por parte de los aliados.

El Führer espera un milagro. Solo un milagro puede ya salvar Alemania.

—¿Qué dicen los astros? —pregunta.

Heinrich Himmler se siente aludido. Siempre es todo oídos cuando se trata de mística. No se le nota. Solo se le conoce como el sobrio Reichsführer SS, el encargado de la Solución Final, que se esfuerza en mantener los hornos de gas encendidos en medio de la guerra.

—¿Los astros? —responde Himmler—. Habría que preguntar a los astrólogos. Pero ya no están vivos. Por orden suya, mi Führer, si me permite recordárselo.

—Sí, sí —dice con gesto de desdén el Führer—. Con razón. Envenenaban el alma popular alemana con su eterno pesimismo. Pero, quién sabe, quizá los astros hayan cambiado de opinión.

—Hay un tipo —murmura Himmler, como si tuviera que hurgar en su memoria buscando el nombre—. Un tal profesor Wulff. Hice que lo metieran en el campo de concentración de Fuhlsbüttel. Iré a visitarlo, quizá siga vivo.

El profesor Wulff continúa vivo. Y Himmler lo sabe muy bien. Recibe uno de sus horóscopos una vez al mes. Incluso se ha encargado de que el astrólogo pueda salir del campo bajo estricta vigilancia para prestar sus

servicios como colaborador científico del alto mando de la armada. En secreto, a espaldas del Führer.

El alto mando da trabajo a un departamento que, recurriendo a fuerzas sobrenaturales, debe rastrear las flotillas de submarinos de la marina enemiga. En él trabajan videntes y adivinos. Un día tras otro, hacen oscilar sus péndulos sobre las cartas marinas. También se recurre a la astrología.

Enseguida, el profesor Wulff se presenta ante el Führer. Es corpulento, viste con refinamiento y lleva un monóculo. El Führer se había imaginado al preso del campo de concentración un poco, bueno, un poco más miserable.

—Le va a usted bien, según veo —dice el Führer. Vuelve a asaltarle la desagradable sensación de que no debería confiar demasiado en Himmler. Pero ese es otro tema.

—Gracias por llamarme a su presencia. —El profesor se refugia en la poesía—. Predestinada por el curso de las estrellas, ¿qué te importa a ti, estrella, la oscuridad? Nietzsche.

—El curso de las estrellas, sí. —El Führer se queda con la frase—. De eso exactamente quería hablar con usted. ¿Está el ejército alemán bajo una buena estrella? ¿Cuáles son los signos?

El profesor se ha preparado bien: despliega el mapa estelar, coge el compás, traza círculos en torno a los planetas con movimientos exagerados, señala especialmente los nodos lunares, considera la latitud y los datos históricos. Realiza una advertencia en contra de Marte, felicita a Saturno.

El Führer le interrumpe:

—Deje toda esa cháchara —ladra—, solo quiero saber una cosa: ¿vamos a ganar la guerra?

Difícil cuestión. Naturalmente, el astrólogo sabe que si responde con malas noticias se le castigará con la muerte; si lo hace con buenas, quizá se le recompense con la vida. Sea como fuere, cualquier profecía caerá de manera irrevocable sobre sus espaldas en cuanto se revele equivocada. ¿Qué hacer?

El profesor Wulff vuelve a intentar ganar tiempo.

—Tiene usted un perro nuevo, ¿verdad? —pregunta.

El Führer está perplejo.

—¿Cómo lo sabe?

Wulff señala la carta astral y declara solemnemente:

—El Can Mayor está en su signo. Puede verlo con claridad, aquí está Sirio.

Como si le hubieran llamado, Sirius asoma la cabeza por debajo del escritorio y levanta las orejas cuando se pronuncia su nombre. ¿Están hablando de él?

—¡Lo ve! —grita el profesor al ver al perro—. No está en su vida por casualidad. Los astros lo quieren así. Él es su destino.

—¿Mi destino? —pregunta el Führer.

—Así es —responde el profesor—. Ya los antiguos egipcios prestaban oídos a la advertencia de Sirio. Cuando se alzaba en la bóveda celeste, era el signo de la crecida anual del Nilo. Los sumerios lo veneraban como «el que surca los mares». Advierte del peligro que viene de las aguas.

—¡La invasión de Francia! —adivina el Führer—. ¡Me está advirtiéndome!

—Le está advirtiéndome —confirma el profesor.

—¿Y bien? —pregunta atemorizado el Führer—. ¿Habrá un milagro?

El profesor saca el monóculo y vuelve a examinar la carta astral con la mayor concentración.

—Veo indicios de un milagro —dice.

—¿Dónde? ¿Dónde? —pregunta el Führer.

—Aquí —dice el profesor, y rodea Marte con el dedo—. Está en constelación con Sirio. Según Ptolomeo, eso significa peligro mortal.

—¿Para el Führer? —se sobresalta el Führer.

—El mayor peligro —confirma el profesor—. Pero también veo un milagro en los astros.

El Führer está compungido. Vacila entre la furia incontenible hacia la chusma que quiere atentar contra su vida y el agradecimiento a los astros, que le han advertido.

El astrólogo insiste con la cabeza gacha en la revelación, sentimiento que acaba ganando la partida. Tiene suerte y le dicen que puede marcharse.

Aliviado, se seca el sudor de la frente. Ha sobrevivido. Naturalmente, en la carta astral también se veía que los días del Führer están contados, incluso el día exacto, pero eso se lo ha callado.

Las estrellas lo saben.

Así que ahora todo vuelve a girar alrededor de la guerra, la guerra total. Siempre que el mayor general de todos los tiempos tiene trabajo a manos llenas se aloja en la Guarida del Lobo. Así se llama su puesto de mando en la Prusia Oriental, donde a Lobo, como lo llaman sus viejos amigos, le gusta atrincherarse. No sin Sirius, se entiende.

La Guarida del Lobo es todo lo contrario a acogedora para un perro. La cosa empieza con el alambre de espino, de diez kilómetros de longitud, que delimita la ciudad de búnkeres, y termina en el cinturón de cien metros de minas que la rodea.

El Führer y su perrito residen en el búnker número 13.

—¡Cuide bien de Hansi! —ordena el Führer a su ayudante—. No quiero que pise una mina cuando salga a hacer pis.

—¡A sus órdenes, mi Führer! —responde el ayudante.

—Fue lo que le pasó al teckel de Ribbentrop —explica el Führer, y el movimiento de su mano imita a un perro explotando.

Así que Sirius está alerta. Por suerte, hay bastantes cosas que ver dentro del cinturón minado.

En el bloque 3 están los barracones de la guarnición y los puestos antiaéreos. En el bloque 2, el Estado Mayor del ejército y el batallón de escolta del Führer.

El bloque 1, el del Führer, es el más interesante. Allí está la central de telecomunicaciones, el casino con los comedores, el barracón de situación, el cine, el búnker del Führer, la peluquería y los búnkeres en los que se alojan los mandos superiores, es decir, Martin Bormann, jefe de gabinete de la cancillería, el mariscal Goering, el mariscal Wilhelm Keitel, etcétera.

A las puertas de los distintos bloques hay barreras con puestos de la SS. Controlan los pases y preguntan la contraseña del día. Naturalmente, eso no afecta a Sirius. Es el perro personal del Führer, tiene acceso a todas las zonas, excepto la sauna.

A Sirius todo aquello le recuerda un poco a los estudios de la Warner Brothers. Sin duda no es una buena comparación, pero Sirius no hace más que pensar en las muchas salas que hay detrás de la barrera, el bullicio de extras disfrazados de militares, el atrezo, la cantina, el búnker de oficinas del magnate de Hollywood. Parece que estuvieran filmando una película, *Hércules contra el resto del mundo*.

Inquietante pensamiento. ¿Representa el Führer, en su locura, el papel de Hércules? ¿Cree quizá que el mundo entero es Luckyville y que solo él puede salvarlo?

Entretanto, a Sirius todo le parece posible. Se pone en camino hacia la cantina. Quizá el azar quiera que un hueso de pollo caiga por la ventana.

Dos hombres vienen por el camino. Se detienen y le señalan con el dedo.

—Mira —dice el uno.

—Sí, ya veo —dice el otro.

Se acercan.

—No está mal —dice el uno.

—Sí, muy bien —dice el otro.

Sirius los mira con los ojos muy abiertos.

De alguna manera, la escena le resulta familiar. ¿No empezó, con esas mismas palabras, su fortuna en Hollywood? ¿Podría ser que ahora impliquen su desgracia? Es supersticioso.

Los hombres se retiran. Pertenecen al departamento de planificación, que está en el barracón 99. Allí se incuban ideas fantásticas de armas milagrosas jamás vistas. El alto mando del ejército está cada vez más desesperado.

El prototipo de un objeto volador construido en las fábricas Skoda ha resultado ser un desastre. Así que se diseña un nuevo plan: ¿por qué no lanzar perros entre las filas enemigas? Solo habría que inyectarles el gas nervioso tabún o sarín, que se liberaría al explotar el perro y lo aniquilaría todo a su alrededor. Podrían ahorrarse la producción de las caras carcasas de bombas.

¿Es eso lo que quieren probar con Sirius? Por suerte se filtra a tiempo la noticia de que se trata del perro personal del Führer.

Sirius observa lo que ocurre en el barracón de situación. Se llama así porque es donde el Führer discute la situación, y es lo que está haciendo en ese momento. El mapamundi yace extendido sobre la enorme mesa de mapas. Rommel cuenta con que la invasión aliada se producirá en el estrecho de Calais, porque allí es menor la distancia entre Francia e Inglaterra. Jodl le contradice, él cree que el desembarco también podría producirse en el sur de Francia. Un índice tras otro se deslizan a lo largo del Muro del Atlántico.

Ah, piensa Sirius, qué hermoso sería poder sentarse ahora al piano. El

Círculo sería feliz con cada indicación. ¿Cómo le irá al Círculo?

No hay de qué preocuparse. El Círculo sigue siendo redondo. Naturalmente, se inquietaron mucho cuando el perro dejó de aparecer de un día para otro. Pero luego su foto salió en los periódicos, una instantánea de Heinrich Hoffmann, y el resto ya se lo imaginaron. En cualquier caso, Sirius está bien.

Falta el piano, pero lo que importa ahora es la acción. Es preciso dar un golpe de Estado lo antes posible. No hay tiempo para dudas. En eso está de acuerdo incluso gran parte del ejército, de la nobleza y de la administración. Entretanto existen varios círculos. Su objetivo: atentar contra Adolf Hitler.

Solo hay uno que puede conseguirlo: Claus Schenk, conde de Stauffenberg.

La invasión de los aliados se lleva a cabo con una potencia militar que el mundo nunca había visto antes. La flota más poderosa de todos los tiempos, seis mil barcos, pelea por la costa. El cielo se oscurece y la fuerza aérea abre fuego, en un número de once mil aviones. Cientos de miles de soldados desembarcan en los días siguientes.

En Normandía. O sea que no en el estrecho de Calais, como sospechaba Rommel. Las tropas alemanas se han dejado engañar una vez más y tienen que volver a trasladarse.

Ahora la guerra mundial ruge en el corazón de Europa.

—¡París no puede caer en manos del enemigo, salvo que sea un montón de ruinas! —exige Hitler.

Pero su deseo ya no va a poder cumplirse.

Los libertadores avanzan y, allá donde entran, los reciben franceses jubilosos que sostienen en alto botellas descorchadas de vino tinto y les invitan a un vasito. Las chicas les lanzan besos y adornan los tanques con flores. Uno querría ser libertador. En el Oeste.

Por el este se acerca el Ejército Rojo. Ya está a las puertas de Lublin, en Polonia. Allí, a los libertadores no les espera ninguna fiesta. Entran en el campo de concentración de Majdanek y ante sus ojos se abre el infierno. Allí han sido asesinados más de un millón de judíos. En los hornos crematorios aún arden las brasas. Las imágenes del horror dan por primera vez la vuelta al mundo.

Berlín aún está lejos de ambos frentes, pero el lazo se cierra más cada día.

El doctor George Crown está destinado en el hospital estadounidense de la marina de Cherburgo como oficial sanitario. Allí se prestan sobre todo primeros auxilios. Heridas de bala, amputaciones de emergencia y cosas por el estilo. Todo tiene que hacerse de prisa, la vida y la muerte siempre están en el filo del bisturí. Y el ejército de heridos no hace más que crecer.

Pero el mundo es pequeño incluso en una guerra mundial. El doctor Crown se acerca a la cama de un hombre al que hay que hacerle una radiografía urgente. Lo reconoce al primer vistazo... Es James Stewart, la estrella de Hollywood.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunta Crown.

—Salté en el último momento de mi avión en llamas —responde cansado Stewart—. Con el asiento eyectable.

James Stewart es mayor del escuadrón de bombardeo 453. Ostenta la medalla de honor con hojas de roble, concedida por sus ataques aéreos sobre Alemania.

—Su rostro me resulta familiar —dice Stewart—. ¿De dónde?

Crown reflexiona, mientras empuja la cama hacia el aparato de rayos X.

—Creo que me confunde con mi padre —dice—. Seguro que usted conoce a nuestro perro, Hércules.

James Stewart sonrío.

—El perro, claro. Hércules, mi mejor competencia. ¿Qué anda haciendo ahora?

—Está en Berlín —dice Crown—. No sabemos más.

—¿En Berlín? —se sorprende Stewart—. Yo también he estado allí, pero arriba, en mi bombardero. Ojalá no le haya alcanzado. —Con un guiño, añade—: ¿Cómo es ese refrán? Uno siempre se encuentra dos veces en la vida.

Los rayos X dicen que no hay problema. El mayor puede subir al próximo B-24 libre.

—Salude de mi parte a Hércules cuando vuelva a verlo —dice antes de irse—. Esto ya no puede durar mucho.

Gran debate de situación en la Guarida del Lobo. Se trata del avance del Ejército Rojo y de la cuestión de en qué medida hay que emplear divisiones de bloqueo para aislar la Prusia Oriental. El conde Von Stauffenberg, el coronel al mando del Estado Mayor, ha venido expresamente a informar sobre ello desde Berlín.

Hace calor en el barracón de situación, y Stauffenberg pide permiso para refrescarse. El Führer frunce el ceño. No le parece que haga tanto calor y, al fin y al cabo, los demás oficiales de la sala tampoco están frescos. Pero el mariscal de campo Keitel le da permiso con una cabezada.

Stauffenberg regresa. Deja su maletín debajo de la mesa de conferencias, donde también se ha instalado Sirius. A este le sorprende que el hombre lleve un parche en un ojo y, además, le falta la mano derecha. ¿A quién le recuerda? Ah, claro, a Barbarroja, el domador de leones. ¿Será también ese hombre domador de leones? Sus pensamientos se centran en Benarés, el león, cuando oye un leve tictac dentro del maletín.

La discusión se prolonga. Stauffenberg vuelve a disculparse, esta vez tiene que salir un momento a llamar por teléfono. El Führer y Keitel se inclinan sobre el mapamundi. El perro olfatea el maletín y un olor acre se le mete en la nariz. Aúlla.

—¿Qué pasa, perrito? —se preocupa el Führer—. ¿Te he pisado una pata?

Alarich Heinzl, el ayudante del Führer, cambia de sitio el maletín, para que el perro tenga más espacio.

En ese momento, una explosión ensordecedora estremece la sala, la bomba que hay en el maletín estalla, y la onda expansiva es tan potente que lanza de golpe por la ventana a Alarich Heinzl.

Entonces el techo se desploma. Al teniente general Rudolf Schmudt lo alcanza una viga en la cabeza. La pesada mesa de mapas se hace astillas. Heinrich Berger, el taquígrafo, resulta muerto en el acto, mientras los otros hombres se arrastran fuera, heridos de gravedad.

¿Y el Führer?

Vaga por la zona con el tímpano reventado y las ropas hechas jirones, obviamente en estado de shock. Es un milagro que haya sobrevivido.

—Ha sido la providencia —jadea, cubierto de sangre—. Los astros lo han querido así.

El coronel general Jodl, de nuevo en pie, saluda:

—¡Mi Führer! El milagro se llama Hansi. Si no hubiera hecho ruido, la bomba habría explotado directamente delante de usted, y estaría muerto.

—¡Hansi! —grita desesperado el Führer—. ¿Dónde está mi perrito?

Una tropa de búsqueda se interna en las ruinas del barracón de situación para encontrar a Hansi. Entretanto, la Gestapo le pisa los talones a Stauffenberg.

El perro está enterrado bajo la mesa de mapas. Su corazón late con debilidad. Tiene los ojos pacíficamente cerrados y la lengua le cuelga de lado fuera de la boca.

Dos hombres lo colocan con cuidado sobre una camilla, lo cubren respetuosos con el estandarte que hacía un momento estaba en la mesa de mapas y marchan marcando el paso al encuentro de su amo.

Entretanto ha llegado el doctor Morell, el médico de cabecera del Führer. Examina a conciencia al perro, le aplica el estetoscopio, palpa sus órganos, le alumbra las pupilas, mide la temperatura de la lengua... Su rostro expresa preocupación.

El Führer sostiene la pata de Hansi. Lucha contra las lágrimas. Y pierde también esa batalla.

—Perrito bueno —solloza—, tú me avisaste.

El doctor Morell avanza un diagnóstico:

—Infarto de miocardio. El perro está en extremo peligro de muerte.

El Führer ordena:

—¡Ordeno que preparen un vuelo! ¡Hansi tiene que llegar enseguida al hospital de la Charité! ¡Que Sauerbruch haga todo lo que pueda, repito, todo lo que pueda!

Ya se oye que las hélices se ponen en marcha. El perro abre un momento los ojos, con lo que parecen sus últimas fuerzas, y al encontrarse con la mirada lacrimosa del Führer vuelve a caer desvanecido.

El golpe de Estado ha fracasado. Y ha sido culpa suya.

¿No dicen que en sus últimos segundos el ser humano pasa revista a toda su vida? Con los perros ocurre lo mismo.

Sirius va en avión a Berlín. Ante sus ojos pasan las palmeras de Sunset Boulevard. Piensa en la visita al cementerio de perros que le había aconsejado hacer John Clark. Un enterramiento honorífico en Hollywood, junto al perro de Humphrey Bogart, sería algo hermoso. Ve a la viuda que vivió dos veces. Su gratitud le sienta bien. Recuerda los prados de Lucerna y vuelve a percibir el olor del abono fresco en el hocico.

Manzini le hace señas. El mago sigue en la pista del circo, señala la máquina del tiempo encogiéndose de hombros y sonríe nostálgico, como si quisiera pedirle perdón, con el lema: «También los milagros pueden salir mal». Sirius muestra la mayor comprensión hacia el mago. También él acaba de causar un milagro que no estaba previsto por el inventor. Perdona al mago.

Ha sido una vida hermosa, plena.

—¡No te rindas! —dice el árbol.

—Me temo que mi tiempo ha pasado —dice en voz baja Sirius.

—Bah —responde el árbol—, mañana será otro día.

Sirius se sorprende.

—¿Qué quieres decir con eso?

—*Lo que el viento se llevó* —murmura inseguro el árbol.

—Mañana será otro día —dice Sirius—. Eso es.

—¿De veras? —se sorprende el árbol—. Bueno, los árboles no podemos ir al cine.

Sirius se imagina a un árbol sentado en el cine. El pobre espectador detrás de él solo ve la película por entre sus ramas. Se pierde las escenas fundamentales porque se las oculta el tronco. Se levanta, va a la taquilla y pide que le devuelvan el dinero. No le creen, lo acompañan a la sala, pero el árbol se ha ido porque no le gustaba la película.

Sirius se duerme tranquilo.

El profesor Sauerbruch y los médicos jefes ya están esperando, alineados, la llegada del perro. Lo traen en el coche oficial. La escolta del Führer, que ahora es excepcionalmente la del perro del Führer, saluda.

—¡Paciente Hansi! —anuncia el comandante—. ¡Es una emergencia!

La Charité está en estado de máxima alerta, como si el atentado hubiera afectado al Führer en persona. Algo que, en secreto, es lo que

hubiera preferido el profesor Sauerbruch. Pertenece al círculo íntimo del conde Von Stauffenberg; al fin y al cabo su prótesis manual la había hecho él.

Trasladan de inmediato el perro a cuidados intensivos. Yace de costado, conectado a toda clase de tubos y aparatos. Una mascarilla de oxígeno le cubre el hocico. Por suerte, el monitor aún muestra latido cardíaco.

—Neumotórax por tensión —diagnostica Sauerbruch—. Ambos pulmones colapsados. Vasos cardíacos gravemente afectados. Peligro de muerte agudo. Nada de rayos X, nada de nada. Directo al quirófano.

¡Infarto de miocardio! Ese doctor Morell es simplemente un charlatán. Todo el mundo lo sabe, pero el Führer depende de él. Confía a ciegas en el Doctor Milagro, ansioso por su «inyección milagrosa» diaria. Sabe el diablo qué sustancias contendrá. Es probable que pervitina o cocaína. Pero ese es otro tema.

Nadie sabe abrir un tórax mejor que Sauerbruch. Esa es precisamente su especialidad. Tampoco le irrita que sea el tórax de un perro. Es experto en cajas torácicas de todas clases. Un pulmón es un pulmón. Lo que le preocupa es el sistema circulatorio del paciente. El corazón late de manera débil. Dos veces, incluso, llega a pararse y en el monitor tan solo se ve una línea verde, sin pulso, mortalmente inmóvil. Pero luego el pulso vuelve a latir. Sirius lucha por su vida.

La operación se alarga varias horas y el profesor está al límite de sus fuerzas cuando suelta el escalpelo.

—El perro lo ha conseguido —dice—. Sobrevivirá.

Justo en ese momento —y a pocas calles de distancia—, el coronel general Fromm da orden de abrir fuego a un comando especial. El conde Von Stauffenberg es ejecutado en el acto. Muere gritando: «¡Viva la sagrada Alemania!».

Conrad Nicholson Hilton ha invitado a la fiesta del verano a Carl y Rahel Crown, los futuros suegros de su hija Electra. No sospechan que va a ser su última gran fiesta en Hollywood, de lo contrario disfrutarían más de la velada.

Se sienten un poco envarados y tímidos. Los otros invitados los conocen a ambos, si es el caso, únicamente como personal del hotel,

vestidos de uniforme rojo burdeos. Hilton presenta a los Crown como «amigos de la familia». Cuando se le preguntan más datos, añade: «El señor Crown es un famoso investigador sobre Platón, venido de Berlín. ¿O no es así?». Salvo error, eso es lo que le ha dicho su hija, que al fin y al cabo está estudiando Filosofía. Lleva ya seis años.

—¿Un conserje investigador sobre Platón? —se sorprende Rex Whittaker, el director del hotel Plaza de Nueva York.

Su esposa le mira suspicaz.

—Platón. —Ríe entre dientes, achispada—. ¿No es esa la palabra que usan los médicos? —Señala confusa la bragueta de su marido.

—No, *darling* —responde mister Whittaker, y susurra—: Eso se llama «pene».

—Ah —dice ella, alzando la mirada al cielo.

—Platón —corrige Conrad Nicholson Hilton— era un filósofo de la Edad Media.

La banda toca «Bésame mucho». La gente baila.

—¿No tenía usted un perro famoso? —pregunta Rita Hayworth, quien entretanto se ha casado con Orson Welles—. ¿Goliat, o algo parecido?

—Hércules —responde Crown.

Triste, pero cierto, Hércules ha caído poco a poco en el olvido en Hollywood. Ese torpe doble ha contribuido a ello. Jack Warner ha congelado el mito.

—Está en Berlín —aporta Rahel—. De gira.

Rita Hayworth sonríe, compasiva.

—¿Gira? Eso es solo otra forma de decir adiós, ¿verdad?

—Eso esperamos —dice Crown.

Los Crown no quieren hacerse los importantes, pero desde hace poco tienen un yerno famoso. Andreas Cohn. Hace poco ha sido su debut como solista, acompañado por la Orquesta Filarmónica de Los Ángeles. *El Concierto para violín número 3* de Mozart.

*The New York Times* lo ha festejado: «Hemos escuchado a Menuhin. Hemos escuchado a Heifetz. Hemos escuchado a Oistrach. Siempre con los oídos. Ahora hemos escuchado a Andreas Cohn. Con el corazón».

Lo llaman «el violinista diabólico», porque su virtuosismo alcanza rasgos demoníacos, pero también por su aspecto infernalmente romántico. Las damas caen a sus pies.

—¿No se han traído al violinista diabólico? —pregunta Lana Turner—. Me gustaría oír alguna vez su violín de cerca. De muy cerca, si entienden a lo que me refiero.

—¿Es cierto que piensa en Hitler cuando toca? —pregunta Ava Gardner—. Quiero decir, durante los pasajes más furibundos.

—No piensa, se limita a sentir —dice Crown.

—*Oh là là* —se burla Mae West—. ¿Eso que llevas en el bolsillo es un violín o es que te alegras de verme?

La banda toca «As Time Goes By». La gente baila.

Entonces sale un hombre a la pista de baile. También él se limita a sentir. Levanta los brazos, gira como una peonza, se sacude como un derviche, y todo eso a los sonos de una balada melancólica. Ah, sí, el grotesco austríaco que lleva el sombrero echado hacia atrás, Billy Wilder. Gira en círculo con la señora Whittaker.

—Eh, Crown —exclama—, llevaba tiempo sin verte. ¿Cómo te va?

—Es investigador sobre Platón —le susurra la señora Whittaker al austríaco.

—Plancton —le corrige cortésmente Crown.

—*Nobody is perfect*. —El austríaco se ríe.

Electra lleva con orgullo el distintivo de las novias de guerra en su vestido.

—¿Su esposo está en la guerra? —le dice John Wayne.

—Mi prometido —responde Electra.

—¿Normandía? —pregunta Wayne.

—¿Por qué voy yo a saberlo? —dice audaz Electra—. No soy una de esas mujeres que espían a sus maridos. No tengo que saber constantemente dónde está y lo que hace. Confío en él.

—Claro —se inclina Wayne, y se marcha moviendo la cabeza.

Más tarde, ve a Electra bailar con el joven actor Freddie Winston, más agarrados de lo que corresponde cuando tu novio está en ese momento luchando en Normandía. O en cualquier otro sitio.

Sirius pasa todo el verano en la Charité. Y lo disfruta a fondo. La clínica privada del profesor Sauerbruch es un lujo en muchos sentidos: comida del hotel Adlon, guapas enfermeras que podrían hacer carrera en el cine cuando quisieran, etcétera; pero lo más importante es estar al

cuidado del médico más famoso del mundo. Si a uno le pasara —con énfasis en «pasara»— algo aquí, no sería a causa de la falibilidad humana, sino del destino.

Es sencillamente maravilloso. Uno se siente liberado de todas las dudas, de todos los miedos, de todas las cavilaciones, de todos los pensamientos sombríos. El corazón es libre. La cabeza se nota ligera. La vida, normalmente un asunto de grandes trabajos, carece de pronto de dificultades. Mientras uno está en manos de Sauerbruch. Lástima que solo se pueda disfrutar de tal cosa si se está enfermo.

El pintor Jobst Korthé, también paciente del profesor, lo ha expresado de forma muy bella. A menudo conversa con el perro de la habitación de al lado.

—Aquí —dice— está el tubo de la pintura negra. No lo he tocado ni una vez desde que estoy aquí. Antes, gastaba veinte tubos a la semana.

A Sirius le gusta el cuadro. Seguramente es expresionista. Korthé se sienta frente al caballete y pinta lo que ve cuando mira por la ventana. De hecho, incluso el puente sobre el Spree, que en realidad es negro, sale verde en el cuadro.

—Me gustaría retratarle —dice Korthé. Llama de usted a Sirius. Solo Sauerbruch los tutea a todos.

Así que Sirius posa para el pintor. El cuadro se llamará *Perro ante Berlín*. Sirius toma asiento en el alféizar de la ventana.

¿A qué le recuerda eso? Tiene que pensar durante mucho tiempo. Luego le vuelve a la memoria la casa de cristal. Villa Hércules. «Cuando Hércules esté en la ventana, su silueta se fundirá con el telón de fondo de Hollywood», había dicho, feliz, miss Green. ¿Se llamaba de verdad miss Green?

Es extraño que al final su silueta siempre se funda con el telón de fondo de la ciudad, no importa dónde esté.

Mira por la ventana, perdido en sus pensamientos. Qué devastado está ya Berlín. Barrios enteros se encuentran en ruinas. La carbonizada Iglesia Memorial se alza como el hueco de una muela en el mar gris de casas. Hay que ser un pintor expresionista para poder pintar esa vista sin colores negros.

Llaman a la puerta y entra el profesor Sauerbruch.

—Korthé —regaña—, ¡deberías estar en la cama, no pintando!

Contempla la obra de arte en el caballete. Incluso saca las gafas del

bolsillo de la pechera.

—¿Es que no tiene ojos en la cabeza? ¿Dónde hay una torre amarilla en Berlín?

—No está en Berlín, profesor, sino en mi imaginación —dice radiante Korthé.

—Ya veo —dice Sauerbruch—. ¿Y ese guante rojo, o lo que sea?

—El perro —responde ofendido Korthé.

—El perro —murmura Sauerbruch moviendo la cabeza—. Que no salga Hitler en el cuadro, o eres hombre muerto.

—No, no —balbucea Korthé—, yo estoy en el exilio interior.

Luego Sauerbruch se vuelve hacia Sirius.

—Hablando de Hitler. El Führer me ha llamado. Quería saber si ya estás curado y he respondido, como es la verdad, que sí. A primera hora de la mañana te daremos el alta.

Sirius gimotea de espanto.

—Lo siento —dice Sauerbruch—. Tú eras nuestra alegría. Te echaremos de menos.

Mira a los tristes ojos del perro.

—Adiós, guantecito rojo. Cuídate.

El Ejército Rojo ha avanzado ya hasta Prusia Oriental, lo que ha supuesto un duro revés. Ha sido preciso desalojar la Guarida del Lobo y el cuartel general vuelve a estar en la cancillería del Reich, en Berlín.

Sirius se asusta cuando vuelve a ver al Führer. Ese hombre es una sombra de sí mismo. Camina encorvado y ha envejecido. Le tiemblan el brazo y la pierna izquierdos. También su rostro está desfigurado por el dolor, debido a sus constantes cólicos intestinales. Está casi ciego del ojo derecho.

Es increíble, piensa el perro, que hagan falta enormes ejércitos de todos los países del mundo para liberarlo de este anciano.

El Führer ni siquiera tiene fuerzas para agacharse hacia su perrito y saludarlo.

—Eres tú —se limita a murmurar—. Bienvenido.

Ahora el doctor Morell le acompaña constantemente. Apenas cesa el efecto de la última inyección milagrosa, le pone la siguiente. Por un

momento el humor sombrío desaparece, y el Führer vuelve a considerar posible la victoria final.

—Solo su voluntad de hierro le mantiene en pie —susurra con admiración Goebbels.

El mariscal de campo Model y el coronel general Jodl se reúnen para discutir la situación. Traen noticias deprimentes.

—¡Estoy harto de esta continua posición defensiva! —truenan el Führer.

Se refiere al frente occidental, donde hay una derrota nueva cada día. Los aliados están ya en el Rin. ¡En el Rin! Inimaginable. Unos kilómetros más, y Lorelei estará en sus manos.

El Führer ordena la ofensiva. Y la bautiza como operación Wacht am Rhein. Debe ser la batalla que muestre al enemigo su puño de hierro.

Hay que movilizar todas las reservas del ejército. Es todo o nada. La aniquilación de los aliados o el fin.

El 16 de diciembre, a las 5.30 de la madrugada, empieza el ataque. El Führer en persona se desplaza hasta el puesto de mando Adlerhorst, en el frente, para conceder su suprema autoridad al golpe aniquilador.

Pero al cabo de una semana la ofensiva se hunde. El ejército que viene del oeste es demasiado poderoso, los atacantes son desesperadamente inferiores, la mayoría de ellos son niños de uniforme o viejos con casco.

En mitad de las Ardenas, una valerosa campesina es la mensajera de la paz que se acerca: en Nochebuena se planta entre las tropas y conjura a ambas partes a deponer las armas y olvidar la guerra durante unas horas. Con villancicos alemanes e ingleses, los soldados celebran la fiesta juntos hasta bien entrada la noche.

El Führer regresa a Berlín. Está amargamente decepcionado por sus hombres del frente. Han sido demasiado débiles. Faltó la voluntad de hierro. Al final de sus días, el Führer empieza incluso a pensar que la culpa la tiene el pueblo alemán, que no se ha mostrado digno de él.

Se traslada por última vez a su vivienda acorazada en el sótano de la cancillería. Intuye que va a ser su último destino.

La vivienda es pequeña, no solo para la escala del mayor caudillo de todos los tiempos: hasta un enanito se sentiría agobiado allí. La sala de situación —bueno, es verdad que un enanito no la necesita— mide

exactamente doce metros cuadrados. Las paredes están húmedas, porque la construcción se encuentra debajo de una capa freática. Unas bombas se encargan de drenar las fugas. Unas bombillas que emiten una luz estridente son la única fuente de iluminación. Unas gruesas puertas de plomo sellan las entradas de aire. El ambiente es cerrado y apesoso.

Allí está ahora el general y no sabe dónde enfocar su ira. Constanze Manziarly, la cocinera, le sirve su querido muesli.

—¿Qué es esto? —le increpa—. No quiero volver a ver esta papilla.

—Pero su intestino —implora la cocinera, y rompe a llorar.

¿Y qué? Varsovia se ha perdido. Aquisgrán también. Auschwitz ha sido liberado. Viena se tambalea. Qué importan los flatos.

Albert Speer, ministro de Armamento, viene a visitarle y se encuentra con un hombre roto.

—Si la guerra se pierde —dice el Führer—, también el pueblo lo estará. El pueblo alemán ha demostrado ser el más débil.

—No busquemos la paja en el ojo ajeno —aconseja Speer.

—¿La paja? —ruge el Führer—. Oh, no. Tampoco habrá paja.

—¿Qué quiere usted decir? —pregunta Speer.

—Porque he ordenado —atruena el Führer con sus últimas fuerzas, últimamente también tiene asma—: ¡Tierra quemada! ¡Destruirlo todo! El enemigo se sorprenderá al ver el país que ha conquistado. Un país pelado y sin valor.

—¿Y el pueblo alemán? —balbucea Speer.

—¡Nada de consideraciones! —exige el Führer—. Seguirá viviendo del modo más primitivo. Ese es su destino.

Speer sale del sótano negando con la cabeza.

No es el único de sus leales que, durante esas semanas, vuelve la espalda al Führer. Heinrich Himmler ha establecido por cuenta propia contactos secretos con Dwight D. Eisenhower, el comandante en jefe de las fuerzas aliadas en Europa. Ofrece la capitulación unilateral, como si Adolf Hitler ya no tuviera nada que decir en ello. Eisenhower, astuto, comunica la noticia a la prensa, y el Führer se entera de ello. Indignado, destituye enseguida a Himmler de todos sus cargos.

Hermann Goering se ha instalado en Obersalzberg. A la sombra del Berghof, redacta un telegrama al Führer en el que se proclama audazmente como su sucesor, con plenos poderes, salvo que le llegue la noticia de que el Führer esté dispuesto a dejar Berlín antes de las 22

horas. La noticia no llega, pero más o menos a esa hora detienen a Goering.

Solo Goebbels y Bormann se mantienen leales al Führer. Incluso viven con él en la estrecha vivienda del búnker. A modo de refuerzo, Goebbels ha traído consigo a su familia, su esposa Magda y sus seis hijos.

Los niños deben distraer al tío Adolf. Un plan absurdo, sobre todo cuando desemboca en que llenen de agua su bañera y se bañen chillando en ella. Eso podría más bien reforzar sus ideas de suicidio.

Desde finales de marzo, también Eva Braun vive en la comuna subterránea. Siempre ha soñado con ser la esposa oficial del Führer, pero desgraciadamente él estaba casado con Alemania.

Y en medio el perro.

—Hansi —llama el Führer, cuando por la noche se sienta a cavilar en su sillón. ¿Quién más está dispuesto a prestarle oídos con tanta paciencia? A la luz de la bombilla, el general pasa revista a sus mayores triunfos, le explica las líneas del frente de los años pasados, se regodea en sus recuerdos. A veces llora sin freno.

El perrito siente compasión por ese hombre viejo y enfermo cuyo mundo se está derrumbando. Sirius odia a Hansi por eso; Hércules saltaría al cuello al viejo para vengar a Levi. ¿No son todos uno y el mismo perro? Debe tener cuidado para no perder la razón.

No solo él.

Pero así son las cosas en este búnker. Es difícil saber quién perderá la razón y cuándo, o si la persona en cuestión ha estado alguna vez en sus cabales.

El doctor Goebbels, por ejemplo. Cuando en la superficie, lo que en el búnker equivale al techo, golpean las bombas, llama a su mujer y sus hijos y cantan juntos aún más alto, a pleno pulmón:

*Los dragones de azul cabalgan  
cruzando las puertas,  
y las fanfarrias los acompañan  
hasta las colinas.*

No es del todo así, en realidad. Dos millones de soldados del Ejército Rojo están a las puertas de Berlín, las divisiones acorazadas avanzan. El

cielo está cubierto por los aviones y sus bombas convierten la ciudad en un campo de ruinas. Berlín se hunde entre los escombros.

Una noche de abril, amo y perro vuelven a sentarse juntos, cuando el Führer dice solemnemente:

—Hansi, esta noche ha llegado el momento: vamos a casarnos.

El perro se sobresalta. ¿Cómo? ¿Ahora el Führer pretende casarse con él? Sería lo que le faltaba.

—Quiero que seas mi testigo —ruega conmovido el Führer.

Hansi asiente, aliviado.

Poco después de medianoche aparece el jefe de distrito Walter Wagner, el funcionario del registro civil. Eva Braun lleva un bonito vestido azul marino con cuello de encaje blanco. El Führer aparece con traje gris. Junto con los dos testigos, Goebbels y Hansi, la pareja avanza para casarse.

El novio es viudo. Su primera esposa se llamaba Alemania. Ahora vuelve a arriesgarse a dar el paso a la vida conyugal.

Así que vuelve a haber un viudo que vive dos veces. ¿Debe advertirle Sirius con un gruñido? Se abstiene de hacerlo.

La ceremonia es breve y concisa. Tyrone Chester, el rey del lagrimal, le habría sacado más partido, de eso no hay duda.

Al día siguiente, el nuevo matrimonio Hitler se sienta a comer; la cocinera y las dos secretarias están invitadas a sentarse a su mesa. Hay sopa de puerro.

La conversación vuelve a verse ahogada por el fuego de artillería, se oye por los pozos de ventilación. Los rusos ya han izado la bandera soviética en el Reichstag, podrían asaltar el búnker en cualquier momento.

El señor y la señora Hitler hacen un último recorrido y, a modo de despedida, dan la mano a cada uno de los presentes y les dicen algunas palabras personales.

Lo que más le cuesta a Hitler es separarse del perrito.

—¿Qué va a ser de ti cuando yo ya no esté? —pregunta preocupado.

El perro no tiene ni idea. Su vida entera ha estado colgando de un hilo de seda, que siempre ha estado unido a ese hombre.

Lo que fue Levi, lo que es Sirius, lo que llegó a ser Hansi... todo fue

tan solo una sucesión, una progresión, un encadenamiento de cosas.

No sabe qué quedará de él cuando Hitler ya no esté.

Amo y perro se despiden. Ambos destinos estuvieron unidos de manera mágica y, al final, sus caminos incluso llegaron a cruzarse.

Los Hitler se retiran al salón. El ayudante Heinzl cierra la puerta con las palabras:

— Ahora no quieren que los molesten.

Luego se oye un tiro. Y, si el Ejército Rojo no hiciera tanto ruido, quizá también se hubiera oído el producido al morder la cápsula de cianuro.

Ha sido el final.

Y el principio. La hora cero.

El 8 de mayo, todo Londres vitorea al primer ministro Churchill, que sale al balcón del palacio de Buckingham con la familia real y levanta la mano para hacer el signo de la victoria. En París resuenan las campanas de todas las catedrales. «¡Hemos ganado la guerra!», clama el general De Gaulle junto al Arco del Triunfo y la gente estalla en una embriaguez de alegría. En Moscú, Stalin felicita a su pueblo: «¡Desde ahora, el gran estandarte de la libertad de los pueblos y la paz entre los pueblos ondeará en toda Europa!». En Nueva York, se erige en Times Square una Estatua de la Libertad casi de tamaño natural, rodeada por una tempestad de aplausos de la multitud.

¿Y en Berlín?

Un silencio fantasmal pesa sobre la ciudad cuando Sirius vuelve a salir a la calle por primera vez. La calma es tan grande que se estremece cuando, en alguna parte, una gota de agua cae sobre una chapa de hojalata.

Barrios enteros están quemados hasta los cimientos, aquí y allá se alza el esqueleto de un edificio, casi perplejo de entre las ruinas, como sorprendido de seguir existiendo.

En medio de la calle, un hombre se inclina sobre un caballo muerto. Va a despedazarlo. El animal aún humea. Con las manos desnudas, echa todo lo comestible a una carretilla, sin dejar de mirar a su alrededor para estar seguro de no tener que compartir con nadie el valioso botín.

Sirius sigue oyendo el chirrido de la carretilla cuando ya hace mucho que ha llegado al próximo cruce. ¿Es él mismo un valioso botín? La idea

le hace sentir escalofríos. Es mejor evitar a las personas en tales circunstancias. El hambre elimina los escrúpulos.

Es difícil orientarse en ese desierto de piedras. A menudo ya no se distingue el trazado de las calles. En medio del camino hay montones de escombros más altos que las ruinas de lo que un día fueron casas. A veces se oyen voces entre ellas. La gente se esconde por miedo a los rusos.

Sirius cruza la puerta de Brandenburgo. Aún se mantiene en pie. Tan solo una columna está cosida a tiros.

Hay tanques del Ejército Rojo apostados a ambos lados de la puerta. Uno de los soldados de guardia se abre ostentosamente el pantalón para mear en el histórico lugar. Los otros jalean. Corre una botella de vodka, no es la primera.

Sirius sigue andando, siempre por la Charlottenburger Chaussee abajo. ¿Adónde va? Ni él mismo lo sabe con exactitud. A menudo es más bien un enigma adónde va uno, y a veces el secreto se revela solo cuando se llega. O no. ¿No es así?

Un perro pequeño en una gran ciudad, en la que no queda piedra sobre piedra. Pisa con valentía los escombros. Ya no hay carteles que puedan ayudarlo. Ni la torre de una iglesia, ni unos grandes almacenes, ni un quiosco. Todo es un gran vacío por el que silba el viento.

Quizá hace mucho que recorre una calle conocida, pero ¿cómo va a advertirlo? Donde ya no hay casas, desaparecen también las calles. Donde ya no hay vida, el mundo es de pronto gris e igual. Una ruina es igual que otra.

¿No es esa la señora Zinke?

Una mujer barre la calle. En todo lo que hay a la vista no hay nadie, solo escombros y cenizas.

Deja caer la escoba, desanimada, cuando ve al perro.

—¡Esto sí que es una sorpresa! —dice. Frunce el ceño, está claro que está pensando—: ¡Sirius! ¿No es así?

El perro retrocede sobresaltado.

—Has cambiado de nombre tantas veces —protesta— que una se confunde.

Sigue barriendo.

—Tiene que haber orden —dice.

Sirius mira a su alrededor. Así que esta es la Klamtstrasse. Allí estaba su hogar. Incluso la casa en la que vivía se mantiene en pie. La fachada

está derruida, por eso no la ha reconocido enseguida. Al fijarse más, se ven los restos del fresco del techo, precisamente el fragmento en el que Adán señala con el dedo a su Creador.

La señora Zinke barre ahora escombros más pequeños.

Sirius la contempla con atención. ¿Ha sido liberada la señora Zinke? ¿Es el día de la liberación una jornada de alegría para la señora Zinke? ¿Han hecho los ejércitos de los aliados un favor a la señora Zinke? ¿Han muerto cincuenta millones de personas para que la señora Zinke pueda por fin barrer en libertad?

Desolada, la Klamtstrasse ya no es una calle, sino una vereda entre montañas de escombros y esqueletos aislados de casas ante las cuales se alza, aquí y allá, un tronco de árbol carbonizado.

Solo entonces Sirius se da cuenta: ¿dónde están los árboles enormes que, en primavera, convertían por arte de magia la calle en un denso pasillo de hojas verdes?

No queda más que un árbol.

Sirius se acerca dubitativo.

—¿Hola? —susurra.

—Sí —dice el árbol—. Soy yo.

—Qué suerte —se alegra el perro—, ya pensaba que te había tocado también a ti.

—Igualmente. —El árbol sonríe.

—No puedo evitarlo —dice el perro, y levanta la pata.

—Claro —responde el árbol—. Como si estuvieras en casa.

Sirius se detiene.

—¿En casa?

—Ahora estás en casa —dice el árbol—. La guerra ha terminado, pronto todo volverá a ser como antes.

—¿Tú crees? —dice el perro.

—Eso espero —responde el árbol.

El viento empuja una nube de polvo. La señora Zinke coge la escoba y barre.

—Deje ya eso, señora Zinke —dice el vecino—. No sirve para nada. — Le susurra al perro—: La vieja Zinke; primero su marido cayó en Stalingrado, luego perdió a sus dos hijos en el último reclutamiento. Aún eran niños. Desde entonces está gagá.

Los Crown ya no aguantan más tiempo en Hollywood. Ahora que las banderas de la libertad ondean en Europa, esas han sido las palabras del presidente Truman, la familia quiere volver a su patria. Volver a Berlín. Volver con Sirius.

Sin duda las imágenes de la ciudad destruida son un shock.

—¿Dónde van a ondear las banderas? —pregunta perplejo Carl—. No queda un solo mástil.

Pero las «banderas de la libertad» no necesitan mástil, como es sabido; ondean en los pensamientos, en las palabras, en los días de fiesta.

Una fotografía aérea muestra las ruinas de Charlottenburg.

—¡Aquí! —exclama excitada Rahel—. ¡Creo que puedo distinguir nuestra casa!

Tembloroso, su dedo señala el camino que Sirius ha hecho a cuatro patas.

—Sirius está en alguna parte entre esas ruinas —suspira—. Nos está esperando.

Carl saca la lupa. ¿No es curioso que también los utensilios del pasado vuelvan a tener importancia cuando se siente nostalgia? La lupa. Cuánto tiempo ha estado en un cajón. En Hollywood no hay nada en qué emplearla, todo es ya lo bastante grande.

Se inclina sobre la imagen, se fija en una diminuta mancha blanca, que también podría ser una mota de polvo. Énfasis en «podría», pero quizá sea Sirius.

—Me doy cuenta —dice, sonriente— de que mis ojos vuelven a echar de menos lo invisible.

Sigue llevando un uniforme de color burdeos con borlas doradas, lo que no subraya precisamente el sentido profundo de sus palabras. Con seguridad, es el único alemán uniformado que regresa sin culpa a casa.

El destino ha tenido sin duda algo que ver, porque de repente llegan dos cartas de Berlín. Una, con muchos sellos, que también indican más de un rodeo en el envío, va dirigida al profesor Carl Liliencron.

Estimado señor profesor:

El directorio de la Academia Prusiana de las Ciencias se ha reconstituido en el día de hoy. Sería un honor para nosotros poder

acogerlo en nuestro colegio como miembro de la Academia y como profesor honorario de investigación sobre el plancton.

Firmado:

Profesor P. SEEWALD  
Presidente de la Academia

La segunda carta, dirigida a la Filarmónica de Los Ángeles, la abre Andreas Cohn.

Estimado señor Cohn:

La Filarmónica de Berlín ofrecerá el 26 de mayo en Berlín su primer concierto después de la guerra. La obertura de *El sueño de una noche de verano* de Mendelssohn-Bartholdy. Se trata de un día memorable que ojalá le haga considerar a usted la posibilidad de formar parte de nuestra orquesta como primer violín, en esa fecha y más allá de ella.

Firmado:

LEO BORCHARD

Dos hombres con suerte. El exilio ha terminado. De hecho, Korngold ha tenido razón: Mendelssohn ha sobrevivido a Hitler.

Conrad Nicholson Hilton despacha frunciendo el ceño los planes de futuro de los Crown.

—¿Cómo? —dice, sorprendido—. ¿Queréis volver a la Edad de Piedra?

—La Edad de Piedra —responde Crown— fue, al fin y al cabo, la era en la que el Neandertal fue reemplazado por el *Homo sapiens*. Queremos hacer nuestra contribución para que ese milagro se repita.

Hilton no está seguro de haberlos entendido, pero siente que hay algo solemne en el aire, y se deja arrastrar a un gran gesto:

—¡Volaréis con Pan American! —exclama.

La compañía aérea acaba de anunciar que en el futuro habrá vuelos directos de Nueva York a Europa. La familia Hilton está invitada al vuelo

inaugural. Así que, en vez de ellos, es la familia Crown la que tiene el honor de volar.

Conrad Hilton guarda, naturalmente, un as en la manga, de lo contrario no sería Conrad Hilton. No lamenta que los Crown se desvanezcan tan rápido del mapa. Su hija Electra ha elegido a otro, va a casarse pronto con ese joven actor Freddie Winston.

Mala suerte para Georg. Ha ido a la guerra expresamente por Electra y ahora se vuelve de vacío. La carta de despedida de Electra ya está en camino. Un asunto delicado, que el padre de la novia prefiere liquidar de manera discreta.

Se informa de pasada de la situación:

—¿Qué tal está Georg?

—Bien —responde Crown—. Su unidad está estacionada en el Elba. Creo que pasará un tiempo hasta que lo veamos en Berlín. La ciudad aún pertenece a los rusos.

—A los rusos, sí —murmura Hilton—. Iván y como se llamen.

Le tranquiliza saber que el novio desdeñado está a una distancia prudencial.

—Así que —se apresura— ¡que todo le vaya bien en Berlín, Crown!

En la recepción del hotel, Crown se encuentra por casualidad con John Clark.

—¿Hoy no llevas el sombrero rojo? —pregunta Clark.

—Desde hoy —responde Crown, y esta vez se adelanta a su viejo amigo—: *Let's go and have a drink!* —Añade—: La última.

Clark mira asombrado el reloj.

—¿La última? ¿Cuántas te has tomado ya? No es más que mediodía.

—La última, para siempre —responde Crown, y le cuenta.

—¡Ni hablar! —decide Clark—. Vas a despedirte de Hollywood como es debido.

Juntos, bajan rugiendo por Sunset Boulevard con el cabriolet de Clark, de vuelta al pasado.

—*My Name is Carl Liliencron* —imita Clark al recién llegado.

Crown se venga con recuerdos de su época de ángel de la guarda en el Banana House.

—¿Te acuerdas de cuando pasamos por debajo de las esposas de Hércules, en Hollywood Boulevard? —pregunta Clark.

—Claro —dice Crown—, eso lo echaré de menos en Berlín.

— ¡Mucha suerte en Berlín! — Clark ríe.

— ¡Yo soy más salvaje que el Oeste, créeme! — exclama Crown.

Fueron unos años locos.

En el Formosa piden una ronda de gin fizz. Y otra. Y otra. Y otra. Y otra.

Ondea la bandera de la libertad, pero también la del Formosa, cuando Carl Crown se monta en el avión al día siguiente con su familia.

Hay días en mayo en que Berlín anticipa el verano y hace mucho calor. Hoy es uno de esos días.

El cielo resplandece azul, aunque sea sobre una ciudad en ruinas.

Sirius vaga por las calles, tiene hambre. No es fácil conseguir nada comestible, también a los humanos les gruñe la tripa. En cada esquina hay alguien que intercambia algo por alguna cosa que se pueda comer. Sirius ve que en ese momento cambian de manos una cajetilla de cigarrillos y un saquito de nabos. Un nabo, qué manjar. Se le hace la boca agua. Se mezcla en el trueque poniéndose de pie sobre las patas traseras y mirando de forma especialmente irresistible a los hombres.

— ¡Lárgate! — le increpa el hombre que acaba de conseguir los nabos —. Mi familia tiene que conformarse con esto durante una semana.

Sirius se aparta. Sigue su ronda durante un rato, luego renuncia. Se tumba en un trozo de césped en el que en ese momento está dando el sol.

— ¿Tienes que tumbarte precisamente donde voy a barrer? — chilla la señora Zinke. Lo amenaza con la escoba.

Entonces pasa un jeep con un banderín estadounidense. La capota está recogida y de él sobresale una gran cámara.

— *Stop!* — grita el cámara. Filma a la señora Zinke barriendo las ruinas.

— Una viuda barre dos veces. — El director ríe en el jeep y sacude incrédulo la cabeza.

Sirius no da crédito a sus ojos. Conoce a esos hombres. El que va detrás de la cámara es Tyrone Chester. El otro es el grotesco austríaco que lleva el sombrero echado hacia atrás, Billy Wilder.

Tyrone Chester ve el perro al sol, rodeado de ruinas, y su infalible olfato para el efecto sobre los lacrimales le dice que ese es un motivo

fantástico. Naturalmente, aún sería mejor que el perro no estuviera tumbado en la hierba, sino sobre una montaña de escombros y cenizas.

Sirius intuye de lo que se trata, y se instala, conmovedor, encima de una montaña de escombros y cenizas. No quiere parecer un listillo, pero ¿no sería aún más conmovedor si aullara con tristeza?

—¡Fantástico! —grita Chester—. Aúlla con tristeza. Le toca a uno el corazón.

Entonces, de repente, frunce el ceño.

—Un momento —murmura.

—¿No es Hércules?

—No, es Sirius —corrige la señora Zinke.

—Exacto —responde Chester—. ¡Hércules!

El perro mueve alegremente la cola y ladra a modo de saludo. Se pega al hombre que lo ha descubierto. Dos veces, todo hay que decirlo. Primero en Hollywood, ahora en Berlín.

—¡Hércules! —dice Chester, feliz—. ¡Qué casualidad! Pero esto es muy típico tuyo.

La señora Zinke ya no entiende nada.

—Ahora tiene otro nombre —refunfuña—. Hoy se llama de una manera, y mañana de otra.

—*Nobody is perfect*. —Billy Wilder ríe entre dientes.

La señora Zinke ya tiene bastante. Tiene que seguir barriendo.

—¿Qué están haciendo aquí? —pregunta.

—Coronel Wilder —se presenta su interlocutor—. Oficial del ejército de Estados Unidos. Departamento de Cine. Hemos estado de visita en Auschwitz, Dachau, Bergen-Belsen, Buchenwald. Lugares que es probable que no le suenen de nada.

—No. —La señora Zinke niega con la cabeza.

—Entonces es usted exactamente el tipo de persona que nos interesa —dice Wilder—. La película se titula *Die Todesmühlen*, «Los molinos de la muerte». Desde octubre en cines. Merece la pena.

—No tengo tiempo —dice la señora Zinke, coge la escoba y desaparece en su sótano.

Sirius se sacude los escombros y las cenizas. Bueno, no ha sido más que una breve escena, un papel de figurante, pero merece respeto. No está mal, después de ese giro a su carrera. Y ahora Hollywood lo llama.

—¡Ven! —grita Chester—. Esta noche volamos. Jack Warner se va a

quedar boquiabierto: ¡Hércules, el retorno!

Sirius duda. Está a pocos pasos de la casa en la que vivía antes de tener que huir. ¿Cuántas veces ha echado de menos ese sitio? ¿No era el regreso a casa el objetivo de su largo viaje?

— ¡Sube! — grita Billy Wilder—. ¿Qué te retiene aquí?

Ese hombre tiene razón, piensa Sirius. Un montón de piedras. Su casa es solo eso. ¿Qué se le ha perdido allí?

— ¿Estás indeciso? — pregunta el árbol.

— Sí — confiesa Sirius.

— Lo noto — dice el árbol—. Ya no sabes dónde está tu casa.

Sirius asiente.

— Yo te lo diré — dice el árbol—. Tu casa está donde se encuentra tu corazón.

— ¿Mi corazón? — pregunta Sirius.

— Sí — dice el árbol—. ¿Dónde se siente en casa tu corazón?

— Con las personas que quiero — responde Sirius.

— Pues ya está — dice el árbol—. Ya has encontrado tu casa. Ahora tu casa tiene que encontrarte a ti.

— No comprendo — dice Sirius.

— Espera — dice el árbol.

Es curioso que el árbol se exprese siempre en forma de enigmas, refunfuña Sirius. Le zumba la cabeza. Pero de alguna manera se siente alegre. La tristeza ha desaparecido. De pronto el corazón le da un brinco. Hay que seguir a un corazón que da un brinco, piensa, y salta de allí.

— ¿Adónde vas? — le grita Billy Wilder—. ¡Ven con nosotros!

Sirius se vuelve un momento, niega con la cabeza, mueve la cola a modo de despedida y ladra un «adiós» a su manera.

Luego se pone en camino, de vuelta al trozo de hierba. El sol ya no brilla, pero el césped aún está caliente. Estira las patas y cierra los ojos. Quizá encuentre su casa allí, piensa.

Sirius decide esperar.

La Klamtstrasse está desierta esa mañana. El viento silba por entre las casas huecas, mete la ceniza en las ruinas y vuelve a escupirla, asqueado, como si tosiera.

Las nubes de polvo se esfuman y, mientras se disuelven poco a poco

en el aire, revelan figuras que se acercan con lentitud. Son cuatro, no, cinco figuras. La más pequeña parece ser un niño.

Su paso es cansado. Arrastran consigo unas pesadas maletas. Se detienen cada pocos metros, miran buscando algo a su alrededor, señalan esto o aquello, y avanzan otro trecho. Es verdad, es la familia Liliencron.

Se acerca, cada vez más. El niño corre, se detiene delante de la ruina más próxima y grita:

—¿Vivimos aquí?

Los Liliencron dan la vuelta. La imagen de la ciudad destruida les llena los ojos de lágrimas. El regreso, solo lo notan ahora, al ver su calle familiar en ruinas, significa un retorno sin hogar.

—¡Mirad, un hombre! —grita el niño.

Un hombre sale a la calle. Parece un fantasma. En realidad, iba al mercado negro, a la puerta de Brandenburgo, para convertir su reloj en una cuchilla de afeitar. Entonces su mirada se posa sobre los recién llegados. Se queda petrificado.

—¡Tío Benno! —gritan los Liliencron a coro, y lo estrechan entre sus brazos.

El tío Benno oculta el rostro en las manos. No sabe si llorar de alegría o reír de desesperación.

—¡Bienvenidos a Berlín! —solloza.

No puede ver a la familia delante de su casa, que antaño era un espléndido palacete y ahora es un montón de escombros.

—¿Es esta nuestra nueva casa? —pregunta el niño.

—Sí —dice Rahel—. Pero antes tenemos que reconstruirla.

—Ven, Johnny, vamos a empezar —grita Else, como si se tratara de un juego infantil.

Coge una piedra de la gigantesca montaña de escombros, la mira por todas partes y compone un gesto sorprendido:

—¿De dónde será esta?

Johnny lo piensa bien.

—¡Del tejado! —decide— ¡Ponla en el tejado, papá!

Andreas finge que está indignado.

—No podéis coger sin más una de las piedras de la colección de tío Benno. Le ha costado mucho trabajo reunir las. Tenéis que pedirle permiso.

El tío Benno frunce el ceño con dramatismo, como si tuviera que

luchar consigo mismo, y acaba dando su consentimiento.

Entonces Carl se acerca y deja solemnemente la piedra en el suelo.

—Esta es la primera piedra —dice—. La razón por la que hemos vuelto a casa. La primera piedra de nuestro futuro.

Todos miran la piedra conmovidos.

—Solo nos falta Sirius —solloza Rahel.

—¡Sirius! —grita Johnny. Brama, no, grita con toda el alma, tan alto que el perro podría oír su nombre si estuviera al otro extremo de la ciudad—. ¡Sirius!

La señora Zinke sale, completamente alterada, de su sótano.

—¿Qué escándalo es este? —refunfuña.

Al ver a los Liliencron, en sus ojos brilla algo parecido al miedo. Quizá también sea vergüenza. O tal vez tan solo sea conjuntivitis, de tanto barrer.

Piensa con esfuerzo y por fin recuerda:

—¡Liliencron! Profesor Liliencron.

—Estamos buscando a nuestro perro —dice Liliencron.

La señora Zinke mira perpleja a su alrededor.

—Tiene gracia —dice—, ayer estaba aquí.

El profesor Liliencron no puede dar crédito a lo que oye. ¿Se engaña a sí mismo u oye un ladrido a lo lejos? Un ladrido que se dirige a él. Un ruido tan familiar que se le encoge el corazón. No, no se engaña.

Solo hay un perro que ladre así y se llama Sirius.

El bueno de Sirius. Ha estado pensando mucho tiempo qué era lo que quería decir el árbol: «Ahora, tu casa tiene que encontrarte a ti». Desde entonces no hace más que ladrar. ¿Qué otra cosa puede hacer para que su casa le encuentre?

Ladra hasta el agotamiento. En algún momento su casa volverá y le encontrará.

De pronto oye una voz que grita su nombre. Se pone en pie de un salto y sale corriendo. Corre tan rápido como puede. La calle es larga, cuatro patas son demasiado pocas, le gustaría correr aún más.

—¡Ya voy! —ladra.

Pasa corriendo delante de su árbol.

—No tengo tiempo —jadea—. ¡Están aquí!

—Lo sé. —El árbol sonrío—. Están esperándote.

Sirius es feliz. Corre y corre hasta caer en los brazos abiertos de su

familia y derrumbarse, agotado.  
Su casa lo ha encontrado.

## ¿Cómo puede un perrito encantador alterar el rumbo de la Historia mundial?

**Una hilarante y atrevida novela sobre el nazismo y un homenaje a la época dorada del cine a través del original testimonio de su peludo protagonista.**



**Berlín, 1938.** Sirius, un astuto fox-terrier, disfruta de una tranquila vida perruna junto a los Liliencron, una familia judía; hasta que una noche el cachorro es testigo de uno de los capítulos más sombríos de la historia alemana: la Noche de los Cristales Rotos.

La familia decide entonces refugiarse en Estados Unidos, donde Sirius se convierte en toda una estrella de la época dorada del cine y se codea con las más respetables celebridades de Hollywood: desde Rita Hayworth, Billy Wilder y John Wayne hasta Marlene Dietrich y Cary Grant. Sin embargo, el mundo de la farándula es una montaña rusa y Sirius acaba de gira con el esperpéntico y popular Circo Barnum. Entre forzudos, fieras e ilusionistas, la carrera de este artista canino es un cohete, pero un día un truco de magia sale mal, y aparece de vuelta en Berlín, esta vez en el seno de una familia nazi.

Será entonces cuando se convierta en el confidente del Führer ¿o tal vez de la resistencia?

**«Pocas veces un libro es tan ingenioso, divertido y adorable al mismo tiempo.»**

*Kultur Spiegel*

**«Conmovedora y encantadora, para los amantes de la historia y los animales por igual.»**

*Publishers Weekly*

«Una novela estupenda. No lo había pensado antes, pero Sirius es un observador tan astuto que ahora estoy convencido de que los protagonistas de cuatro patas son los mejores testigos de la historia.»

*The Independent*

**Jonathan Crown** vive entre Zurich y Berlín, la ciudad donde nació en 1953. *Sirius. El perro que (casi) cambió la Historia* es su primera novela. Anteriormente, Crown trabajó como periodista bajo otro nombre.

Título original: *Sirius*

Edición en formato digital: octubre de 2017

© 2014, Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG, Colonia (Alemania)

Originalmente publicado en alemán como *Sirius* de Jonathan Crown

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Carlos Fortea Gil, por la traducción

Mapa cortesía de Head of Zeus. © Shutterstock.com, por las imágenes

Adaptación del diseño original de la portada de Pascal Blanchet:  
Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5560-8

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

[1] El apellido de los antiguos propietarios, *Traube*, significa «uva» en alemán. (N. del T.)

[2] Semanario nazi. (N. del T.)

## Índice

Sirius

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Sobre este libro

Sobre Jonathan Crown

Créditos

Notas